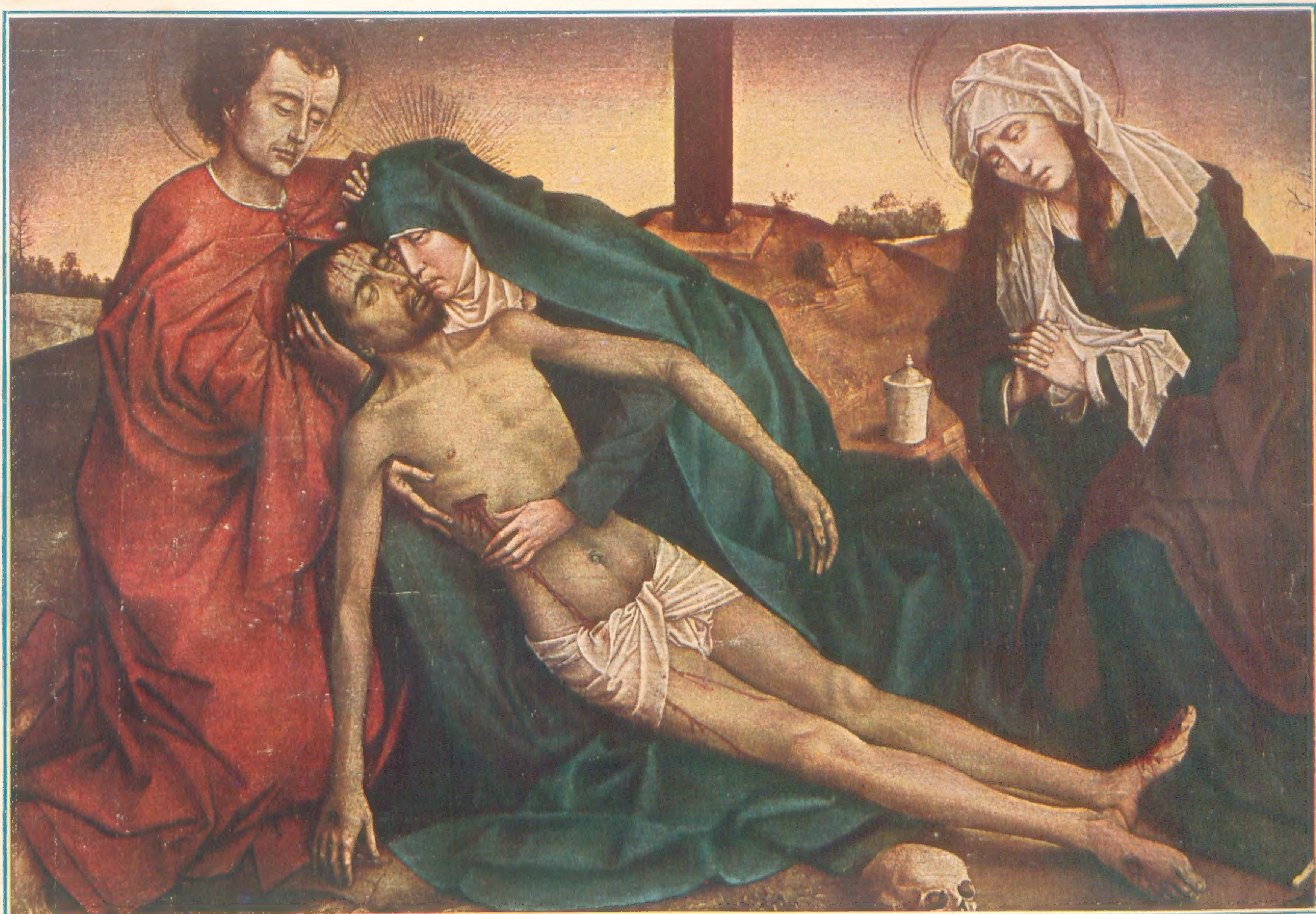
FRAY MOCHO



"El descendimiento de la cruz"
Por Rogier van der Weyden
(1397 - 1464)

N.° 676

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 7 de abril de 1925 — Núm. 676

EL TRIUNFADOR

Paz. — ¿Otra vez armándose?
Cárcano. — Sí; después de una campaña, me preparo para la otra.

Dib. de Rojas.

CLAUSURA DE LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL ARGENTINA

Con motivo de la clausura de la Exposición Industrial Argentina, los expositores que tomaron parte en dicho torneo, organizaron un banquete en honor del comité ejecutivo, del comisario general y de los miembros del jurado que deberá otorgar los premios. — Una vista parcial de los comensales que concurrieron al acto, realizado en el salón restaurant de la Sociedad Rural.

La cabecera de la mesa ocupada por el presidente de la Unión Industrial Argentina, ingeniero Luis Palma, el comisario general de la Exposición, señor Carlos H. Curto, y miembros que integran el comité ejecutivo. Hicieron uso de la palabra los señores Fortunato Francone, ingeniero Luis Palma, doctor Pedro Caride Massini, Carlos H. Curto, José Caffaro y doctor Roberto Domenech.

Una instantánea del público que concurrió a la Exposición en la noche de su clausura, en que la entrada al recinto fué gratuita.

DESPEDIDA DE SIR JOSEPH WHITE TODD

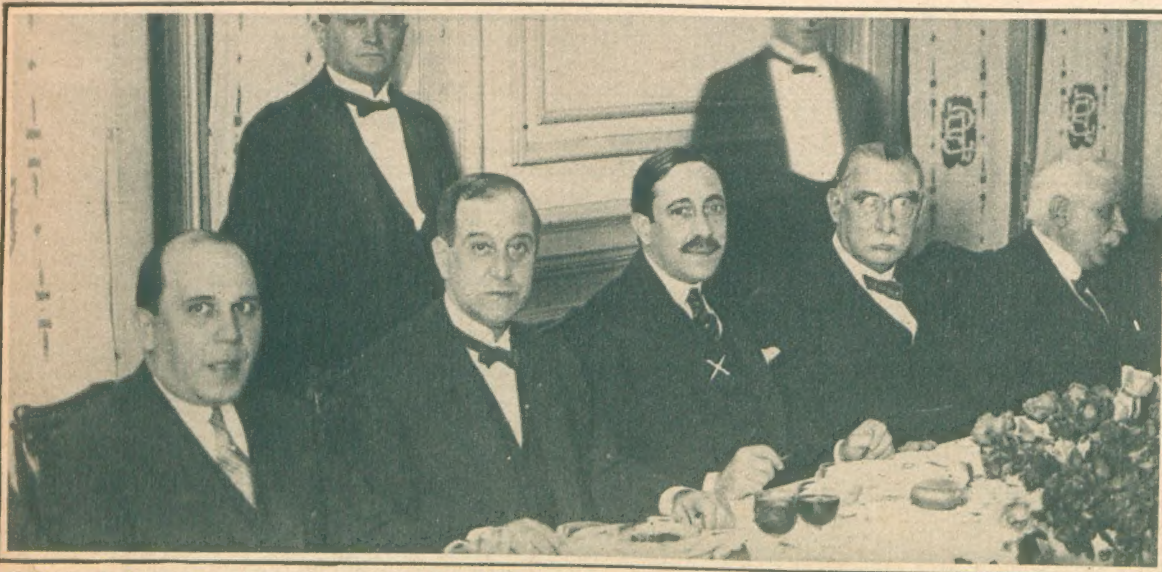
Sir Joseph White Todd (×), presidente del directorio en Londres del Ferrocarril Central Argentino, con los miembros del directorio local y otros caballeros de destacada actuación en nuestro mundo ferroviario, que le ofrecieron un banquete con motivo de su partida para aquella capital inglesa. Asistieron a la demostración el ministro de Guerra, general Justo, y el intendente municipal, señor Noel.

En el Jockey Club se sirvió un almuerzo en honor del almirante alemán Pablo Behncke

Como un acto de homenaje al almirante Pablo Behncke (×), realizóse un banquete en el salón Imperio del Jockey Club, ofrecido por los miembros del Poder Ejecutivo. — El obsequiado, en compañía de los ministros de Marina, almirante Domecq García, de Guerra, general Agustín P. Justo, de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, del inspector del ejército, general Uriburu, del general Broquen, de los contraalmirantes Daireaux y Galíndez, y de otros caballeros.

DEMOSTRACIONES

Comida en honor de Evar Méndez (×), ofrecida por sus amigos y compañeros del periódico, celebrando su actuación al frente de "Martín Fierro". — De izquierda a derecha, sentados: Dr. Brandán Caraffa, Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz. De pie: Enrique M. Rúas, Julio Castellanos, arq. Juan Carlos Figari Castro, Alejandro Sirio, Guillermo Estrella, ing. Eduardo Girondo, Dr. Gregorio Fingermann, doctor Sergio Piñero (hijo), Augusto Mario Delfino, José A. Barea, Roberto Arlt, Evar Méndez, Enrique Bernárdez, Luis Diéguez, Enrique González Tuñón, Nicolás Olivari, Raúl González Tuñón, Roberto Ledesma, Dr. Sandro Piantanida, Pedro V. Blake.



Cabecera de la mesa en el banquete organizado en honor del Dr. Alberto Levene (×), director del Hospital Militar Central, con motivo de haber sido nombrado presidente de la delegación argentina al III Congreso de Medicina y Farmacia Militar, que se reunirá en París. El acto se realizó en los salones del París Hotel.

LOS ASCENSOS EN LA MARINA DE GUERRA

El capitán de fragata, don Jorge Siches, recientemente ascendido a este grado. Este señor, que es uno de los más prestigiosos jefes de nuestra marina, fué segundo comandante de la fragata Presidente Sarmiento durante el penúltimo viaje realizado por dicho buque.

EL AVIADOR BO CRUZO NUEVAMENTE LA CORDILLERA DE LOS ANDES

El piloto Bo con los pasajeros que le acompañaron en el vuelo a través de la Cordillera de los Andes, rodeados de un grupo de admiradores en el campo de Los Tamarindos, después de realizada la hazaña.

El aviador Bo y un pasajero, disponiéndose a emprender un vuelo sobre la ciudad de Mendoza y sus alrededores.

El aparato piloteado por el aviador Bo al descender en el campo de Los Tamarindos, después de cruzar los Andes.

Recordando con cariño
a la revista Fray Mocho
le dirijo un saludo desde
Mendoza
Nicolas Bo.

Un autógrafo del intrépido piloto, dedicado a FRAY MOCHO.

Fots. Capra.

Comentarios

Injertar vida

El profesor Lefort, ha efectuado una operación extraordinaria, que vuelve a recordar la idea de Voronoff, de extraer, conservar y utilizar para injertos, las glándulas extraídas de las personas que mueren en la calle por accidente. Esto, que ha horrorizado a muchos retrógrados, permite hoy realizar una cura verdaderamente milagrosa, pues Lefort, el célebre cirujano de Lille, ha conseguido salvar a un niño, injertándole parte de la glándula tiroides extraída al asesino Pavrocki, que fué guillotinado.

El éxito es concluyente y se calcula, si se siguiera el consejo de Voronoff, el enorme número de vidas que podrían continuar siendo útiles o perjudiciales para la sociedad. Y decimos útiles o perjudiciales, porque si el injerto de la glándula tiroides, puede resolver el problema de la vida ¿acaso resolverá el que puede presentarse, por los estigmas y particularidades de su legítimo dueño? El efecto asombroso de la glándula de un asesino, en el sentido de obtener una curación como la del niño de Lille, ¿no tendrá una influencia del primero sobre el segundo individuo? ¿No le habrán injertado la vida, junto con las morbosidades de Pavrocki?

Aquí y allá

La institutriz alemana de la casa de la señora Dolores Fuertes de Cola, entró en el perfumado "boudoir" de su patrona, agitando un ejemplar de un diario de la mañana.

—¿Me va a hablar nuevamente de Einstein?—inquirió alarmada la señora de Cola, en tanto que dejaba caer sobre su falda en extremo corta y transparente, la última novela de César Carrizo.

—No, seniora Tolores. Me bermidí inderrumpir el lecdura te su audor faforido, bara tecirle que este baís es telliciosamende koolosal combarado con el Urucuay, bequenia nación que es el motelo te Sut Amérika, por su leyes dan atelandadas y dan prefisoras.

—En materia de legislación marchamos a la cola del Uruguay—ratificó la señora de Idem.

—Domemos el renclón jubilaciones, seniora Tolores, y subongamos que el senior Elpitio Konzález, derminado su períoto ficebrecitencial, inicia su exbediente te jubilación. ¿Con cuándos pesos se echará a la Partola, una fez que le hayan concetido lo que pite?

—Alrededor de cinco mil pesos mensuales, por lo menos.

—¡Koolosal! ¡Qué cran baís e ésde!

—¿Le parece poco, Margarita?

—Me barece bero pasdande mucho, seniora Tolores.

—Tenga en cuenta que el inefable Salinas, el ex ministro de instrucción pública, se jubiló con tres mil pesos. Por lo tanto, e filarmónico Elpidio bien puede aspirar a cinco mil pesos de gange mensual.

—Bues en Mondefiteo, nos acafan te tar una buena lección en maderia te jubilación bara los cogodudos. ¿Me bermite que le lea un bero pasdande alco más que mucho saproso delecrama tel odro orilla?

—Deje que yo lo lea.

La señora Dolores Fuertes de Cola, empuña el manguito de su impertinente y lee con voz encantadora:

"Montevideo.—Hoy se presentó al Ministerio de Hacienda, solicitando su jubilación, de acuerdo con la ley recientemente sancionada, e doctor Feliciano Viera. Según informes, una vez resuelta la solicitud, al doctor Viera le corresponderá una asignación de 600 pesos en virtud de los largos servicios que se le computarán, pues ocupó los cargos de jefe político, diputado a varias Legislaturas, senador, presidente de la República y consejero nacional."

—¿Qué me tice seniora Tolores?

—Que aquí, los simplicísimos jefes de oficinas burocráticas se jubilan con una mesada igual de la que allá corresponde a un ex presidente.

—Y hay alco más, seniora Tolores: que en el Urucuay, las cajas te jubilación son te hierro, y aquí, en campio, son te cardón...

Félix LIMA.

La hora de la verdad

Las autoridades de todas las universidades de la república, así como los profesores, se han convencido de que la intervención de los estudiantes en el gobierno de las facultades, no ha dado el resultado que se esperaba al hacer la reforma, y ya se piensa, sino en volver a lo antiguo, por lo menos en contener la politiquería que se ha desarrollado entre la mayoría de los alumnos, y entre muchos profesores que aspiran a llegar al consejo directivo.

Ante tal estado de cosas, en ocasión de la inauguración de cursos se han alzado varias voces de protesta, haciendo notar que no es posible que el gobierno y la reglamentación de estudios y métodos estén confiados al alumnado, pues no otra cosa significa la presión que hacen para imponer su voluntad valiéndose de la huelga, y a veces por motivos que son extraños a las disciplinas universitarias.

Los mismos estudiantes parece que lo han entendido así, y a los profesores que con franqueza expusieron sus opiniones les aplaudieron con entusiasmo.

Nos agradaría que la juventud estudiosa se diera cuenta de que la política nada tiene que hacer en el templo de Minerva.

LA RELATIVIDAD

—¡Che, qué curioso! Nadie entiende las teorías de Einstein y todos lo aplauden.

—Es lo que pasa con el Peludo; nadie entiende su política y todavía saca votos. Todo es relativo.

Estética edilicia

En el bulevar Oroño del Rosario, avenida que tiene la suerte de estar plantada con árboles de más de treinta y cinco años de edad, se han construído varios chalets, donde los arquitectos han hecho gala de su mal gusto, pero como nadie conoce sus errores, y menos los arquitectos, para que mejor luzcan las fachadas de los edificios que acaban de construir, han empleado un procedimiento bárbaro, han talado todos los árboles que quitaban vista a los frentes de las construcciones, y así lo que antes era una calle hermosa con arboleda digna del paraíso, se ha convertido en un trozo de calle de pésimo gusto.

En vista de eso, se dice que la Facultad de Ingeniería va a completar su programa de arquitectura con una materia necesaria para que esos atentados no se cometan: se llamará Estética edilicia, y a ella podrán concurrir libremente los concejales que lo deseen.

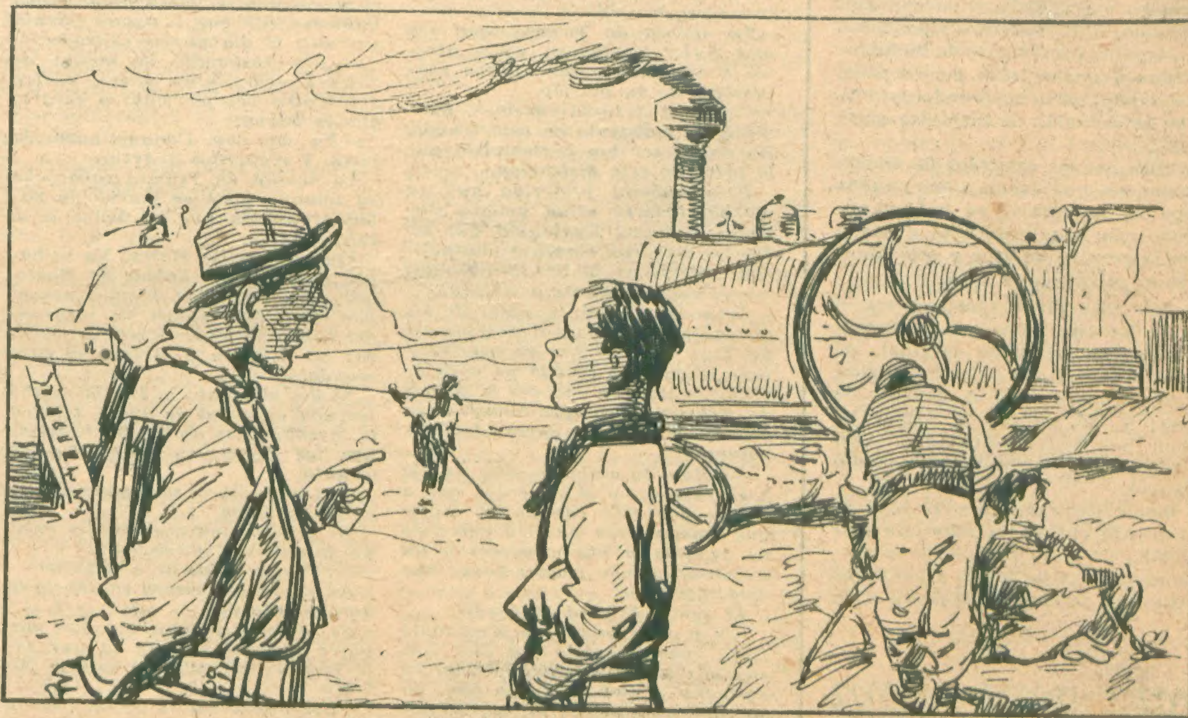
Como en el cinematógrafo

Dramática es la historia del bandidaje en el Chubut, y cuando ya se consideraba el asunto dentro de los dominios de la leyenda, una partida de bandoleros con excelentes caballos y mejores rifles, acaba de batir a la policía, asaltando después diversas poblaciones. No está bien que esto suceda en un país civilizado, que cuenta con medios suficientes para poder vigilar y defender sus más apartados territorios. Es sencillamente una vergüenza.

Pero el problema tórnase más grave si consideramos que en Banderaló—General Villegas—a pocas horas de la capital, la policía ha librado un verdadero combate, en la misma estación, con un grupo de ladrones de ganado, los cuales desaparecieron como por milagro después del tiroteo.

Creíamos que estas escenas eran del dominio único del cinematógrafo; y es quizás por su propio ejemplo, que ingresan a la vida real y se hacen absolutamente actuales.

POLITICA CASERA



—Bueno, mi hijo; después de las elecciones hay que ponerse a trabajar.

—No puedo, tata; tomo parte en un campeonato de eliminación de boxeadores.

La luz del pasado

Un cuento de

Aníbal RAVAGNAN

Ese año, después de las vacaciones, don Gerardo Basavilbaso, llegó a Buenos Aires, y se instaló con su hijo Gustavo en uno de los mejores hoteles de la Avenida de Mayo. Su propósito era quedarse en esta capital hasta que hallase una pensión de gente decente, donde su hijo recibiera el afecto más o menos parecido a aquel otro que quedaba allá, esperándolo en el tranquilo hogar lejano.

Por la mañana, salían del hotel y recorrían, en un auto, las casas cuyos dueños ofrecían en los diarios esas comodidades.

Mientras iban sentados en el interior del vehículo, don Gerardo, por milésima vez, dejaba oír su voz ronca recomendándole a su hijo más dedicación al estudio, y como si esas palabras lo fueran sacando de su natural carácter bonachón, terminaba diciendo con solemnidad:

—Ya sabes que estoy cansado. Si este año volvés a salir mal, despedite de Buenos Aires. Irás a la estancia a cuidar a los animales y harás allá la vida que hacen los peones...

El automóvil se detuvo frente a una casa pintada de blanco. Padre e hijo bajaron y se acercaron a la puerta.

El motor, mientras tanto, dejaba oír el sonido de sus trepidaciones.

Dos días más tarde, don Gerardo volvía al rincón de su provincia, donde la naturaleza hizo el derroche de sus mejores creaciones poéticas.

Gustavo quedó instalado en una pensión, cuya dueña era nacida en el mismo suelo de su nuevo huésped, y la cual, desde un principio, prometió a don Gerardo escribirle mensualmente, informándole sobre la marcha de los estudios de su hijo.

Las perspectivas de holgorio en aquella casa eran para Gustavo muy poco halagüeñas, por eso éste, desde un principio, miró allí las cosas con gesto adusto, y sus modales fueron hoscos y violentos.

Pero, a los pocos días, el ánimo entristecido del joven fué cambiando, hasta recuperar la placidez de su sonrisa franca que llegaba a su corazón, animándolo, a la vez que silenciosamente, ocultaba un bagaje de incipientes ilusiones, que se irían, poco a poco, desarrollando, hasta sorprender su ritmo con la sacudida de inefables emociones.

Sus ojos negros cargados de ensueños juveniles, que daban a sus pupilas un destello romántico, se habían encontrado con la mirada azul y suave de una jovencita de diez y seis años, hija de la señora de la casa.

Un mes más tarde, Gustavo era el novio de Beatriz; pero este noviazgo, fué desde un principio original. Al revés de lo que hacen todos los novios, estos se refugiaban en el comedor de la casa; y allí, en vez de hablar, se pasaban las horas estudiando. Con esta condición Beatriz dió su corazón a Gustavo.

Al llegar los exámenes, el hijo de don Gerardo obtuvo la más alta clasificación.

Con la tristeza de todos, a los pocos días Gustavo se disponía a partir a su provincia, encendiéndole el triunfo la visión de su casa solariega, rodeada de pinos y abetos frondosos, sobre aquella loma, donde lo esperaban los viejos, cuyas fisonomías bondadosas ya veía sonreír de hondo regocijo.

Hasta la estación lo acompañaron Beatriz y su mamá.

Cuando el tren se alejaba por la vía de rieles relucientes, la joven, con el llanto en los ojos, creía que el último coche le arrancaba su agitado corazoncito.

Así fueron pasando los años. Gustavo dando exámenes y yéndose a la estancia con las mejores clasificaciones y escribiendo desde allí ternísimas cartas a su novia, de Buenos Aires. Hasta que al fin terminó su carrera y se fué como otras veces, prometiendo volver en seguida.

Las cartas al principio eran abundantes, pero, poco después, fueron escaseando, hasta que dejaron de llegar.

Todas las tardes, cuando Beatriz volvía de su empleo, preguntaba a su mamá si había llegado alguna noticia, y al adivinar en los ojos de la buena anciana la desilusión de su deseo, entraba en el comedor y se dejaba caer sobre un silla llorando la amargura de su corazón destrozado.

Después iba a su cuarto y sacaba del ropero el cenicero donde él dejaba caer las cenizas de los cigarrillos que fumaba, mientras ella le hacía repetir la lección aprendida. Habíalo guardado como un recuerdo, y ahora, sin saberlo, ella, con los ojos rebosantes de lágrimas, ponía sobre el platillo las cenizas de aquel amor, cuyo fuego se había apagado, llevándose entre las volutas de su humo, sus primeras ilusiones, toda su vida...

Después de muchos días y muchas noches, cuando el tiempo tiñe de blanco el cabello de los que fueron jóvenes, Beatriz fué mandada por el director del hospital donde era enfermera desde la muerte de su querida madre, a la casa de un colega suyo, que había llegado de su provincia con su esposa en grave estado.

A la luz mortecina de una lamparilla, vió Beatriz el rostro exangüe de la enferma, y, a su lado, la figura del hombre cuyo espíritu ella había formado. Vió aquellos ojos cargados de ensueños juveniles, marchitados por el fulgor de quién sabe qué recuerdos. Se inclinó ante la enferma y venciendo las flaquezas de su corazón, posó su mano trémula sobre la frente pálida de su enemiga.

Gustavo no la reconoció, y con voz cargada de emoción, le suplicó:

—¡Cuídela con cariño!... Se lo pagaré muy bien.

Después salió de la habitación.

La enfermera, furtivamente secó de sus ojos dos gruesas lágrimas y puso el termómetro a la esposa de Gustavo.

El rumor del tic tac de un reloj lejano llegaba la habitación de la enferma como el eco de los pasos de un ser invisible, que se refugiara en esa penumbra.

Varias noches de insomnio y el mudo dolor, acabaron de marchitar el semblante de Beatriz. Sin embargo, su ánimo no decayó ante ese nuevo sacrificio.

Cuando la enferma recobró la salud, la mujer que la cuidó con tanto cariño se alejó de la casa sin despedirse de nadie. Extrañado Gustavo por tal determinación fué al hospital para agradecer a su colega el envío de la enfermera y entregarle a ella una gratificación. Así fué cómo se enteró de que ésta había solicitado una licencia. El director aceptó el dinero que le diera su amigo y prometió enviárselo a su domicilio.

Una mañana, como lo hacía cada vez que iba a buscar el correo, el peoncito entregó a Gustavo un sobre cuyos caracteres caligráficos le eran conocidos. Abrió el sobre y dentro de él halló un giro por la cantidad que había destinado a la enfermera, y, además, una tarjeta que decía: Beatriz.

La estupefacción y el asombro pronto se desvanecieron, para que a su mente llegase la luz pálida del pasado, que reconstruía a sus ojos llenos de lágrimas un comedor con muebles grotescos, un libro abierto y unos ojos azules que lo envolvían en una suave y cariñosa mirada, llevando como un lazarillo a su espíritu ciego por el sendero del triunfo. Poco después el llanto sacudía su cuerpo echado de bruces sobre el escritorio, como si todo él sólo fuera un bulto de carne...

El amigo de Arturo

Por

Alfonso CROZIERE

A los veinte años de explotar un modesto comercio de mercería los Tricard habían logrado reunir una fortuna muy estimable. De vez en cuando hablaban de traspasar su establecimiento en condiciones ventajosas.

La señora Tricard podía enorgullecerse de tener un marido modelo. En efecto: Arturo no bebía, fumaba poco y era económico hasta la exageración. Un día, para su desgracia, Arturo conoció a un tal Eustaquio, sujeto poco recomendable, jugador y bebedor impenitente, que logró aficionarlo a la vida de café. Arturo no tardó en aficionarse a su ajenjo y a sus partiditas de tresillo y dominó.

La señora de Tricard, que era una mujer bondadosa, no se atrevió a oponerse a las nuevas costumbres de su marido.

—¡Pobre Arturo!—decía—. Bastante ha trabajado en este mundo. No voy a ser tan exclusivista que lo prive de esta distración.

Pero hubiera preferido que su marido tuviese otros amigos distintos de aquel Eustaquio, que todos los días, con rigurosa puntualidad, entraba en la tienda diciendo:

—¡Vengo a buscar a Arturo!

Arturo no tardó en pasar de las distracciones lícitas al desenfreno. Se hizo un jugador empedernido, para el cual no existía ya hora de cenar. Y más de una vez la señora de Tricard tuvo que sacar a su marido de entre las garras de Eustaquio.

—Odio a tu amigote—dijo un día a su esposo,—y si las cosas van a seguir por este camino es mejor que traspasemos nuestro comercio en seguida y nos vayamos a un pueblecito donde puedas llevar una vida razonable.

El señor Tricard respondió:

—Veo, Eufemia, que Eustaquio tiene razón cuando me dice que siempre me has tenido metido en un puño y que he hecho bien en sacudir las cadenas de la esclavitud.

Ella exclamó:

—¿Te ha dicho eso? ¡Pues verás qué recibimiento va a tener mañana cuando venga a buscarte! ¡Habráse visto el tal!

Al día siguiente Eustaquio, según costumbre, se presentó en la tienda con su frase habitual en los labios:

—Vengo a llevarme a Arturo.

La señora de Tricard estalló:

—¡Diga usted! ¿Es que esta vida va a durar mucho tiempo? ¡Le prohibo que vuelva a poner aquí los pies! ¿Me entiende? Conque... ¡fuera!

—Está bien, señora — respondí Eustaquio un poco sorprendido por el inesperado recibimiento—. Tranquilícese. Me voy...; pero ya nos veremos el día menos pensado.

—¿Sí?—respondió la señora de Tricard cogiendo un palo—. Vuelva usted otra vez por aquí y verá lo que es bueno.

—Ya me voy. Conque hasta la vista. Y recuerdos a Arturo.

La señora de Tricard saboreaba su triunfo, pues su marido la había prometido que no volvería al café.

Pasaron varios meses. No se había vuelto a oír hablar de Eustaquio. Y cuando los Tricard pensaban más que nunca en retirarse del comercio unas fiebres infecciosas se llevaron a Arturo al otro mundo.

Al día siguiente la tienda estaba cerrada en señal de duelo. Dentro, la familia y las amistades ensalzaban las excelentes cualidades del difunto.

—¡Un hombre tan ordenado!—gemía la viuda.

De pronto, una voz fúnebre rompió la dolorosa intimidad.

—¡Vengo a buscar a Arturo!

La viuda de Tricard reconoció la horripilante voz.

Se levantó dispuesta a las mayores violencias. Pero lo que vió le impidió articular la menor palabra.

¡Eustaquio era el cochero de la funeraria.

Notas históricas sobre aviación

Los primeros hombres que volaron

OTTO LILIENTHAL

Otto Lilienthal nació, el 24 de mayo de 1848, en Autklam (Pomerania), y murió el 10 de agosto de 1896, después de una espantosa agonía de veinticuatro horas. Desde su infancia, a los trece años, soñaba con imitar el vuelo de los pájaros, y por las noches —en las noches de luna,—para evitar las burlas de sus pequeños camaradas, bajaba a brincos las pendientes de las colinas, con los brazos prolongados con alas.

Estas pueriles investigaciones fueron los pródromos de experiencias resonantes, que aún son muy poco conocidas en España. Otto Lilienthal ejecutó, de 1891 a 1896, más de dos mil vuelos artificiales.

Estudió, en primer término, el vuelo de los pájaros—sobre todo el de las cigüeñas,—su vuelo planeado, su deslizamiento sobre las capas de aire. Con las alas extendidas, inmóviles, siendo suficiente el trabajo del viento para sostener un natural paracaídas.

Según sus indicaciones, fueron construídos numerosos modelos de planeadores, y, luego, diferentes aparatos.

Desde los primeros ensayos, ejercitados, sencillamente, sobre el césped de su jardín, donde había instalado un trampolín, comprendió Lilienthal que el viento ascendente le era absolutamente indispensable, como le es necesario a los pájaros planeadores, que "filan" o se mecen en el aire sin batir las alas. Además, el aeroplano sin motor, no teniendo velocidad propia, no puede evolucionar en un viento horizontal, que le cogería por encima o por debajo, determinando la caída en los dos casos. Por ello, y ante todo, quiso Lilienthal estudiar la estabilidad. Su motor consistía en su propio peso aplicado al centro de gravedad. Su método era excelente, y el capitán Ferber lo ha formulado, ulteriormente, de una manera muy feliz: "Paso a paso, salto a salto, vuelo a vuelo."

El viento ascendente es provocado por una colina que remonta la corriente invisible. Pero aún se precisa que esa colina esté rodeada de terrenos en declive, a fin de poder lanzarse contra el viento, debiendo el simple planeador ir contra la brisa que no puede sufrir lateralmente.

Lilienthal compró varios terrenos, construyó, en Grors-Lichterfelde, cerca de Berlín, sobre una colina artificial de 15 metros de altura y 70 de base, un "hangar" en forma de torre, donde podía efectuar ensayos cualquiera que fuese la dirección del viento. Más tarde eligió las colinas de Rhinower, cerca de Rathenow, como campo de experiencias definitivas.

A decir verdad, en su deseo de practicar el vuelo a vela, el aviador alemán empleaba un procedimiento ya indicado por Le Laudelle: la cometa sin cuerda, o sea una cometa en la cual la cuerda ha sido reemplazada por la fuerza del peso. Una serie de memorias, debidas a Charles de Louvrié, habían, igualmente, de esta solución: la salida de cara al viento, como los pájaros pesados. Por último, Langley, Drzewiecki, habían demostrado, por el cálculo, que los aparatos se sostendrían en el aire a partir de una cierta velocidad horizontal.

Lilienthal obtenía este resultado corriendo contra el viento, provocando así una velocidad relativa, suma de la velocidad del viento ascendente y de la velociad del experimentador. Por lo demás, para hacer comprender mejor al lector el "vuelo" de Lilienthal, he aquí una explicación clara, del profesor Karl Mullenhoff, testigo de varios ensayos:

"Se corre, bajando las alas, contra el viento. En el momento conveniente se eleva un poco la superficie de sustentación hasta hacerla casi horizontal, y se busca en el aire, durante el planeo descendente, dar por tanteo tal posición al centro de gravedad que el aparato sea proyectado rápidamente adelante, pero que descienda lo menos posible.

Lilienthal recorrió, planeando, partiendo de 30 metros de altura, distancias de 200 a 300 metros. Había realizado otro progreso, consiguiendo desviar a derecha o a izquierda. Llevaba el centro de gravedad hacia uno u otro lado por un movimiento de extensión de sus piernas. El pequeño desplazamiento del centro de gravedad producía al punto una inclinación de la superficie de sustentación en la dirección deseada al propio tiempo que un aumento de la presión del aire sobre ese mismo lado, y la dirección del vuelo cambiaba lateralmente.

Muchas veces, Lilienthal conseguía desviar la trayectoria rectilínea al punto de volver, durante cierto tiempo, hacia su punto de salida.

Las más hermosas experiencias fueron ejecutadas en Rhinower, donde la altura de la caída variaba entre 30 y 60 metros, por una inclinación de 10 a 20°, y esto es lo que produjo la catástrofe del 9 de agosto de 1896.

El aviador había ya realizado un planeo prolongado, decidiendo emprender un vuelo lo más extenso posible, determinando, exactamente, la duración.

Ordinariamente, estos vuelos duraban de doce a quince segundos.

Lilienthal se proveyó de un cronómetro, y se lanzó.

El vuelo, hasta la mitad del recorrido, fué casi horizontal.

De repente, el aparato dió la voltereta a consecuencia de una ráfaga, y se precipitó contra el suelo desde 15 metros de altura.

En la caída, Otto Lilienthal se rompió la columna vertebral."

Percy Sinclair Pilcher da una explicación de la catástrofe, cuyas causas han sido muy discutidas. Según Pilcher, Lilienthal había querido dirigir el timón horizontal por medio de un dispositivo nuevo mandado por movimientos de cabeza.

Este sistema de dirección en la vertical fué impotente en los golpetazos de un viento violento e irregular, y el aeroplano se encabritó hasta volverse del revés.

Sin embargo, M. Octave Chanute atribuye, principalmente, la catástrofe al mal estado del aparato: "Un día que Lilienthal repetía sus deslizamientos aéreos delante de M. Cleys, éste le hizo notar que una de sus superficies estaba mal sujeta. Lilienthal respondió que ya lo sabía, pero que como, muy pronto, le iban a entregar otro aparato, él, mientras tanto, pensaba poder utilizar el que ensayaba. Algún tiempo después, sirviéndose aún del mismo aparato, sin haberlo arreglado, la superficie superior se desprendía, en parte, al retorcerse, y el aeroplano volcaba."

Otto Lilienthal murió en el momento en que proyectaba proveer a su aeroplano de uno de esos motores que entonces se llamaban "ciclos de gasolina", con un rendimiento de 2 y ½ caballos por 40 kilogramos. Hubiera, entonces, atacado la segunda parte del problema: el vuelo a vela de los pájaros de gran envergadura, buitres y cóndores.

Había ensayado, poco antes de su muerte, pero sin resultados positivos, hacer batir la extremidad de las alas por medio de una máquina de ácido carbónico comprimido.

Su vida no fué sacrificada a una vana causa, y, como ya ha dicho, razonadamente, Mullenhoff, realizó, con toda seguridad, millares de ensayos. Su accidente no fué sino uno de aquellos que pueden ocurrir a toda persona dedicada a los diferentes deportes.

Lilienthal tenía, también, la intención de construir, en Berlín o en sus alrededores, una especie de establecimiento de Aviación, un plano inclinado cuya orientación hacia el viento se pudiera realizar a voluntad.

Otto Lilienthal.

Se hubiese podido alquilar máquinas; aprender a montar aeroplanos, empezando por las más pequeñas alturas.

La construcción de estos aeroplanos, que a veces la elevaron a un nivel superior al del punto de salida, resultaba a 500 marcos (625 francos).

Es interesante, hoy que los aviadores, gracias a tales ensayos, siguen una vía ya bien determinada, descubrir dos de los aparatos—uno de los primeros y el último—de los cuales el inventor hablaba con una fe profunda, entre dos experiencias, a sus visitantes de Rhinower, mientras subía a la cresta de las colinas el planeador lleno de saltamontes:

"Estos bichos gustan—decía riendo —de saltar sobre la superficie lisa y blanca de las alas...

Son mis únicos pasajeros, y yo los oigo agitarse, sin cesar, durante mis deslizamientos aéreos."

El aeroplano de 1893, en mimbre, forrado de algodón, tenía la forma de alas de pájaro extendidas en la sección, paralelamente a la dirección del vuelo, presentando una curvatura parabólica. Superficie alar: 14 metros cuadrados; envergadura, 7 metros; longitud máxima de las alas, 2.50 metros; peso, 20 kilogramos; peso total, 100 kilogramos (Lilienthal pesaba 80 kilogramos).

Para sostener el aparato, Lilienthal colocaba los antebrazos en dos intersticios forrados de la armadura, agarrando sus manos unas empuñaduras.

El cuerpo del experimentador estaba, pues, vertical durante el vuelo. Lilienthal tuvo la idea — más tarde aprovechada por Wilbur y Orville Wright—de la posición horizontal, extendiéndose sobre el aeroplano, cortando así el aire más fácilmente, al propio tiempo que se economizaba una parte muy importante del trabajo del vuelo.

Pensaba, sin embargo, que las piernas debían estar, siempre, dispuestas para la carrera, el salto, la dirección y el aterrizaje.

Adquirida una gran habilidad en el arte del vuelo artificial, Lilienthal encontró insuficiente la superficie sustentadora, e imaginó, para no aumentar la envergadura, superponer sus alas. El aparato de 1896 fué el primer biplano.

Modelos de biplanos habían sido proyectados de la manera más asombrosa.

Lanzados desde la cumbre de la colina, sus vuelos fueron largos sobre los campos vecinos, sin la menor tendencia a picar de cabeza, al revés de los otros modelos.

Encantado de esta estabilidad, Lilienthal estableció su "volador doble", de 24 metros cuadrados de superficie total, y del mismo peso, montado, de 100 kilogramos.

También este biplano tenía una envergadura parecida: siete metros.

El plano superior estaba soportado por dos largueros verticales, en bambú, y sólidamente sujetos. En la parte de atrás, a la extremidad de una percha en bambú curvado, el timón, a la vez horizontal y vertical. Un cuadro rectangular, de madera, sostenía los planos, rodeando el cuerpo del experimentador un poco más arriba de la cintura.

Lilienthal ha demostrado, también, que una superficie curva, atacando el aire en cierto ángulo (de 7 a 10°), levanta, fácilmente, siete veces más. Este aviador, en cierto modo, utilizaba la maniobra que los halconeros llamaban recurso, descrita, en 1789, por Hubert de Genève. Es bien sabido que el halcón, sin batir las alas, se deja deslizar, en descenso, para alcanzar su presa, y que después, levantando vivamente la cola, deteniendo su caída, emplea la velocidad adquirida para volver a ganar una zona casi tan elevada como la de su punto de partida.

Asimismo, Lilienthal, que parecía leer fácilmente en el porvenir, soñó en el empleo simultáneo de hélices sustentadoras y propulsoras.

En su inventivo espíritu se había creado ya el helicóptero o el autogiro, cuya interesante teoría acaba de demostrarse en España.

Finalmente, había anunciado, con frecuencia, una máxima típica para uso de los aviadores, y que cierra, de un modo elocuente, cuanto pueda decirse de tan glorioso inventor, promotor de una ciencia admirable:

"Concebir una máquina voladora, no es nada; construirla, es poco; ensayarla, es todo."

(De la revista "Alas", Madrid).

Historia de una cama

(Del diario de un loco)

Por Julio FRANZOSO

"Era aquella una cama maldita. Trágica. Tenía—como yo—su drama, su obscuro proceso de angustias y de miserias. En su juventud, que se dudaba de ella al contemplarla ahora tan vieja y tan pobre, había sido cama de hospital, y por eso, sin duda, parecía sentir aún su esqueleto de hierro misteriosas nostalgias de sangre. La adquirí por una cantidad miserable de dinero. Estaba tan escaso de recursos que, desde entonces, para mi mal, ella se interpuso definitivamente entre "mi vida" y "la vida". Cuando, por las noches, rendido de cansancio y de hambre, me dejaba caer sobre su andamiaje, recibía la carga de mi cuerpo con extraño y enfermo placer. En seguida se apoderaba de mi alma el presentimiento absurdo, infantil de que tal vez no despertaría nunca. Por eso mi sueño era un lento e interminable desfile de visiones ensangrentadas, espantosas, que me revolvían desesperadamente hasta que conseguían lo que se propusieran: despertarme, robarme de una manera cruel el descanso. Entonces, notaba que un sudor frío e inquietante bañaba mi cuerpo sacudido por temblores y estremecimientos continuos. Un miedo enorme se apoderaba de mí. Las más extrañas figuras danzaban en torno mío. Sentía imperiosos deseos de llamar, de gritar, pero en seguida pensaba que nadie acudiría en mi ayuda porque estaba lejos y solo, completamente solo, ya que los demás recibirían con carcajadas mis temores. Era como para reírse, sí. Yo mismo, para infundirme valor me reía... de mí mismo. Y una noche, un pedazo de espejo me devolvió mi risa. Tuve miedo. Más miedo que antes. Lo que yo creía risa era mueca, de rabia, de espanto, de qué sé yo. Quizás era el doble temor de enloquecer allí dentro, apuñaleado sin piedad por el terror. Sin embargo, aún no estaba loco..."

II

.."Poco a poco, me he acostumbrado a su veneno. Sí, porque esta cama tiene veneno, ese veneno raro que dejaran sobre ella todos los que partieron besados por la muerte, allá, en el hospital. Tendido horas enteras ha mostrado a mi alma todo lo que ha oído, todo lo que ha visto, todo lo que sabe de la vida. Porque sabe mucho del mundo y de los hombres. ¡Y todo se lo enseñó a ella la muerte! Es que ella ha asistido indiferente al espectáculo de "ver morir". Sobre su cuerpo han rugido hombres y mujeres desesperados unos y otros porque no podían salvarse, porque ya estaban sentenciados. Por eso en la locura de la desesperación sus conciencias confesaban a gritos todo el daño que habían cometido. En la hora suprema no tenían secretos para quien recibiría su último respiro: la cama. Ese es el veneno que dejaran sobre ella y al cual poco a poco me iba yo acostumbrando. Creo que ya empezaba a enloquecer..."

III

"Hace días que no puedo levantarme. Dicen que estoy enfermo. Es posible. Sólo yo conozco el origen de mi mal. Es "ella". Silenciosamente se ha entablado entre nosotros una lucha: yo quiero apartarme de ella, pero no sé si lo conseguiré. Tal vez no. Pero me he jurado a mí mismo quemarla el día que me levante. La quemaré en el medio del patio de esta casa infame, llamada quién sabe por qué "conventillo", hacia la cual me impulsó la miseria con un ademán enérgico y desesperado. La quemaré para que no lleve su veneno al alma de ningún otro hombre, para que no enloquezca a nadie con la narración maldita de todo lo que ha visto, de todo lo que ha oído, de lo mucho que sabe. La quemaré, sí, y será el mismo día que mis piernas no se nieguen a sostener el peso de mi cuerpo. Y "ella" lo sabe. Por eso su esqueleto de hierro se ríe de mi esperanza. Me "siente" atado a él. El médico dice que es debilidad, hambre, cansancio, pero no, es "ella"..."

IV

"Ya no me levantaré más. Ahora, como ya no puedo luchar, ella trata de hacer más agradable mi agonía. Me acaricia, me besa, sí, quiere que olvide el espectro de la muerte que está llegando, que se está acercando, que ya me toca en el corazón. Me muero.. Me muero... Creo que ya estoy muerto... Y como antes, río pero ese miserable pedazo de espejo me muestra implacable la mueca de mi carcajada. Es así, mi carcajada es de rabia, de impotencia, es la carcajada de aquel que ríe porque no puede llorar. Y en mi desesperación muerdo la cama, con dentelladas salvajes, porque ella me está mordiendo el alma... Me muero... sí... creo que ya estoy muerto..."

El "don", el "señor" y el "señora"

Cuáles han sido sus orígenes

Es verdaderamente curiosa la costumbre que tenemos aquí, y en todas partes, de anteponer un prefijo, a modo de título de cortesía, al nombre de las personas a quienes no nos une el parentesco o una amistad muy íntima. Semejante costumbre demuestra sobre todo lo artificioso de nuestras relaciones sociales, porque, ¿hay algún motivo para no llamar a las personas por su nombre a secas? Y si se responde que es una prueba de respeto, ¿en qué se funda ese respeto? ¿Por qué hemos de usar los prefijos ''don'', ''señora'' o ''señorita'' como una cosa de imprescindible necesidad?

El romano más humilde, aunque fuera esclavo, lo mismo se dirigía a un amigo entrañable que si saludaba a César vestido de púrpura al frente de sus legiones, no hubiese creído necesario usar prefijo alguno ni hubiera soñado siquiera que su ausencia implicaba falta de deferencia.

Por el tiempo de los emperadores romanos empezó a considerarse como una muestra de respeto personal la palabra ''dominus'' (amo de casa). Según cuenta Suetonio, deseando hacerse popular el emperador Claudio ofrecía banquetes a la gente de baja condición, y para dar confianza a sus invitados y demostrarles que los trataba de igual a igual, invariablemente estrechaba la mano a todo el que llegaba y le llamaba ''dominus'' o ''señor''. Pero la costumbre no se quedó establecida como uso general, porque ''dominus'' tenía otro significado, aunque los poetas los empleaban con su femenino ''domina'' como apelativo cariñoso entre los amantes.

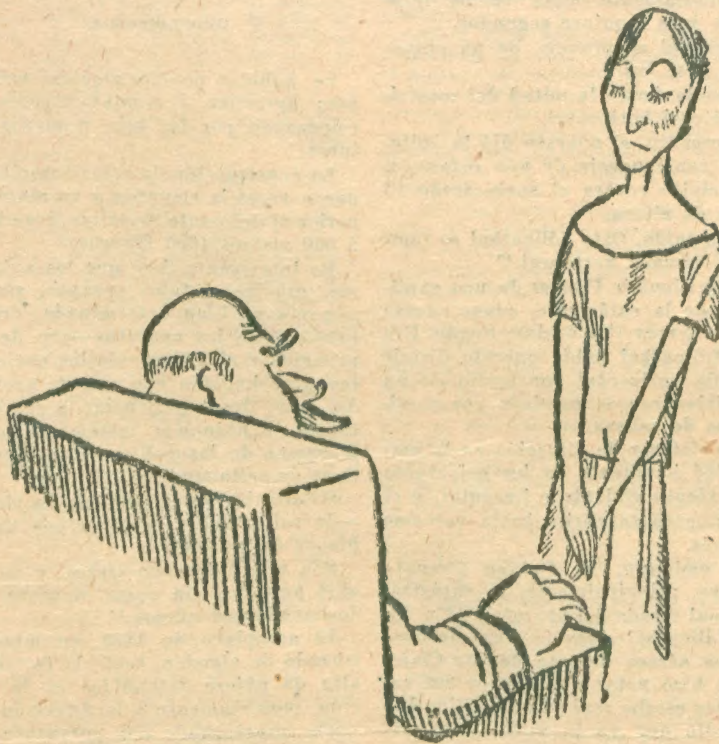
El uso moderno del ''dominus'' no empezó a aparecer hasta finalizar el imperio de Occidente. Lo que hasta entonces había sido un tributo casual de respeto, se hizo necesario para dirigirse a las personas de categoría, y una señora, esposa de un caballero, una castellana, mujer del señor de un castillo, se convirtió en ''mea domina'', luego en ''mea domna'', después en ''madonna'', y por último, en ''madame''. Las jóvenes solteras de los tiempos medioevales, recibían el diminutivo de ''dominicella'', convertido luego en el francés ''demoiselle'' y éste a su vez en ''mademoiselle''.

Un caballero era ''domino'', y luego ''domno'' del cual se deriva nuestro ''don''. Pero más tarde se fundieron la forma femenina y la masculina en ''dame'', que quería decir lo mismo ''señor'' que ''señora''. Por eso la moderna exclamación francesa ''Dame!'', quiere decir realmente ''¡Señor!'', y no ''¡Señora!'' como algunos suponen.

Hacia el siglo XII la palabra ''dame'' como título masculino empezó a substituirse por otra: la latina ''senior'', que ha sobrevivido casi en la mismo forma, diciéndose ''señor'' en español, ''senhor'' en portugués, ''signor'' en italiano, y ''seigneur'' en francés. Esta misma palabra, mutilada, es el francés ''sieur'' de ''monsieur''. En inglés tiene su equivalente en ''sir'' que en algún tiempo fué título eclesiástico significando ''reverendo'', y también título universitario aplicado a los bachilleres. El ''maitre'' francés es un apelativo que se aplica a personas de respeto, pero que pertenece a la clase baja.

En esto de los apelativos respetuosos no hay quien sobrepuje a los chinos. Según su oriental cortesía, un caballero chino cree que son demasiado familiares los pronombres ordinarios ''usted'' o ''él'', aplicados a personas con quienes se tiene poco trato, y emplea una serie de expresiones enrevesadas pero muy diferentes. Además, con objeto de demostrar respeto a las personas de distinción y a los difuntos, los chinos nunca pronuncian su verdadero nombre, sino otro, para que el uso diario no profane los apelativos sagrados. Por esta causa mientras nosotros hablamos con toda familiaridad de Confucio (Khong-fu-tse) un chino sólo le da el nombre de Sian-Sing o algún otro para testimoniar el respeto que le inspira y no mancillar el nombre que le dieron sus padres.

SERVICIO DOMÉSTICO



El señor. — ¿Quién es el joven que está en la cocina?
Jesusa. — Es mi primu, señoritu.
El señor. — ¿Otro? Me parece que en esta casa el único primo soy yo.

Características de la risa

Un observador francés ha formulado las siguientes reglas para juzgar a las personas por su manera de reír:

Las personas que se ríen en A son francas, leales, amigas del ruido y del movimiento, pero tal vez de carácter mudable y versátil.

Las que se ríen en E son flemáticas.

Lá risa I es la de los niños, las personas tímidas, sencillas y débiles.

La risa en O significa generosidad y robusto atrevimiento.

Con los que se ríen en U hay que tener cuidado, porque son falsos o misántropos.

Mis consultantes

Por

Francisco GRANDMONTAGNE

Si en España, como ocurre en Inglaterra, se pagase la información comercial sobre pueblos remotos, el cronista ganaría mucho dinero transformando su gabinete de escritor en consultorio americano, en una especie de agencia de noticias útiles acerca de la vida de ultramar.

Apenas pasa día sin que me vea favorecido por la confianza de un consultante. Mi clientela es vastísima y de una variedad infinita. En ella entran elementos de todas las clases sociales. Y no por ser gratuita desatiendo el servirla, creciendo de un modo prodigioso a medida que corre la voz sobre la altruista actividad que pongo en colmar esperanzas.

Aparte de las consultas verbales por dondequiera que voy, recibo y contesto al punto muchas cartas de gentes que me hacen el honor de convertirme en brújula de su vida, suponiendo que, por la vía de América, puedo guiarla a puerto seguro. Por mi parte—¡para qué negarlo!—estoy muy satisfecho de esta misión orientadora de los ajenos destinos. Es un verdadero sacerdocio. No exagero. Un ministro del Señor, un buen abate, otorga con sus absoluciones a los pueriles penitentes la felicidad de ultratumba. Yo, con un informe favorable, aseguro la felicidad en ultramar.

Porque he resuelto ser optimista en todos mis informes sobre América. Es cruel quitar al afligido europeo su última esperanza, flor de los cielos, al decir de un poeta místico. Mientras la realidad aquilata mi opinión, el informe halagüeño hace feliz al futuro emigrante, y eso va ganando en su paso por ambos mundos, en ninguno de los cuales le dejarán ser feliz en absoluto sus hermanos los hombres...

Hay quien tiene un sanatorio donde todo se cura, menos el último dolor. A juicio de mis consultantes, *tengo* yo una América donde la penuria no existe y todas las ilusiones se ven colmadas. No obraba mayores milagros el sombrero de Fortunatus.

Las consultas son tan variadas, como la naturaleza y categoría social de los consultantes. A mi consejo, que aplicado a mi propia vida, fuéme siempre aciago, acuden con ciega confianza desde el menestral que desea humilde empleo en Buenos Aires, hasta el fabricante que anhela inundar con sus productos los mercados de América. El abogado sin pleitos, el médico sin enfermos, el profesor sin discípulos y hasta el clérigo sin misas, buscan en mis informes y noticias el lenitivo de sus pesadumbres y la confirmación de sus esperanzas de una vida mejor y más fácil, en la otra banda de los mares.

La felicidad, decía Erasmo, no está en las cosas, sino en la opinión que se tiene de las cosas. Demos, pues, una buena opinión—que no es mucho dar—a los que pueden con ella aumentar su dicha. El principio cristiano de consolar al triste, me lleva a parecer un agente de emigración.

He aquí la pregunta que me dirigen constantemente los descontentos de su propio destino: "¿Cree usted que haré yo algo en América?"

—Indudablemente; algo hará usted. ¿Quién no hace algo en América?

A pregunta tan vaga, respondo con igual vaguedad, como esos médicos duchos, que nunca comprometen opinión ni en pro de la vida, ni en pro de la muerte.

—Sí, bueno; pero... ¿Usted cree que saldré a flote en América?—agregan algunos que anhelan afirmar con mi parecer su insegura esperanza.

—Eso no depende de América, sino de usted. El salir a flote consiste en el nadador. Yo no sé cómo nada usted, ni si nada... Mis informes se limitan al mar; pero no puedo decir cómo saldrá usted de las zambullidas.

Entre mis consultantes abundan los proyectistas fantásticos. De uno de estos ilusos quiero ocuparme, hoy especialmente, seguro de que la exposición de sus planes supera al más extraño de los cuentos literarios que pudiera idearse.

Lo que voy a contar es rigurosamente exacto.

La escena tiene lugar en Barcelona, en una salita del hotel de las Cuatro Naciones. El camarero entra y me dice: "Ahí espera un señor que desea hablar con usted. Ha venido ya cuatro veces. Ayer no estaba usted; esta mañana se hallaba usted escribiendo, y no quise interrumpir al señorito. Ahora vuelve de nuevo. Trae unos rollos bajo los brazos. Yo creo que es un latero; pero tanto insiste..."

—Házle pasar.

Vestía levita y chistera. Era un hombre de cuarenta y cinco años. La barba negra y larga. Usaba lentes de oro, tras de cuyos cristales revolvíanse los ojos pausadamente, con ese aire que tienen en la mirada los hombres muy discretos y muy seguros de sus ideas.

—¿El señor Grandmontagne?...

—Servidor de usted.

—Tengo el honor de saludar al gran hombre que...

—¡Por Dios! Usted me confunde...

—Nada, nada. Yo ¿está usted? sé siempre lo que digo,—agregó ligeramente colérico.

—Bueno. Como usted quiera.

—Usted ha venido a España a decirnos lo que debemos hacer en América. Yo también ¿está usted? lo he dicho muchas veces. Pero... ¡ya lo verá usted... no nos harán caso.

—Eso les ha pasado siempre a los grandes hombres—repuse, dispuesto a seguir el macaneo.—Pero, permítame usted los rollos, que le están molestando. Los pondremos aquí, encima de la mesa.

Después de colocarlos le invité a sentarse en un pequeño sofá.

—Usted primero—dijo.

De ninguna manera. No puedo consentirlo.

—Sea.

—Usted... claro está... no sabe quién soy yo.

—No tengo ese honor.

—Pues yo... Víctor de la Cuesta, servidor de usted; aquí está mi tarjeta... soy un hombre ¿está usted? que está de más en España.

—¡Hombre!...

—Sí, señor. Esta es la palabra: de más. Triste es decirlo; pero es la verdad. Aquí los hombres de grandes iniciativas... ¿está usted?... estamos de más. Aquí se ahoga ¿está usted? un hombre de vastos proyectos. No hay ambiente, no hay capitales... es decir, capitales hay ¿está usted?...; pero nadie quiere entregar su dinero a los hombres de trabajo, y por eso todos los que tenemos grandes iniciativas ¿está usted? estamos de más. Y

VIDA SOCIAL

—¡Qué hermoso vestido! ¡Dan ganas de casarse!

aquí tiene usted el prologómeno del paso que doy ¿está usted? al venir a visitarle.

—Usted dirá.

—Yo tengo un proyecto ¿está usted? del cual dice todo el mundo ''está muy bien, está muy bien''; pero en cuanto hablo de capital ¿está usted? todos me dicen ''hombre, hombre, el capital no se arriesga tan fácilmente''. Y yo les digo: ''¿no estáis conformes en que el proyecto es bueno?'' Ante mi lógica de hierro ¿está usted? ya no saben qué responder.

—¿Pero no sueltan el dinero? Generalmente la lógica del dinero es muda.

—No lo sueltan, no señor, y por eso he venido a verle a usted.

—Muchas gracias, don Víctor; es usted el primer hombre que me ha supuesto con dinero...

—Ya supongo que usted no tendrá dinero, como nos pasa ¿está usted? a todos los hombres de grandes iniciativas. Pero usted tiene suficientes medios para conseguir el capital.

—Otra vez las gracias por el crédito que usted me atribuye.

—Nada, nada, usted es un gran hombre. Yo lo sé ¿está usted? y basta.

—Bueno. Adelante. Venga ese proyecto.

Don Víctor cogió el mayor de los rollos y, desenvolviéndolo, presentó ante mi vista el dibujo de un enorme palacio.

—Helo aquí. ¿Adivina usted de lo que se trata?

—No, don Víctor.

—Esto, agregó con las dos manos extendidas en cruz para sujetar el inmenso plano, es un proyecto de exposición permanente de productos americanos. Dentro del edificio ¿está usted? hay tantos pabellones como repúblicas. Lo que ahora ve usted es el edificio total.

—Muy bonito, don Víctor...

—Separadamente, y según la importancia de cada república ¿está usted? he trazado su respectivo pabellón.

Y don Víctor comenzó a desenvolver la multitud de rollitos esparcidos por la mesa.

—Ante todo, deseo que me diga usted si está bien calculado el espacio concedido a cada país americano. Yo no quisiera ¿está usted? incurrir en el enojo de alguna república por esta causa. Porque siempre hay celos...

—Muy bien pensado, don Víctor. Es necesario evitarlos.

—Ahora vea usted los pabellones.

Eché una ligera ojeada a todos los planos, dibujados con distintos colores. En el frontispicio estaba la bandera de cada república.

—Me parece, don Víctor, que ningún país podrá quejarse del espacio señalado. Pero noto que falta la nueva república de Panamá.

—No sabe usted los dolores de cabeza que eso me cuesta. La independencia de Panamá es posterior a mis planos. Y como los pabellones y el edificio total, responden ¿está usted? a un plan armónico, no sé ahora dónde meter a Panamá, sin trazar de nuevo toda la obra. Creo que al fin me decidiré por comerme un poco de Honduras y otro poco de Nicaragua para poner en medio a Panamá. Pero yo no toco nada sin que usted lo apruebe.

—Yo creo que no dirán nada ni Honduras ni Nicaragua.

Don Víctor me habló luego extensamente de la forma en que sería administrada la exposición permanente, de lo que pagaría cada expositor, del sueldo que él gozaría como gerente y del número de acciones que se reservaría como fundador.

—Pues, ya está todo arreglado—le dije—y no veo para qué puede necesitar usted mi humilde apoyo.

—Para poner en marcha todo esto que ve usted en los papeles, yo necesito ¿está usted? dos cosas que solamente usted puede conseguir. Primera: la autorización de todas las Américas para llevar a cabo mi proyecto. Segunda: que el gobierno de cada república ponga a mi disposición diez mil pesos, o sean ciento setenta mil pesos entre todas las repúblicas, para comenzar ¿está usted? los cimientos del edificio. Una vez comenzados los trabajos, surgirían accionistas por toda Europa para terminar las obras. Porque lo difícil ¿está usted? son los cimientos.

—¿Y cree usted que los gobiernos americanos girarán ese dinero en cuanto yo se lo indique?

—Yo sé que tiene usted mucha influencia en las Américas.

—Diga usted, don Víctor: pudiendo yo obtener esa suma, base del negocio, ¿no teme usted que me apropie su proyecto y lo realice solo?

—Usted es un hombre honrado,—dijo el proyectista en tono solemne.

—¿Y qué participación me da usted por mis gestiones?

—Ante todo he pensado, ¿está usted? poner su nombre en el frontis de la fachada principal del edificio. Porque yo sé que el ideal de los grandes hombres es siempre la gloria.

—Tiene usted razón, señor de la Cuesta; a mí me basta con verme glorificado por usted en el frontispicio de la exposición permanente.

—¿Entonces?...

—Quedamos en que yo escribiré pidiendo a todos los gobiernos americanos el dinero para los cimientos. A medida que lleguen los giros, yo lo iré entregando a usted.

Don Víctor me tendió la mano, diciendo:

—Ya sabía yo que a un hombre de grandes iniciativas, ¿está usted? no podía faltarle el apoyo de usted y el apoyo de las Américas, de aquellos pueblos jóvenes que marchan triunfantes, ¿está usted? por la vía del progreso...

La piedad nos manda no contradecir al loco, cuando no pudimos huir de su alcance. El loco, para quien toda sensatez es locura, sólo vuelve al juicio a costa suya, tránsito acaso peor que el de la locura a la muerte. Por esto no opuse el menor reparo a las fantasías del proyectista. Además, dábame pena destruir con cuatro argumentos fríos todos aquellos palacios y pabellones que traza el optimismo calenturiento.

Lo malo es que don Víctor tendrá ya una idea pésima de mi conducta ante la tardanza de los giros. Fácil me fué no contradecirle: pero me parece imposible ''¿está usted?'' mantenerle en su locura...

LA BUTACA VACIA

Por A. R. BONNAT

—Yo—dijo Benicarló,—he estado muchos años disfrutando de un placer completamente inédito que había sabido proporcionarme en alianza con la diosa Casualidad. El placer que yo llamaba "de la butaca vacía".

—Nombre extraño. ¿Quiere usted explicarse?

—Era sencillísimo. Tenía la costumbre de ir al teatro todas o casi todas las noches y pedía siempre en la taquilla una butaca del centro de la fila. Luego ya no tenía más que esperar a ver qué vecinos de espectáculo me había proporcionado la suerte. Yo entraba en el teatro temprano, ocupaba mi sitio y dirigía miradas cariñosas y llenas de curiosidad a ambos lados, diciéndome siempre: "¿Quién vendrá a ocupar estas dos butacas vacías que tengo a mis lados? ¿Será hombre? ¿Será mujer? ¿Guapa?" Crean ustedes que los minutos que pasaban antes de que la sala acabara de llenarse y tuviera yo los vecinos que esperaba eran de una emoción extraordinaria.

—Se llevaría usted muchísimos chascos.

—Naturalmente. Venían caballeros con barbas y malhumorados, de esos que van al teatro a encontrarlo todo mal y a sufrir un mal rato; llegaban pollos insubstanciales, señoras gordas, gente anónima, alguna que otra vez, una muchacha bonita e interesante. Una vez, aburrido, me metí en un teatro popular, donde representaban un melodrama absurdo, de esos que hacen llorar hasta al bombero de servicio. Siguiendo mi costumbre, pedí butaca del centro de la fila, y esperé a que se ocupasen las laterales a mí. Aquel día tuve suerte, pues en el asiento inmediato al mío vino a instalarse una muchacha ideal, rubia, con aire sentimental y emanando un aire de inocencia tal que tentado estuve de dirigirme a ella y a una señora que la acompañaba y decirles: "Me parece una imprudencia que venga este ángel al teatro, expuesta a oír algo que pueda mancharla." Reflexioné que era una ridiculez dar semejante paso, y como, por otra parte, ya he dicho que la obra que había de representarse era un melodrama cursi, pero sin nada procaz, callé y me dediqué a contemplar a la muchacha vecina de butaca.

—Una buena noche, ¿eh?

—Regular; porque apenas comenzó la representación la jovencita se entregó por completo a la función, viéndosela interesada, anhelante, sin pestañear ni un solo instante, y cuando ya en la escena comenzaron a surgir los conflictos y comenzaron las tristezas, de sus bellos ojos salían lágrimas atrozmente sinceras. No me había equivocado en mis sospechas, y era indudable que tenía junto a mí a un verdadero ángel.

—¿Hubo aventura?

—En el entreacto procuré entablar conversación, comentando las incidencias del drama que veíamos, y tanto la muchacha como su madre—me dijeron que era su madre la señora que la acompañaba,—se mostraron tiernas de sentimientos y de un romanticismo extremado.

—Sí, entre las clases populares suele darse ese caso.

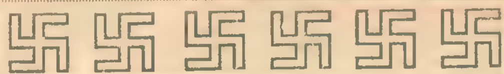
—Eso pensé yo, y seguí saboreando a mi gusto el acierto que había tenido aquella noche de ir a un teatro popular y barato, alejándome de esos otros céntricos y de elegancia, donde no puede advertirse la menor señal de sinceridad entre el público que a ellos concurre. La representación terminó entre el más copioso llanto para mis dos vecinas, que derramaban lagrimones como si hubieran perdido a alguien de la familia o fueran parientes cercanas de los personajes perseguidos en escena. Lleno de emoción abandoné el teatro, y sin ganas de ir a parte alguna después, me refugié en mi casa y me acosté. Debo confesar que estaba verdaderamente impresionado.

—De manera que la aventura terminó ahí.

—Casi, porque al levantarme al siguiente día vino otra preocupación a darme que pensar. Había perdido la cartera con algunos billetes del banco, y tuve que ir a la comisaría a dar cuenta de ello por si había la remota esperanza de que fuera encontrada. Allí me interrogaron acerca del empleo de mi tiempo en la noche anterior, y al oírme decir que había estado en tal teatro me replicaron vivamente: —¡Ah! ¿Y por casualidad estuvo usted sentado al lado de una joven rubia con aire candoroso y sentimental, acompañada de una mujer gorda y de moño retorcido? —Sí; pero no sé que tenga nada que ver... —Pues tiene. Sus vecinas eran la "Pasieguita" y su hija, habilísimas timadoras. El agente de servicio en el teatro las vió salir; pero pensando que habían ido nada más que a solazarse y no a "trabajar", no las detuvo. —¿De modo que mi cartera? —Pasó a manos de la joven rubia que lloraba durante la representación. Porque estoy seguro de que lloraría. —A lágrima viva. —Sí, la timadora esa tiene un corazón sensible.

—¿Y sigue usted cultivando ese placer desconocido de la butaca vacía?

—No; ahora voy a palco, y en cuanto entro echo el pestillo, y además he renunciado a los melodramas que hacen llorar.



Anhelo

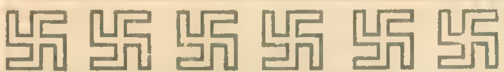
Quiero hacer de mi vida, nueva vida,
vagar en comunión con mis ensueños;
darme a la soledad como a los aires
se dan los crisantemos!

Yo haré mías las noches silenciosas
con su mundo de estrellas... Será el viento
que llegue a mi ventana, el musicante
que ahuyentará mis íntimos recuerdos!

Quiero hacer de mi vida, nueva vida;
que mis horas se alejen en silencio;
que no clave sus dardos en mi alma
la desdicha ni el tedio!

Llenos de calma brillarán mis ojos;
de paz suprema colmaré mis versos;
y en vez de falsas manos, que mis manos
sólo opriman las flores de mi huerto;

Félix R. Visillac



PUCHITOS

Algunas de las estaciones de fuerza de Londres, consumen diariamente 600 toneladas de carbón.

* * *

Cada chimenea de fábrica, en Londres, es responsable de distribuir diariamente varias toneladas de hollín.

* * *

Durante el año de 1923, fueron construidos en Inglaterra 100.000.000 de pares de botas y zapatos.

* * *

Los pedidos de licencia para despachos de bebidas, han disminuido en el condado de Londres, desde el año 1904, en 1482.

* * *

Los vehículos automóviles que circulan por los caminos de Inglaterra, son ahora 20.606 más que hace doce meses. El número total asciende a 1.269.606.

* * *

El Covent Garden de Londres es utilizado como sala de baile hasta la realización de una nueva temporada de ópera.

* * *

Un pitón que mide diez y seis pies de largo, ha sido conducido recientemente al Jardín Zoológico de Londres. Para llevarlo, fueron necesarios veinte hombres.

* * *

Los insectos que vuelan durante el día, tienen colores más brillanes que los que vuelan por la noche, cuyos tonos tienen tendencia al color pardo. Además, son más disformes.

* * *

Los hombres parecen hallarse ahora más inclinados a trabajar en las faenas domésticas. Los que trabajan en esas condiciones en Inglaterra, cobran un salario de 50 libras esterlinas por año, casa y comida.

* * *

Durante unas excavaciones realizadas en las cercanías del lago de Zurich, han sido descubiertas viviendas que se calculan datan de 7.000 años antes de Jesucristo.

* * *

Los bebés de Argovie, uno de los cantones suizos, tienen que ser pesados, medidos y tomadas sus impresiones digitales dentro de las veinticuatro horas siguientes a su nacimiento.

* * *

Un inspector del servicio telefónico de Londres ha declarado recientemente que de cada 100.000 reclamaciones que se hacen respecto al servicio, sólo cuatro lo son por escrito.

* * *

Paul Grappe, un desertor del ejército francés hace diez años, ha vivido usando ropas femeninas, como "compañera" de su esposa. Los dos ganaban su vida como costureras y nadie había sospechado, hasta su reciente descubrimiento, el bien guardado secreto.

* * *

Mientras se efectuaban reparaciones en una de las calles de mayor tráfico, en Coatbridge, Lanarkshire, se descubrió la existencia de carbón. Se están sacando ahora de nueve a diez toneladas diarias de ese combustible y el "pozo" tiene treinta y cinco pies de profundidad.

* * *

Los modernos buques de guerra requieren, por término medio, una tripulación de 800 hombres mandados por 40 oficiales.

Esto, en las marinas bien retribuidas, supone para el Estado una carga de dos millones y medio de pesos al año.

* * *

El "récord" de la sobriedad corresponde a Plymouth, donde sólo se han seguido ochenta y siete procesos por ebriedad, durante el pasado año. Eso da una porcentaje menor al 1 por 2.000 de sus habitantes.

* * *

La costumbre de adornar las alfombras, tapices para el suelo y linoleums con dibujos de flores, se deriva del uso corriente entre los antiguos de cubrir de flores el suelo de las habitaciones.

Esta práctica que exige renovar cada día la aromática alfombra, se sigue todavía en los países musulmanes entre las clases elevadas.

* * *

Parece ser que las mantas las inventó en 1340 un pobre comerciante flamenco, llamado Tomás Blanquet, cuyo apellido ha dado nombre a esas agradables prendas de abrigo, en algunos idiomas. En inglés manta, se dice "blanket".

TRAGEDIA CHAQUEÑA

Por Simón P. BAYONA

(Del libro "Prosa Campera", próximo a aparecer)

Era la época en que el sol de Sarmiento empezaba a disipar las tinieblas de Facundo.

Se vivía aún en la semibarbarie que la evolución del tiempo y de las cosas no había determinado claramente las orientaciones definitivas, que hacía varios lustros estaba en gestación.

Las luchas intestinas interrumpían la marcha hacia la nueva era de civilización y progreso que se vislumbraba a través del caos de esa larga noche que comenzó su amanecer después de la jura de nuestra independencia.

La población central de la naciente República la constituían principalmente varias tribus de indios semisalvajes y un buen número de "criollos" dedicados a las escasas faenas de campo y a la defensa de sus vidas.

En plena selva, allá en el corazón del Chaco Santiagueño y en un "limpión" del enmarañado bosque de quebrachos y algarrobos, se levantaba, apenas dos varas del suelo, un pobre rancho hecho de ramazones espinosas que cubrían malamente unos montones de paja y yuyos secos que servían de lecho a los moradores de esa mísera vivienda constituída por un matrimonio de *arrimo*, según la expresión habitual de la gente de aquella época, y el fruto de esa unión: una robusta moza de diez y siete primaveras, llamada Meca.

Vivían éstos como podían; la caza y fruta silvestre eran su obligado alimento. Las pieles de animales salvajes, las plumas de pájaros raros y el desmonte de algún quebrachal, le producían escasamente a Mamerto Cuello, jefe de esa familia, lo necesario para subvenir las necesidades más apremiantes de su hogar montaraz.

Con todo esto, la corta familia aludida vivía feliz y resignada con su suerte, pues sus aspiraciones se condensaban en la paz y tranquilidad del hogar, libres de que el hombre de la casa formara parte de las *montoneras*, que en aquellos tiempos desolaban nuestra campaña en sus luchas intestinas, y, sobre todo, lejos de los indios que tanto estrago hacían con sus malones y saqueos.

Mamerto había logrado "escurrirle el bulto" a una *arriada* que hiciera la gente del general Peñaloza ("El Chacho") en busca de voluntarios; *juyó* tierra adentro con su mujer y su hija, hasta internarse en el Chaco, donde tuvo que *anidar* obligado por la falta de *rumbo* y recursos.

¡Cuántas veces, contemplando las estrellas, en esas noches serenas que convidan a la meditación, añoró su rancho alegre, allá en la lejana Rioja! Su pensamiento recorría entonces veloz la trayectoria de su azarosa vida y soñaba entonces en un retorno lejano, siempre con la esperanza anidada en su corazón de volver a recorrer las llanuras riojanas donde el sol pareciale más luminoso, el cielo más sereno y el aire más puro...

Fué en una de esas noches estivales... El silencio sólo era interrumpido por el graznido de algún ave agorera o por el monótono canto del grillo.

La selva dormía tranquila, arrullada por una brisa suave que traía, en ondas, el perfume de flores silvestres y de ramas olorosas... Los habitantes del rancho del *limpión* del monte estaban entregados al sueño...

....

Merodeaba por la cabecera del monte un guía de la tribu del cacique Chelfú-Palú, buscando presas para las garras de los *infieles*.

Ese día Mamerto Cuello se había entretenido más que de costumbre, sacando una *lechiguana* de un corpulento algarrobo, con cuya preciosa adquisición se encaminó a su vivienda, al caer de la tarde. El astuto indio lo había seguido a lo lejos, ocultándose en la espesura y arrastrándose para no ser visto...

Como de costumbre, Meca, la hija de Mamerto, salió al encuentro de su padre, quien, gozoso con el sabroso manjar, adquirido a costa de soportar aguijonazos de las abejas defendiendo su tesoro, regresaba triunfante.

La aparición de Meca, maravilló al indio y despertó en él sentimientos de codicia sexual.

....

En el silencio de esa serena noche estival, sólo se percibía el misterioso canto de la selva, conjunto de armonías suaves y solemnes.

De pronto, la hojarasca reseca se sintió hollada por una docena de pies toscos y desnudos. Seis indios, arrastrándose como reptiles, se hallaban ya a pocos metros del rancho... Minutos después unas lenguas de fuego iluminaron el claro del monte... unos alaridos salvajes interrumpieron el silencio y con el estupor propio de esas circunstancias, los tres habitantes de la humilde choza incendiada huían casi abrasados por las llamas.

La escena fué breve pero trágica... Dos indios fornidos se apoderaron de Meca, pues el móvil del *malón* era raptarla, y huyeron monte adentro, mientras los cuatro restantes luchaban con Mamerto y su compañera, que se batían como fieras sin más armas que sus brazos.

Las lanzas se habían teñido con la sangre valerosa de marido y mujer, que se debatían con la bravura de los tigres cuando les arrebatan la *cría*.

A lo lejos, se oían los gritos desgarradores de Meca demandando auxilio a sus padres.

Los bárbaros salvajes seguían hundiendo sus lanzas en los cuerpos jadeantes de sus víctimas y Mamerto no pudo resistir más; cayó sin vida, atravesado su corazón.

La pobre mujer quedó sin conocimiento por la pérdida de sangre que manaba de sus heridas y, cuando la aurora besó aquel cuadro horrible, despertó. Le pareció una pesadilla lo que vieron sus ojos; se quiso incorporar, pero a su cuerpo magullado y herido le faltaron fuerzas. Contempló a su Mamerto sin vida, a pocos pasos de allí; recordó los desgarradores gritos de angustia de su hija y perdió la razón...

....

En el centro de un tupido monte de ñandubays se hallaba acampada la toldería del cacique Chelfú-Palú.

En la próxima ladera del monte, los indios habían construído un jagüel de agua dulce para el uso de la tribu.

La indiaba había estado de fiesta; un abundante *botín* había coronado su último malón.

Esa noche, entregados a la orgía, danzaron y se embriagaron hasta que sus cuerpos rendidos se entregaron al sueño.

....

Los pies descalzos, apenas cubierto su cuerpo con unos andrajos, su enmarañada cabellera suelta, sus ojos salientes y su boca gesticulando una mueca perenne, mezcla de alegría y dolor, apareció una mujer ya entrada en años, por el sendero principal que conducía a la toldería del cacique.

Presenció impávida aquel cuadro y, como si una visión iluminara su cerebro enfermo, se adelantó hasta escudriñar el interior de esas inmundas y mal olientes viviendas, creyendo encontrar allí al ser querido; a su hija Meca, arrebatada hacía años por los mismos indios tal vez que allí dormían, inertes sus cuerpos, como anestesiados. Fué en vano; no estaba su perdido tesoro.

De pronto su vista se fijó en una vasija de piedra que contenía un líquido verdoso y espeso. Recordó que su Mamerto le contara, en vida, que los indios envenenaban sus flechas de combate y una idea vengadora cruzó por su extraviada imaginación.

Se apoderó de su mortífero hallazgo, pues en realidad era el jugo de yerbas venenosas usado por los indios en sus flechas, y se encaminó veloz hacia el jagüel, donde volcó su contenido.

Pocas horas después la tribu se ponía en movimiento, dispuesta a continuar su interrumpida orgía hasta dar fin con el *botín*.

Sus bocas resecas por efecto de las

Fomento de la agricultura

Por J. de OLAZÁBAL

—Señor gerente del Banco, vengo a solicitar un crédito de doce centavos, destinados a completar el costo de una azada que me es indispensable para sembrar papas.

—Veamos la lista de sus bienes raíces.

—Las únicas raíces que me dejó la langosta son de cebollitas para encurtidas.

—Perdone, por Dios.

—En vinagre son bienes.

—Pero no pueden hipotecarse. No crea por esto que el Banco es exigente para otorgar sus créditos, puesto que el principal propósito de su institución oficial fué fomentar la agricultura con préstamos liberales, evitando de esa manera que el trabajador se viera obligado a dejarse explotar en otra parte; así, por ejemplo, si usted dispusiera de siete leguas de tierra negra todo podría arreglarse.

—La tierra está por las nubes, y mientras duró la sequía no vimos nubes.

—El reglamento del Banco es muy liberal y ha provisto ese caso: "Si el solicitante no fuera"... espérese, voy a ver si dice "caudillo" o propietario"... dice "propietario"; "si el solicitante no fuera propietario, presentará la fianza de un comerciante que se haya apresurado a retirar sus mercaderías de los depósitos fiscales, un certificado de buena conducta firmado por la mucama y copia legalizada del testamento de dos millonarios norteamericanos en los que figure como heredero fulminante".

—Reunidos esos requisitos, ¿ya puedo soñar con la azada?

—Antes hay que pasar una circular confidencial a todas las casas bancarias para que nos informen si, en el caso que haya dejado usted de cumplir un compromiso con alguna de ellas, se ha debido a fallecimiento.

—¿Y luego?

—Va su solicitud a la oficina de informes privados, la que debe reunir los que pueda respecto a su vida y malas costumbres; porque siempre se supone que el solicitante tiene alguna.

—Yo tengo la de comerme las uñas.

—El Banco no es exigente en ese sentido ni va más allá de donde puede. Le bastará con saber que usted no concurre a fiestas más que de iglesia, juega únicamente al solitario y sólo fuma cuando lo convidan. ¿Cuánto quiere usted que se le conceda?

—Doce centavos.

—En tal caso es obligatorio pedir noventa. Voy a entregarle un formulario para que lo llene con los pocos datos que el Banco pide, a saber: su nombre, sobrenombres y defectos; quién parece ser su padre; si su señora madre es solvente o tiene que criar con biberón; si es usted casado y su mujer lo domina; cuántos hijos tiene; si piensa tener más; qué ha hecho hasta ahora para estar tan pobre; por qué pide un crédito; para qué lo quiere; si está en su cabal juicio y jura no perderlo hasta que el Banco lo ejecute.

—¿Y el fiador firma conmigo?

—No basta. Tiene que concurrir él mismo de frente y de perfil para ser examinado con un vidrio de aumento, porque en punto a filiaciones el reglamento es estricto hasta con los empleados de la casa. Usted puede comprobar en nuestra oficina de entradas y salidas continuas que todo el personal ha dejado las impresiones digitales.

—Sírvase darme el formulario.

—Ya sabe que al firmarlo renuncia voluntariamente a los derechos que puedan otorgarle las leyes humanas o divinas; porque el Banco se rige, en sus relaciones con el público, por sus propias leyes, que están inspiradas en las célebres de Alfonso el Rana, cuyo pliego original afecta la forma de un embudo.

—¿De qué manera debo devolver los doce centavos?

—De una manera cortés y haciéndose lenguas de liberalidad de los directores. Estos se reunirán en cuanto cierren el actual ejercicio detrás de una vacante de senador y resolverán en su petición. Entonces recibirá usted un aviso comunicándole que debe pasar por el Banco porque su solicitud se ha extraviado.

—Supongamos que se encontrara.

—Supongamos que usted tuviera que hacer otra. Si el crédito se le otorgase, sólo le restará jurar por las cenizas de la aduana no emplear los fondos acordados en la siembra de otros tubérculos que los prometidos en el formulario. Ahora tiene que dejarme su gracia.

—Inocente Paganini. Treinta y tres años...

—La edad del Cristo. Domiciliado...

—Frente al Parque de los Patricios inundados.

—¿A qué altura?

—A la del pecho de un caballo.

—Lugar del nacimiento...

—Cubierto de resaca.

—¿Cuáles son sus recursos para vivir?...

—La azotea y disparar tiros al aire.

—Nada más. El reembolso lo hará por mensualidades inexorables con interés de siete y medio real. Se le hará saber cuando puede pasar y retirar sus cédulas.

—Y si quisiera convertirlas a dinero ¿podré hacerlo sin mucha pérdida?

—No hay nada tan solicitado como las cédulas en los días de San Juan y San Pedro. Además, de todos los papeles negociables son los nuestros de los que se cotizan con menos quebranto; fíjese algunas figuritas de cigarrillos...

—Supongamos que una mala cosecha me impidiera efectuar el reembolso dentro del plazo estipulado ¿en qué condiciones quedo frente al Banco?

—En las condiciones de una ampolla frente a un alfiler. En ese caso el establecimiento se conforma con exprimir a usted por la vía judicial hasta hacerle pagar el pato del capital e intereses acumulados, gastos de protesto, ejecución y remate, pero no le embarga los aparatos industriales ni el digestivo y usted no queda excomulgado. Satisfechos que hayan sido esos gastos, el Banco le otorga, sin desembolso alguno de su parte, una entrada para el Asilo de Mendigos.

—Ahora me voy tranquilo. Servidor del Banco.

—Servidor de usted y del Asilo.

libaciones, demandaron agua para saciar su sed y bebieron agua del jagüel.

Pronto se notaron sus efectos... Sus cuerpos revolcáronse por el suelo, como reptiles heridos, en convulsiones trágicas.

Abriéndose paso por el tupido monte de ñandubays, llegó hasta ese lugar la madre de la desventurada Meca; contempló la escena macabra y haciendo oír una carcajada histérica, cuyo lúgubre sonido repercutió por el cercano monte, se internó nuevamente en la espesura.

Su trágica silueta se esfumó en la penumbra como una visión.

Se había vengado...

Cómo se preparaba una boda real en el siglo XVII

Una embajada a Inglaterra y una plancha diplomática

El día 8 de marzo del año 1623, una extraordinaria noticia que se encargaron de propalar los vecinos más dados a la murmuración o más enterados de las cuestiones políticas, vino a sorprender al pueblo de Madrid. Se decía, aunque nadie se atrevía a asegurarlo, que desde el día anterior estaba en la villa y corte, a donde había llegado de tapadillo, el príncipe de Gales, el heredero del trono de Inglaterra, acompañado del que entonces era conde y luego fué duque de Buckingham, y como es lógico, la gente amiga de la bullanga comenzó a prometérselas muy felices y a soñar con fiestas y mojigangas de las que en todas las épocas y en todos los pueblos se hacen para recibir a príncipes y potentados extranjeros.

De incógnito había llegado el príncipe inglés, pero no era cosa de que lo guardase mucho tiempo, pues todo el mundo sabía a lo que vino. Nada menos que desde los últimos años del reinado de Felipe III se venía diciendo que Carlos, el hijo de Jacobo de Inglaterra, se casaría con María, la hija de aquel monarca español, y aunque es verdad que el ser ella católica y protestante él hacía que en España no se viese con muy buenos ojos el proyecto de boda, nadie ignoraba que un día u otro habría que ver las cosas más de cerca. Llegó, en efecto, este día, siendo ya rey Felipe IV, y si no llegó antes, no fué por culpa de los ingleses, que parecían tener gran empeño en el matrimonio, ni por falta de empeño en el embajador español Gondomar, el cual debió pintar con muy bellos colores el asunto en Inglaterra cuando de allá enviaron al príncipe para que conociese a la que ya se consideraba su prometida.

Como quiera que todo esto era público, pública se hizo también la entrada de Carlos en Madrid a los pocos días de su llegada, y con esto vinieron a ser realidad las ilusiones de la gente bulliciosa.

Hubo corridas de toros, juegos de cañas, fiestas en el Buen Retiro y otros muchos y muy variados festejos. El almirante de Castilla dirigió una mascarada que dió que hablar a cuantos la vieron por el lujo y magnificencia en ellos desplegados, y para que todo el mundo gastase cuanto quisiera en trajes y adornos con que ponerse de fiesta, quedó suspendida la pragmática sobre vestidos entonces vigente. Que el príncipe de Gales se divirtió como el que más, nadie se hubiera atrevido a dudarlo; pero tampoco cabe duda de que en medio de tanta fiesta y tanto jolgorio habría de extrañarle el que nadie hablase con la seriedad y detención debidas del asunto que a la corte le había traído. Porque, como dice muy bien el historiador Lafuente, "el rey le obsequiaba, Olivares le entretenía, divertíale el público, pero en los capítulos matrimoniales nunca faltaba algún reparo que poner".

Entre tanto, se creyó conveniente enviar una embajada a Inglaterra para pedir a Jacobo I la solemne aprobación del enlace, y allá fué con tan honrosa misión el marqués de Hinojosa, capitán general de la artillería española, que con gran pompa salió de Madrid el 13 de mayo, pasando por Francia y embarcando en Calais en los galeones que con este objeto había enviado el rey de Inglaterra.

Las relaciones que de aquel tiempo se conservan contienen curiosos datos sobre este viaje. En ellas se dice, por ejemplo, que al llegar el embajador a Londres, y antes de ser presentado al monarca, se le hizo pasar a una sala donde había preparada una merienda de dulces y frutas cuyo valor pasaba de doce mil ducados, y se asegura que tantos fueron los regalos, propinas y limosnas que entre el pueblo londinense repartieron aquel día el marqués de Hinojosa y sus acompañantes, que veinte mil protestantes, entusiasmados, se convirtieron al catolicismo.

Acompañó al marqués español durante su estancia en Inglaterra otro título inglés, el duque de Hamilton, cuyas señaladas atenciones para con los embajadores llegaron hasta el extremo de ir a buscarlos para llevarles a presencia del rey, con un séquito que ocupaba sesenta coches. El recibimiento hecho a la embajada por el pueblo y por el rey no fué menos entusiasta que el dispensado en España al príncipe de Gales y a Buckingham; pero, ¿de qué sirvió todo aquello? Absolutamente de nada.

En Madrid, el príncipe Carlos empezaba a fastidiarse. Cada vez que hablaba de la boda se encontraba con que las negociaciones se habían interrumpido para consultar al Papa o a tal o cual prelado, y para colmo de males, Buckingham se había puesto a malas con el conde-duque de Olivares por cuestiones que no es del caso referir ahora; de modo que mientras el primero rabiaba por irse de España, el segundo aconsejaba al rey Felipe que se deshiciese cuanto antes de sus huéspedes y del compromiso con ellos contraído. Pero acaso esto no influía tanto en la marcha del asunto como el amor romántico de Carlos.

Porque el príncipe, en tanto que por consejo paterno y por deseos antiguos de la corte inglesa pretendía a la infanta de España, no podía olvidar fácilmente a Enriqueta María, princesa de Francia, a la que había conocido en circunstancias más que suficientes para interesar al espíritu menos romántico. Ya se ha visto que Carlos llegó a Madrid de incógnito, y ahora hay que añadir que del mismo modo había pasado por Francia. Durante todo su viaje el príncipe había figurado como un caballero cualquiera, llamado John, mientras Buckingham hacía el papel de ayuda de cámara, o más bien de caballerizo, bajo el nombre de Tom Smith. Así disfrazado, fué invitado Carlos a un baile en París, y en él fué donde encontró a la princesa en todo el apogeo de la juventud y la belleza.

Aquel encuentro inesperado, por lo menos para el príncipe, ¿no había de impresionar a éste más que los constantes agasajos de una corte que no acababa de decidir lo que tanto le importaba?

Por eso, y por las enemistades, y por la repugnancia de todo el orbe católico a que la boda se realizase, fué por lo que la ida de Carlos a España, y el viaje del embajador a Inglaterra formaron, reunidas, una de las más gigantescas planchas diplomáticas que registra la historia; por eso Carlos se volvió a su país en el mes de septiembre, y contrajo matrimonio con Enriqueta María de Francia, y por eso declaró la guerra a España cuando se vió en el trono con el nombre de Carlos I, ese nombre que ha pasado a la historia como el de uno de los más desdichados monarcas de la Edad Moderna.

EL PARALITICO, por José CASTELLON

Todas las tardes, apenas el reposo del yantar era finado, emprendía Moncho el camino del campo, empujando el cochecillo de mano en que iba don Juan Manuel, el hidalgo del Pazo de Torrevieja del Sil.

Marchaban despacio por los polvorientos caminos, bajo el toldo—de un limpio lavado—que ponían los frondosos robles centenarios, y al pasar levantaban las bandadas de pájaros que picoteaban entre las espadañas y ahuyentaban a los lagartos que dormitaban al sol entre las retorcidas raíces de los árboles.

Sonaban las esquilas del ganado encerrado en los rediles de las majadas; subían a la montaña los pastores, con las cayadas engalanadas con cintas de colores y talladas en el cornizo extrañas figuras; andaban con paso lento los boyeros, delante de las yuntas agobiadas por el peso del yugo, y crujían las carretas sordamente, con un quejido que se alargaba, como los lamentos de los viejos violines que tañen los ciegos mendicantes en las romerías.

En el campo, de pan en flor, brillaban las hoces en continuo relampagueo, tal que palpitantes peces de plata en aquel dilatado mar de espigas de oro. Todo era vida y movimiento, que se instrumentaba en un jadeo laborioso. Corría el río saltando entre las guijas del cauce; daban vueltas y vueltas las piedras harineras de los molinos; se llenaban y vaciaban rápidamente los canjilones de las norias, y hasta las hormigas se afanaban en su tarea de acumular provisiones en sus graneros.

Y así, entre aquel impetuoso desbordar de vida

ENTRE DIBUJANTES

—Pues a mí me aceptaron lo último que mandé al periódico.
—¿Qué mandaste?
—Una subscripción.

sana y fuerte, la marchita figurita quieta, inmovilizada por la parálisis, del viejo hidalgo don Juan Manuel, tenía una tristeza más en su inmensa pena.

¡Cristo Salvador! ¿Qué fueron de aquellos arrestos y de aquel empuje indómito de la brava juventud del hidalgo del Pazo de Torrevieja del Sil?... ¡Todo pasó como nubes barridas por el soplo violento del huracán!... Finaron sus hazañas de guerra, se aflojaron sus puños, que tantas veces enfrenaron el galope de los potros de la Gándara; se consumió la llama de su deseo, siempre ávido; todo quedó sepulto en la parálisis como brillantes colores apagados por la pátina. Ahora dormían las armas, colgadas en la panoplia, a la sombra de sus aventuras, y se empolvaban sus correrías galantes en el olvido de alguna florecilla perdida entre las páginas de un libro. Nada quedaba ya en alto. Todo estaba muerto, caído al pie de los blasones de su estirpe esculpidos en la piedra de los portalones del Pazo, en aquellos blasones que eran la marca familiar y que tan irónicos parecían ahora al enseñar, sobre aquellas ruinas del hidalgo, las barras de hierro de sus cuarteles, los brazos nervudos que empuñaban mazas de bronce y los hirsutos chivos que yacían en campos de gules.

La pena que sufría el desventurado don Juan Manuel llegaba a todos los corazones como una onda dilatada. En muchas leguas desviado, en todos los casales de la aldea no se hallaría quien no sintiera como propia la pena del hidalgo.

Aquella parálisis llegó cautelosa, con astuto sigilo, presentándose de improviso y arrollando cuantos diques se la opusieron. Fué inútil el saber de los facultativos. Se estrellaron vanamente todas las recetas del curandero. No dieron el menor resultado los rezos y las pócimas de la saludadora. Y hasta falló el desconjurar el Pazo: bañar al hidalgo en el mar una noche de plenilunio y darle caldo de camisa de víbora. La parálisis se enseñoreó firmemente y don Juan Manuel quedó convertido en aquel pelele, que sólo tenía los movimientos que le querían dar todas las voluntades, menos la suya. Rápidamente se le encaneció el cabello, se le arrugó la piel y todo el cuerpo, en fin, se empequeñeció, recogiéndose, como un caracol en su concha, en aquel cochecillo en que le sacaba Moncho a pasear por el campo.

Y triste y angustioso era el pasar del cochecillo del paralítico. Cuantos lo hallaban en su camino, desde los más duros cachicanes a las más tiernas rapazas, quedaban parados, se descubrían y desgranaban un parecido comento de piedad:

—¡Pobriño don Juan Manuel!

—¡Cuitado hidalgo del Pazo de Torrevieja del Sil!

—¡Cómo se ve el malpocado, que siempre se manifestó tan garrido!

—¡Antes cegáranse los ojos que ver está lástima!

Para todos tenía una mirada de agradecimiento el viejo hidalgo, y Moncho, en tanto, bajaba la cabeza y sus ojos se humedecían. Pero su tristeza no era producida por aquella que levantaba por todas partes la parálisis de don Juan Manuel... Moncho se apenaba de sí, de sí mismo.

Fiel y sumiso criado, era ya como algo propio del cochecillo. Él lo empujaba siempre, llevándolo de un lado a otro, por los senderos de los valles, por las orillas del río, por la grata sombra de las corredoiras y hasta por las amplias estancias del Pazo. La vida de Moncho se pasaba sujeta al cochecillo del paralítico, como la de los forzados de las galeras se consumía encadenada al remo. Moncho y aquel cochecillo forrado de hule formaban un solo cuerpo.

¡Qué vida aquella, Señor! ¡No era de ser humano tanta esclavitud!... ¡Cuántas veces se creyó tan paralítico como el propio paralítico! Todo para Moncho estaba prendido al cochecillo: su voluntad se agazapaba y no tenía valor alguno. ¡Cuántas veces se encontró igual que los bueyes que marchaban bajo el yugo! Muchos días sentía el inaplazable deseo de correr solo y libre por el campo, de tumbarse a la sombra de los castaños y sumergir las manos en la frescura del agua de los regatos; de sentir la vida suelta, sin ataduras, en un libre vuelo, como el de las alondras, que desde los sembrados subían volando por la tersura del aire... Y Moncho sufría terriblemente. Sobre todo una bella y luminosa tarde de primavera, en que el aire estaba perfumado con el aroma de las flores, sintió que el corazón le dolía. Fué al pasar de largo ante una linda y grácil rapaza, que, apoyada en el tronco de un almendro, miraba hacia lo lejos, como en espera de algo...

Pero sus sueños y sus afanes eran como raíces desenterradas: se secaban al aire. Tenía que estrangular sus deseos, y abatir sus ansias, y enfrenar su impulso, y seguir en una dolorosa sujeción empujando el cochecillo, llevándolo por los largos y polvorientos caminos, y por las rúas, y por las vastas estancias...

—¡Cuitado don Juan Manuel!

—¡Malpocado paralítico!

—¡Qué pena tan grande!

Y Moncho bajaba la cabeza y sentía que el llanto le humedecía los ojos. Pensaba que él era más paralítico que don Juan Manuel, el viejo hidalgo de Torrevieja del Sil; él, que tenía la parálisis mayor que hay: la necesidad de servir. Y, no obstante, ni una sola vez halló al paso una piedad; nadie le dijo una palabra de consuelo. Iban dos penas juntas y sólo una era compadecida... Que las tristezas, para que encuentren eco, necesitan que se vean bien; y la suya estaba tan honda, tan adentro...

Y con voz queda y templante se decía a sí mismo:

—¡Cuitado Moncho! ¡Pobriño el que tiene una tristeza que a nadie conduele!

Un descosido que produjo una ovación

Entre las anécdotas en que abunda la historia artística de la Patti, hay una muy chistosa. Trabajaba la diva en una capital de importancia con el *caricatto* Ferranti, cuando al salir ambos a escena para cantar un dúo, uno de los que estaban entre bastidores dijo al actor que acababa de reventársele la costura de la espalda de su traje, que era muy ceñido.

Ferranti no podía retroceder; estaba ya en las tablas, avanzando con la Patti hacia las candilejas, y el público, que no se había enterado del percance, guardaba un silencio sepulcral para oír mejor. Pero el pobre *caricatto* estaba tan corrido, que se olvidaba de la letra, y al querer recordarla cantaba peor que nunca. La Patti lo notó, aunque sin averiguar la causa, y temiendo que el estado nervioso de su compañero acabase en una silba, cambió la letra del dúo y le preguntó al compás de la música, cantando siempre en italiano:

—¿Qué le pasa a usted esta noche? Si nadie se ríe, no sé por qué está usted tan nervioso.

A lo cual Ferranti, muy serio y con los más dulces acentos, respondió en la misma forma:

—¡Se me ha descosido el traje! Si ahora no se ríe nadie, ya verá usted lo que es bueno cuando nos volvamos de espaldas para marcharnos.

Al oír tan inesperado y chistoso cambio de letra, el director de orquesta, Maretzek, no pudo contener la carcajada, y todos los músicos rompieron a reír a más y mejor. El público lo observó, y aunque no había entendido el diálogo musical de los artistas, rió también; unos reían porque la risa es contagiosa; otros pensando, al ver reír a los demás, que el dúo debía ser graciosísimo, y aquella risa general acabó en una tempestad de aplausos que sirvió a Ferranti de pretexto para retirarse de espaldas, saludando, y ocultar así el descosido del traje.

Un periódico, al día siguiente, decía al hablar de la representación:

"Hay siempre algo especial en el modo que tiene Ferranti de cantar el dúo. El público estalla en una carcajada sin poder explicarse el porqué."

EL MEDALLON

Por J. CONSTANT

Todas las tardes al regresar de su oficina subía rápidamente los cinco pisos; pero al llegar a la puerta del departamento, en el momento de meter la llave en la cerradura, se detenía vacilando.

¿Cansado? No. Es joven y practica los deportes. Si su corazón late con violencia... es por temor.

¿En realidad, está seguro de que la encontrará allí?

Al fin se resuelve y abre la puerta.

—¡Buenas tardes, Natalia!

—¡Buenas tardes, Roberto!

Sí, es ella. Tranquilizado la toma entre sus brazos y la contempla con ojos maravillados.

No duda de que la presencia de aquella mujer en su departamento será efímera. Por un tiempo indeterminado le ha hecho la limosna de su sonrisa, su belleza, su elegancia, su distinción, toda su adorable gracia, pero, en realidad, aquello no podía durar, era un cosa provisional con la que, filosóficamente, había de contentarse.

No es que ella le haya amenazado con una partida, no es, tampoco, que él no desee conservarla a su lado durante años enteros, hasta que haya nevado sobre su cabellera de oro y hasta que los cabellos de él pasen a la categoría de un recuerdo.

Pero hay que ser razonable y no exigir que la vida facilite lo imposible.

¿Qué puede haber de común entre esta Natalia, que no tiene otro nombre, y él, Roberto Fleurot, empleado del montón en el Banco Franco-Belga?

Él no es rico, no es bello y, además, —no se forja ilusiones a este respecto,—no posee una inteligencia superior.

En resumen, Natalia le está agradecida,—exageradamente agradecida,—por un magnífico puñetazo. ¡Ah! Todos los detalles de su primer encuentro han quedado registrados en su memoria con una fidelidad de cinta cinematográfica.

Una noche, en un "sweet-dancing". Decoración china, rojo, negro y oro. Una media docena de parejas que fox-trotean con más ciencia que placer, y sola, en una mesa lanzando al aire las azules volutas de su "golden tip", una mujer rubia, resplandeciente de belleza y de juventud.

Todas las curiosidades ingenuas, o encubiertas por la hipocresía convergen en ella. No es tanto por sus cabellos de color de miel, por sus ojos de agua marina, más grandes que el rojo arco de su boca, su tinte encantador, su gracia escultural como por su aire de soberana distinción.

Por dos veces un joven, un poco equívoco, al que llaman el Gran Carlos, fué a invitarla sin que ella se dignase a aceptar.

Al fin se decide y desde que empieza a bailar las demás parejas parecen no existir.

Carlos lleva hasta un rincón, donde la luz es más tenue, y donde, precisamente, se encuentra Fleurot, a su pareja y murmura a su oído palabras a las cuales ella responde con un no categórico.

Como tratase de abrazarla a pesar de su resistencia, ella le dice:

—No me agradan esas groserías... Déjeme.

Pero, en forma brutal, él insiste. Fleurot se levanta.

—¡Canalla!—exclama.

Breve, violento altercado en el curso del cual, Carlos lleva la mano al bolsillo interior de su smoking.

Pero Fleurot, que conoce el box, lanza un puñetazo con la fuerza de una catapulta. El Gran Carlos queda tendido en el suelo... Pero como tiene amigos hay que temer las represalias.

El gerente conduce a Fleurot y a la bailarina, primeramente al guardarropa y, luego, por una puerta de servicio, hasta un automóvil.

—Señorita — pregunta Fleurot, — ¿adónde quiere que la conduzca?

—Adonde quiera.

Sorprendido, atontado aquel hombre por la buena suerte, da al chauffeur la dirección de su casa.

Durante el trayecto no sabe qué decir a su misteriosa compañera y se limita a acariciar en silencio la aterciopelada piel de su mano.

Ya en la casa, ella le explica brevemente su situación. No dispone más que de veinte francos. Se encuentra sola en París, sin domicilio. El gerente del hotel se ha negado a seguir fiando. Entró en el "sweet dancing" para procurarse una última ilusión antes de arrojarse al Sena.

—Si quiere usted puedo quedarme aquí. Pero—agrega con un aire misterioso,—no tiene que interrogarme acerca de mi pasado. No respondería ni una palabra.

Hacía un año de esto. Ella siguió tan bella, tan amable, tan dispuesta a trabajar... mas el misterio continúa sin revelarse. Él no conoce más que su nombre, Natalia, y siempre que ha intentado averiguar su apellido ella ha sacudido negativamente la cabeza.

—No tengo otro nombre.

—Pero, ¿cuál es tu país?

—No tengo patria.

A veces ella está triste, muy triste.

Terminado el balance, Fleurot recibió en el banco una gratificación.

Piensa que su amiga no tiene collar, ni pendientes, ni anillos, en resumen, ni una joya. Quisiera darle una sorpresa; pero desconfía de su gusto personal.

¿Agradará lo que elija a Natalia? Es más sencillo que ella le acompañe a casa del joyero.

Natalia se niega, al principio, pero le ve tan feliz al poder hacerla un regalo, que termina por acceder.

Cuando se trata de diamantes o de perlas, la vida cara no es una palabra vana y, sin embargo, jamás se han visto en las vidrieras tantas alhajas.

—Quisiera un medallón...

—¿Cuánto desean gastar?...

—Según. No tenemos aún resuelto nada...

El aspecto de Natalia impuso al vendedor, que hablaba de joyas de treinta, de cincuenta y de sesenta mil francos.

Luego, como su cliente no parecía admirarse se extendió hasta centenares de miles.

Natalia es divertía con todo aquello; su crítica exacta y meticulosa demostraba al joyero que no era hábil el hacerse el inteligente con ella. Al primer golpe de vista notaba que tal o cual piedra tenía una falla, que aquel esmalte no era de buen gusto, o que tal dibujo era vulgar.

Acorralado el hombre sacó un estuche.

—Aquí tiene una pieza rara, de arte antiguo. Algo único en plaza. Evidentemente es caro, pero en parte alguna encontrará algo más original. Un medallón de oro; un pájaro heráldico, cuyas alas desplegadas son de zafiros y esmeraldas. En el pico abierto tiene un diamante tallado en rosa, de un agua magnífica y que debe pesar algunos kilates.

Natalia había palidecido. Sus ojos de agua marina se llenaron de lágrimas; pero pronto se dominó y con una voz seca que Roberto no conocía, exclamó:

—Joven. Usted no ve, no puede ver la sangre que refleja ese brillante. ¡Déjelo dormir en su estuche si no quiere desencadenar una espantosa catástrofe!...

Arrastró a Roberto hasta la acera y una vez allí le explicó:

—Por robarla esa joya, asesinaron a mi madre en Rovorosik. Ese medallón se lo había regalado el gobernador de Bukhara. ¿Comprendes ahora por qué no quiero que me regales joyas? Jamás serían tan hermosas como para hacerme olvidar aquellas con que jugué cuando era niña.

EL DEDO EN LA LLAGA

—¿Qué haría usted, Ramona, si tocase el piano como yo?
—Aprender, señorita.

LOS OJOS INMENSOS

Por Víctor GABIRONDO

—Venga usted, caballero, venga. Hágame el favor de acercarse. Tengo un secreto horrible que me hace daño; un secreto que es como un puñal agudísimo. Penetra despacio en mi corazón, milímetro a milímetro, abriendo una herida. Y sale luego, también milímetro a milímetro, para mi tormento. Y vuelve a penetrar. Y la herida es la misma, y es nueva. Siempre la herida es nueva, y siempre el dolor es uno y el mismo. Un dolor que a otro hombre lo tendría en un alarido. Pero yo no grito, porque al oírme querrían saber la historia de mi dolor, y es tan maravillosa, que me creerían loco... Yo soy un hombre al que mataron dos ojos inmensos... No me mire con esa cara de asombro, señor; dos ojos inmensos...

Aunque momentos antes, al cruzar por el jardín, me hablase el doctor, mi amigo, de los locos peligrosos, señalándome a aquél como a uno de los más temibles, la curiosidad pudo más que mi temor, y después de cerciorarme de que nos encontrábamos solos, me acerqué al hombre.

Sus palabras, verdaderamente originales, me incitaron al atrevimiento.

Llegué hasta él con un cigarrillo en la mano, tratando de conquistarme su simpatía con aquel acto de cordialidad.

—Gracias—me dijo rechazándolo con un gesto; —no existo; no fumo. Supondrá usted que deliro al hacer esta afirmación: "no existo"; pero nada más real. Lo que usted ve no es mi yo, mi verdadero yo, mi esencia, mi espíritu. Todo eso murió. Lo que ve usted es mi envoltura corporal, mi ser material. Ha quedado aquí para sufrir, para sufrir siempre, por una eternidad, este martirio de aquellos ojos... Le he dicho a usted que me hirieron, pero no sabe cómo. Escúcheme, que hoy puedo hablar porque es viernes. Los ojos inmensos se han ido al monte Negro, en el Himalaya, a la fiesta de todos los grandes tormentos, y no volverán hasta el primer minuto de la primera hora del sábado, cuando los tres perros buenos, Islem, Lemtay y Jemsuy, los persigan. Escúcheme, que acaso sea usted el genio benéfico que pueda salvarme...

Eran dos ojos inmensos... Sólo dos ojos... Dos ojos grandes y negros. Si pregunta le dirán que era una mujer que tenía los ojos grandes. Es una vulgaridad idiota, fruto de una mente más idiota que la vulgaridad. No haga usted caso. Eran dos ojos. Mejor dicho: dos inmensidades de ojos donde refulgía toda la voluptuosidad trágica del mal... Sí, señor; dos negruras sin fin, donde se dieron un abrazo todos los dolores, todas las angustias, todas las desesperaciones y todos los tormentos... Yo quise saber el secreto que vivía en sus profundidades. Era un romántico, y pensé en una historia de amor, que se hizo odio; en una decepción, que pudo hacerse silencio; en un engaño, que se trocó en negrura; en el grito de un alma cansada de llorar... Pensé en todo esto y me asomé a ellos... Me asomé al abismo, atraído por su negra inmensidad, y el abismo me abrazó con brazos tentaculares, me envolvió, me absorbió, hundiéndome en sus negruras... Y yo ya no pude salir. De desesperé, grité, rugí al verme su prisionero, y entonces los ojos se clavaron en mí con una fijeza extraña, que tenía la inmovilidad alucinante de una pirámide. ¡Ah! ¡Usted no sabe qué suplicio es éste! Se alargaban, se alargaban sus negruras como hojas monstruosas de unos puñales malditos y penetraban en mis ojos dejándome ciego, y seguían por mi cerebro, abrasándolo, y buscaron mi corazón, donde entraban milímetro a milímetro y absorbían mi espíritu y bebían mi esencia... Yo di un grito, un grito negro también, al verme herido y ciego en aquella inmensidad impasible, y traté de huir, de libertarme... Y me debatí en las tinieblas como una fiera acorralada... Busqué el arma que me hería y la despedacé con mis uñas... Mis diez dedos, como diez garras, se clavaron en aquellas negruras, y las rasgué, las destrocé... Y sentí su sangre... ¿Usted lo cree? Sentí su sangre. No la vi, porque me habían dejado ciego; pero la sentí. La negrura tiene sangre: Caía sobre mis manos, sobre mi frente sin pensamientos, sobre mis ojos sin luz... Caía la sangre de aquella negrura, que moría dejándome libre, y cuando iba a ver la luz, cuando mi espíritu empezaba a desprenderse de sus garras, unos hombres se arrojaron sobre mí, esposaron mis manos vengadoras y me aprisionaron. Decían que yo había arrancado los ojos a mi novia... ¡Los ojos a mi novia!... ¡Idiotas! Yo intenté libertarme de unas negruras que me aprisionaban y no lo logré por ellos... Porque las sombras, rasgadas un momento, se compactaron nuevamente, fundiéndome en sus negruras. Y soy negrura también... Una sombra diminuta perdida en un abismo siniestro... Pero no me resigno, no me resigno; me debato entre ellas, rugiendo mis rabias impotentes, y cuando las tengo al alcance de mis manos... ¡Ahora!... ¡Ahora!—gritó mirándome fijamente.—¡Aquí están!... ¡Aquí!...

Y en un movimiento pausado adelantaba sus manos, donde diez dedos se crispaban amenazadores hacia mis ojos...

Di un grito. Instintivamente cerré los párpados, apretándolos...

Cuando los abrí, los loqueros luchaban con el hombre "que asesinaron los ojos inmensos", y el doctor, mi amigo, me decía:

—Te advertí que no te acercaras, que era un loco peligroso. Si al notar tu falta, hace un momento, no hubiera recordado nuestra conversación y tu gesto de curiosidad mal reprimida al oírme, seguramente a estas horas te verías como su novia, sin ojos...

—¿De modo que es cierto?...

—Ciertísimo. Su novia poseía dos ojos negros preciosos. Mirándose en ellos enloqueció, y creyéndolos dos negruras que lo aprisionaban se los arrancó con las uñas...

DE CARHUE

Señoritas de Vatteone y Ortega.

Señorita Jorgelina Villa Larroudet.

Al caer de la tarde, en la rambla: un grupo distinguido en amable charla.

Señorita Duilia Bonzi.

Contemplándose en el cristal del agua.

Doctor Arturo Vatteone y señora.

Señoritas de Rocco, Levalle y Delerio.

Señoritas Elisa Rimondi, Zulema Garegnani y Elena Estático.

Grupo de veraneantes en los jardines del Gloria Hotel.

Otro interesante núcleo femenino.

Fots. Carretero y Quiroga.

EN HONOR DEL SEÑOR RAFAEL ALMIROTY

Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al señor Rafael Almiroty, jefe de propaganda de la casa Gath y Chaves, y al personal de dicha oficina, con motivo del primer premio obtenido en el concurso de publicidad del diario "La Nación". — La demostración fué ofrecida por el señor Italo Jacomelli, agradeciendo el señor Almiroty. Hablaron, también, los señores: Dermot Fitz-Gibbon, jefe general de avisos de "La Nación", Federico Vitali, Juan Ramón Etchepare y Enrique Greech.

VELADA ARTISTICO MUSICAL

A la izquierda: señoritas Libia Toti, Rosa Rizutto, Nélida Correa, Ana M. Rodríguez Lubary, Amelia Belgrano, Emilia Rizutto, Rosa Fratti, Berta Kuhn, Elsa Romeo, Susana Rodríguez Lubary, Magdalena E. Testuri, Lía Rodríguez Lubary, Josefina Mesigos Barraza, Estela Rodríguez Lubary, Mabel González Moreno, María D. Beinle y Violeta Leach, que tomaron parte en la velada artístico-musical organizada por la profesora de guitarra, señorita Victoria M. Testuri. — A la derecha: señoritas Magdalena E. Testuri y Susana Rodríguez Lubary, que se distinguieron en su cometido.

DE FORMOSA (Neuquén)

Personas que concurrieron a despedir al señor Julio Solari (×), quien se ausentó para Resistencia (Chaco), con objeto de hacerse cargo de la dirección de la cárcel pública de dicha ciudad, puesto para el que fué nombrado recientemente por el gobierno nacional.

Fot. Román.

DECLAMACION

La niña Araceli Zaida Musante que, no obstante sus cinco años de edad, ha revelado poseer encomiables condiciones para el recitado.

TEATROS

La populan actriz Blanca Podestá en una de sus poses en "La mujer de bronce".

Otra pose artística de la celebrada actriz.

Blanquita Podestá, haciendo una elegante toilette, en la última obra estrenada.

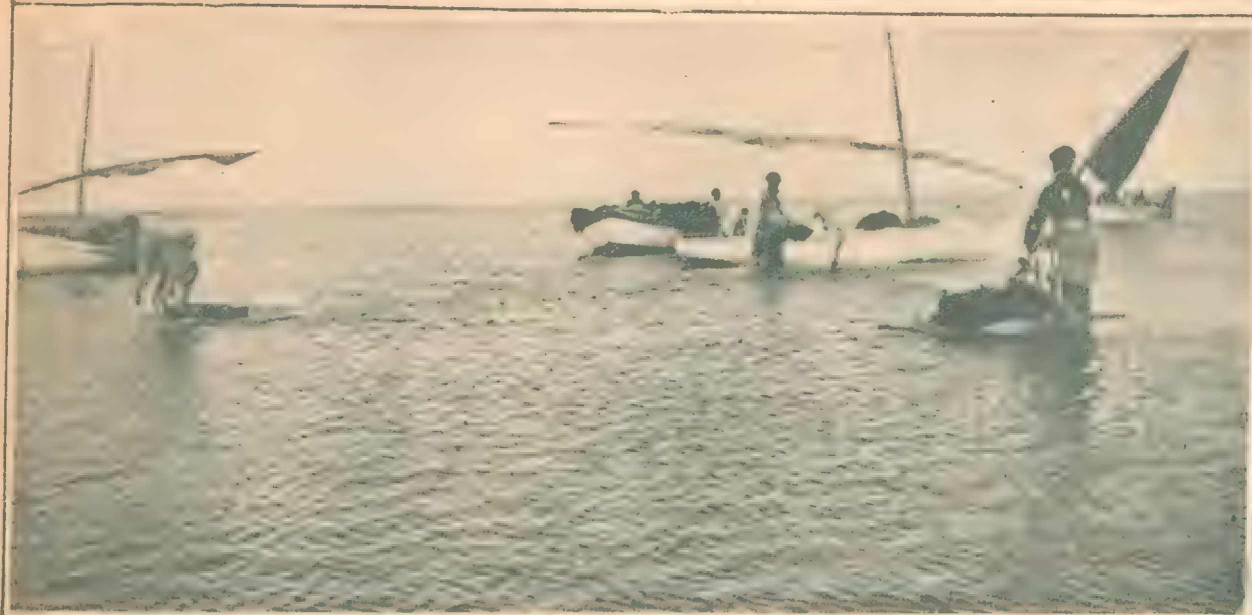
Blanca Podestá, tal como es, sin gestos melodramáticos, para satisfacción de sus admiradores.

Último ensayo, bajo la dirección del señor Ballerini, de "La mujer de bronce", que se estrenó con gran éxito, en el teatro Smart.

FIESTAS AL AIRE LIBRE

Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta campestre realizada en la quinta del señor José Giordano, situada en Liniers, conmemorando el día de San José.

El balneario de Guaminí



Algunas de las cincuenta lanchas que se dedican a la pesca del sabrosísimo pejerrey en la laguna del Monte, en Guaminí.

Señora de Zubillaga, señorita de Rezano y señores Zubillaga y Bucchianeri.

Acondicionando convenientemente el pejerrey, para enviarlo a los mercados de la capital federal

Señorita de Tagliaferri y niños de Agote, Frías y Taylor.

Señoras de Agote y Taylor, señoritas de Tagliaferri y Frías y señor Frías.

Grupo de visitantes procedentes de Coronel Suárez.

Señorita de Rossetti y niña de Riolfi, contemplando el agua desbordada del arroyo, a causa de las últimas lluvias. Gracias al puente construído no se vieron incomunicados por varios días los colonos distantes dos leguas del pueblo, como ocurriera en otras ocasiones.

Edificio ocupado por la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires, en Guaminí.

Señor Natalio Sangronis e hijas.

Señoritas María Isabel y Carmen Jáuregui.

Señor Francisco S. Carrère.

Durante el almuerzo servido en la confitería del balneario, y organizado con motivo de la visita del señor Emilio J. Mantel.

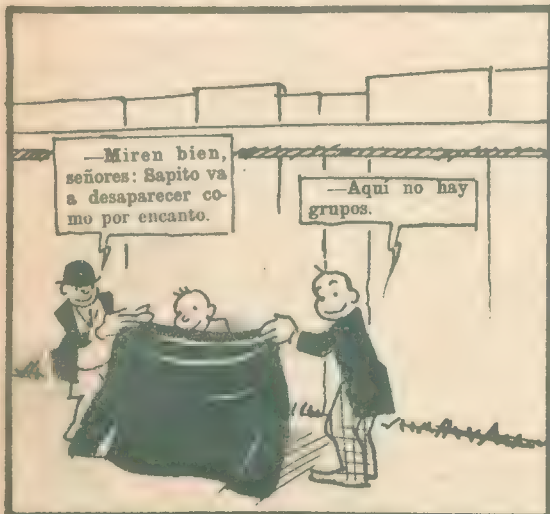
Vista parcial del balneario de Guaminí. En segundo término, a la izquierda, se ven algunas de las lanchas que se dedican a la pesca del pejerrey.

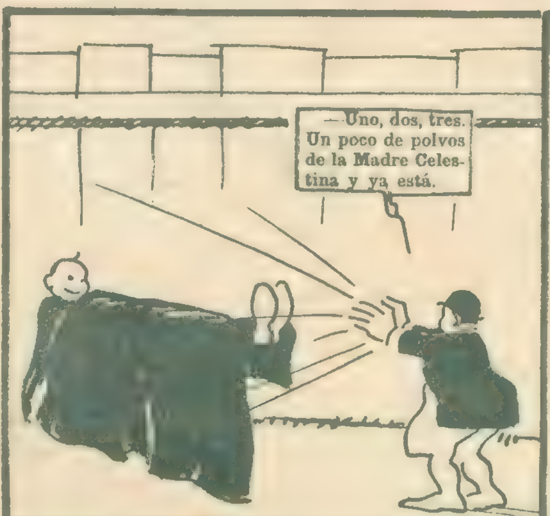
Señoritas de Massari-Gruat y jóvenes Massari y otros, en La Cascada.

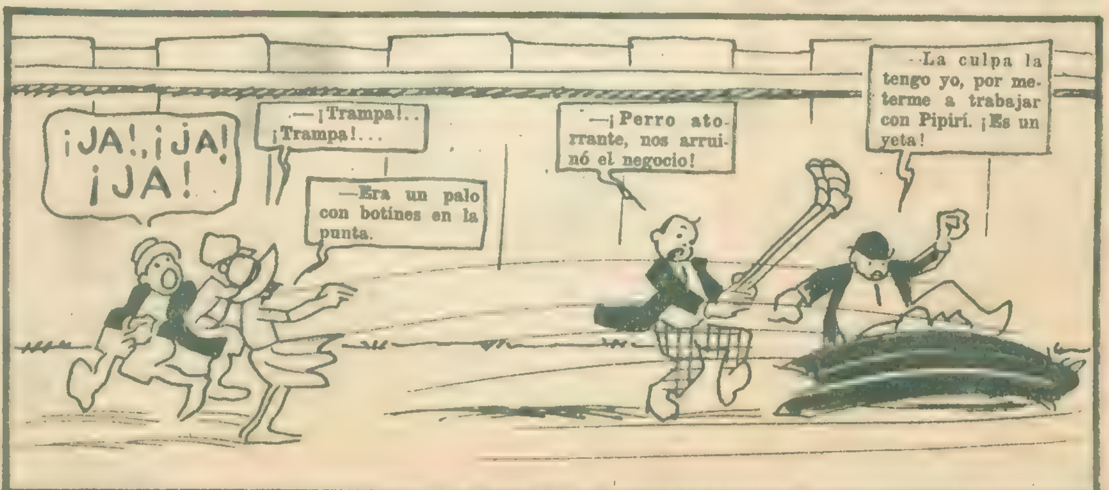
Fots. Amadeo A. Fino.

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí, por Blay







Gente Menuda

Consuelo Barreda, "Doña Francisquita".

Cora E. Maquieyra.

Eduardito Squirru.

Alida M. Puppini.

Carmencita Merea Maida Quadrelli.

Jacinto Edmundo Petite.

Hilda Orealis Fonseca y Armando Tabucchini.

Inés y Enrique Ferreiro

Evita Levy.

Niños de Pérez, Bugeau y Violeto.

Niña de Nogueira.

Sociales

Señorita Enriqueta A. Regenstreif.

La señorita Beatriz Olmos y el señor Jerónimo Pesce, después de la bendición de su enlace.

Señorita Alicia Argañaraz, de la sociedad santiagueña.

UN BUEN RETRATO DE UNA MUJER LINDA

Retrato de la marquesa de Casa Mauri.

Federico Beltran-Masses, el pintor español llamado "el de los azules mágicos", aparte de la notoriedad que pudo conquistar en su tierra, en París y últimamente en Nueva York, obtuvo varios y ruidosos éxitos.

Trátase de un artista elegante, de un pintor que siente el retrato a la manera de Gandara; evocando en sus mujercitas, todo un mundo de pequeñas y encantadoras frivolidades.

Dice un periódico de España, que como para triunfar en este mundo no basta con ser grande, sino que, además hay que parecerlo, Beltran-Masses decidió su viaje a Nueva York, gastando en él y en su alojamiento principesco del Ritz Carlton 110.000 francos, "el presupuesto imprescindible para ganar 100.000 dólares".

No sabemos si estos datos pueden ser muy seguros, pero por otra parte, se afirma, que Beltran llega silenciosamente a la gran ciudad, sin anuncios y sin bombos, inaugurando su muestra en Wildenstein, con sus cuadros expuestos sobre los muros lisos y blancos.

Este artista moderno e interesante, tiene la condición primera, de resolver con extraordinaria habilidad y acierto sus retratos femeninos, siempre dignos y aristocráticos.

El retrato de la marquesa de Casa Mauri, es una de sus obras más felices, y aun dentro de cierto descuido, el busto, los brazos y la expresiva cabeza constituyen los elementos que hacen superior y definitiva esta tela, que ha de sostener en el futuro su nombre.

A LAS MUCHAS VENTAJAS

que para el embellecimiento facial ofrece a las señoras el uso diario del exquisito POLVO GRASEOSO

LEICHNER

hay que agregar las valiosas alhajas de oro y brillantes, los espléndidos objetos de arte y los elegantes y variados artículos de fantasía, que entregamos a cambio de los cupones que contienen todas las cajas de polvo, cuyas consumidoras, no sólo embellecerán su cutis transmitiéndole frescura, suavidad y delicadeza, sino que obtendrán numerosos regalos de positivo valor.

Su distinción y su buen gusto han de exigirle que complete Vd. los elementos de su tocador con estos exquisitos productos de la **Perfumería Mendel:**

POLVO CIELITO MÍO
AGUA DE COLONIA ANTINEA
LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su excelente clase y original y delicado perfume.

MENDEL y Cía.

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439
En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864

NOTA.—Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel.

Venganza de esposa

Por
la Baronesa LIVET

Por la ventana entreabierta del salón entra un aire tibio y perfumado. La noche ha cerrado las corolas de las flores y los largos arriatos que orlan las paredes del Castillo de Martory, desvanecidos en la sombra, permanecen como grandes manchas, más obscuras allí donde las floraciones se explayarán con más exuberancia mañana.

Bajo el cielo opaco que parece una gigantesca cubierta, la tempestad zumba enervante e invisible.

Todo está inmóvil en las inmediaciones; los follajes están rígidos como hojas de cinc y no se oye ningún ruido, ningún murmullo.

Saber si la tempestad estallará o no esa noche, es evidentemente materia de conjeturas entre el señor y la señora de Martory y su único invitado Javier de Saint Bouvray.

La señora de Martory se agita con fuerza en su mecedora, entre la chimenea adornada de flores y una mesa redonda, donde descansa una labor de bordado.

—Nada me causa tanto miedo como la tempestad por la noche, dijo la señora, dejando sus tijeras sobre la mesa.

El señor de Martory que va y viene por el salón, se detiene delante de su mujer.

—Y si la tempestad no estalla esta noche, tendremos agua mañana. Será cosa bastante desagradable para la llegada de los Berneville. Sólo piensas en ti.

—Pero no lloverá mañana, afirmó Saint Bouvray en tono conciliador; la tempestad no estallará esta noche ni mañana; probablemente se desviará de Martory.

Dicho esto, Javier, sentado en un sofá frente a la ventana, aspira una bocanada de su cigarrillo y se asoma para asegurarse de la veracidad de su afirmación; pero, por la ventana, se ve una obscuridad completa. El señor de Martory vuelve a pasear de arriba abajo.

—Ojalá llueva de una vez, dijo.

—Veo que te preocupa mucho la llegada de los Berneville, observó en tono de burla la señora de Martory. Te pones nervioso.

—No se vive impunemente sólo durante quince días en el campo como ermitaños, para no sentir cierta satisfacción por un ligero cambio. Verdad es que la llegada de los Berneville es un acontecimiento en nuestra existencia aburrida.

—Eres muy cortés con el señor Saint Bouvray y conmigo.

Saint Bouvray protesta y la señora de Martory se encoge de hombros; pero le parece al amigo atento que la voz de la mujer es menos alegre que de costumbre y su linda risa timbrada, sin exceso, como el sonido de un agua rápida sobre guijarros muy lisos, está ligeramente turbada. Aparte de todo, ello depende quizás de la tempestad.

A la mañana siguiente, durante el almuerzo, todos los convidados estaban de buen humor. La tempestad de la víspera había serenado el tiempo, y sólo algunas nubecillas, blancas e hinchadas, enturbiaban en el horizonte el cielo de un azul deslumbrante.

En el comedor claro, alrededor del mantel en que vagaban con gracia clemátides matizadas, la conversación no languidecía.

El matrimonio Berneville contaba a sus anfitriones noticias recientes traídas de París.

—Los Folguin se van a Deauville.

—Ella llevará *toilettes* como para deslumbrar a toda la costa.

—No hay como las mujeres, sin un céntimo, para ser elegante.

—No murmure usted.

—¿Yo? De ningún modo. No soy yo quien ha comenzado, dice la señora de Berneville, resintiéndose del reproche.

—¿Y qué van a hacer allí los Vielne?

—Probablemente lo que nosotros mismos haremos dentro de ocho días, respondió el señor de Berneville, en tono de indiferencia.

Inmediatamente los Martory exclamaron:

—¿Cómo es eso? ¿Van ustedes a dejarnos tan pronto? Deben ustedes instalarse aquí y mandar a buscar al niño.

Y las frases llovían entre platos y zalamerías.

La señora de Berneville, Nicolasa Versot, era, antes de casarse, una linda mujer; pero como no podía contentarse con su lote de hermosura, se ingeniaba en agregarle algo de picante. A su tez fresca de mujer joven y sana, añadía el aterciopelado discreto de una capa muy delgada de polvo. Los cabellos bien ondulados se rizaban sobre sus grandes cejas negras, sombreando dos ojos risueños y los mechones retorcidos eran rubios aquí, castaños allá, pues un solo matiz de cabellos no hubiera podido bastar a la coquetería de la joven marquesa. Además, sobresalía en dar a su *toilette* un aire "campesino", a pesar de su elegancia. Y esa mañana, particularmente, con su blusa de linón en que corrían simétricamente dos arabescos de guipure, se le hubiera dado veinte años.

Muy diferente era la belleza de Blanca de Martory, hermosura, si se quiere, un tanto discutida y no siempre admitida.

Unos la declaraban "cualquier cosa" o insípida, otros admitían en ella cierto encanto. La tez mate de esta señora sentaba, sin embargo, a sus admirables cabellos desgraciadamente levantados sin coquetería, algo al descuido, demasiado caídos sobre las sienes. Los ojos algo tristes bajo el velo tupido de las pestañas irradiaban tímidamente con la sonrisa.

Nada era tan grave como la voz de Blanca, y nada tampoco podía expresar esa sonoridad encantadora que adquirían las palabras en su boca.

De las dos mujeres presentes, Javier de Saint Bouvray no conocía bien sino a la segunda o al menos creía saber lo que contenía esa alma tierna y recta que, sin desconocer el mal, no lo comprendía.

En su cualidad de mujer sensible, Blanca era muy accesible a toda impresión exterior, lo mismo al esplendor de las noches de verano en el campo, que a la fiebre seductora e iluminada de las noches parisienses.

Mujer de corazón, ante todo, adoraba a su marido y más aún amaba a su Ludovico, quizás porque era enamoradizo.

El marido de Nicolasa, Fernando de Berneville, era el tipo del perfecto elegante, cuya raza ganaría tanto la sociedad si desapareciera. Jugador, libertino y buen muchacho por añadidura, nunca se le trataba sino con el sobrenombre del buen "calavera de Fernando".

¡CHUPITEGUI VIEJO Y PELUDO!

Ella.—¿Pero te has bebido el alcohol de las friegas?
Él.—Sí. ¿Qué más da que el cuerpo lo absorba de una vez o la absorba poco a poco?

Durante las horas caniculares del día, cada cual se separó; unos para descansar, otros para dedicarse a las exigencias de su correspondencia. Después, llegó el momento del te, del paseo en coche y del *bridge*.

Habiendo sorprendido dos veces, durante el paseo por el bosque, a la señora de Berneville en delito de coquetería con su marido, Blanca volvió de mal humor y los nervios algo tirantes.

Después de la comida, Blanca se quedó algo apartada entre Javier y Fernando, no saliendo de su reserva sino para ofrecer cigarrillos y servir el café. La conversación languidecía, y, como nadie supiera ya qué decir, la señora de Berneville propuso que Blanca se acercara al piano para tocar un vals.

—Precisamente, dijo Ludovico, será una ocasión para probar ese piano que nos ha llegado esta mañana de París.

Sin hacerse de rogar, la señora de Martory llegó al segundo salón y sentándose delante del piano, lo abrió para comenzar de memoria la ejecución del vals pedido.

Nicolasa y Ludovico de Martory la siguieron y mientras tanto los otros dos señores empezaron una partida de billar.

Al cabo de algunos minutos, la ejecución de la señora Martory se hizo tan suave y lenta, que parecía que ella tocaba para sí sola, como si hablara al alma. Después, poco a poco, sus dedos encontraron su agilidad y nerviosidad, y marcaron el compás como para hacer bailar a una reunión de danzantes.

Bruscamente abandonó el vals; tocó un aria rusa, en que consiguió hacer cantar a las notas el pasaje sentimental de un modo tan melancólico, que Javier de Saint Bouvray, al notarlo, desde el salón de fumar donde estaba, lanzó la bola de billar con menos violencia para evitar el choque demasiado ruidoso de los marfiles.

Luego, dejando Javier su taco sobre la mesa de billar, dió algunos pasos y se colocó delante de la puerta del salón, como observador, después de haber dicho a su adversario: "Me doy por vencido" y haberle dejado carambolear solo.

Saint Bouvray vió entonces a Blanca dar un acorde final, cerrar el piano, y dirigiéndose a la señora de Berneville, que charlaba detrás de ella, muy cerca de Ludovico, la oyó decir:

—Sírvase excusarme, pues me había olvidado que el jardinero espera mis órdenes.

La vió, por último, ponerse rápidamente un chal sobre los hombros y salir del salón. Se incorporó a ella en el jardín.

—¿Qué tiene usted?

Blanca se dejó caer en un banco y, con las manos crispadas sobre las rodillas, habló como en un sueño, anhelante:

—Los he visto detrás de mí. Se aman.

—¿Qué dice usted? — interrumpió Saint Bouvray. — ¿Detrás de usted? Imposible. El espejo en que hubiera usted podido verlos está a una legua del piano.

—Los he visto en la madera barnizada del piano, tan claramente como en un espejo, continuó Blanca. He visto, al principio, reflejarse sus manos que se oprimían tiernamente: después se acercaron sus siluetas y sus rostros se confundieron. Entonces me he puesto a tocar suavemente, espiándolos, a pesar mío, comprimiendo los latidos de mi corazón. ¡No puedo más!

Y rompió en llanto. Javier, muy turbado, le tomó las manos.

—Vamos a ver, Blanca, permítame

llamarla así... No llore usted. La huella de sus lágrimas va a verse cuando vuelva usted al salón.

Pero ella lloró cada vez más. Estimulado por la indiferencia con que ella se había dejado dar su nombre de bautismo por él. Saint Bouvray continuó, más persuasivo aún:

—Creo que les hará usted saber que los ha visto.

Y la miró a través de sus lágrimas, vacilante. Insistió:

—¿Prefiere usted que lo repitan mañana, cuando otra persona que no sea usted, se siente a ese maldito piano? Esto puede suceder, porque ellos continuarán sin desconfianza. Su traición será entonces el secreto de Pulichinela. ¡Valor!

—Lo tendré, dijo Blanca súbitamente resuelta. Ella me ha hecho demasiado daño.

—Perfectamente. Así, pues, va usted a expulsarla y a vengarse de ella. Me encargo de alejar a Berneville.

—Sí, dijo ella más débilmente y entró en el salón.

Un instante después, Blanca explicó lo mejor posible el motivo de tener los ojos encendidos. Un insecto le había entrado en el ojo y después, sin escuchar la enumeración de los remedios propuestos para ese ligero contratiempo, se dirigió al piano, se sacó el chal de los hombros y lo extendió cuidadosamente sobre él.

—¿Qué haces?—preguntó Ludovico, sorprendido.

Entonces, la señora de Martory, mirando alternativamente a su marido y a la señora de Berneville:

—Me he dado cuenta hace poco, pronunció marcando sus palabras, de que los objetos se reflejan en esta madera, como en un espejo. Pueden ustedes comprender que esto molestaría a las personas que lo ignoran, sobre todo cuando toco el piano.

Una palidez se extendió sobre el rostro de los dos cómplices. Blanca, reuniendo todo su valor, extendió a medias el brazo, medio amenazador.

Ludovico, adivinando su pensamiento, la miró fijamente: ella dejó caer su brazo.

La señora de Berneville, bajando la cabeza, se deslizó hasta la puerta y desapareció.

—¡Blanca!—balbuceó Ludovico...—te juro...

—Déjame,—dijo ella con voz apagada.

Y se quedó sola apoyando la cabeza en sus manos.

Javier se presentó.

—¿Ya ha realizado usted su intento? Ha castigado usted, ¿no es verdad?

Ella meneó débilmente la cabeza.

—Al menos la habrá usted expulsado.

—Se ha marchado sola, pero bastante confundida. Mañana ya no estará aquí.

—¡Hermosa venganza! Mañana se encontrará otra vez con su marido de usted.

—Expulsada brutalmente, lo encontraría también y él no me lo hubiera perdonado nunca. No puedo aceptar la idea de ser aborrecida. Ya es bastante cruel no ser amada.

—¿A quién lo dice usted?—exclamó impetuosamente Javier, poniendo en esta exclamación toda una confesión.

Ella le miró, vió deslizarse una lágrima en sus ojos, adivinó un amor silencioso, quiso tener compasión; pero la palabra compasiva no asomó a sus labios.

—Adiós,—dijo Javier.

Ella le alargó la mano, sobre la cual Javier imprimió un beso furtivo, doloroso.

Cuando entró ella en su cuarto, cayó de rodillas y oró largamente.

Se mata para probar que no tenía miedo a la muerte

Hace pocos días se suicidó, en Budapest, un acaudalado propietario apellidado Babocsai, y el suicidio revistió extraordinarias particularidades.

Babocsai supo hace seis años que su cuñado, el coronel Haydu, hacía objeto de malos tratamientos a su hermana y hasta que el militar había pretendido envenenarla, impulsado por la pasión que le inspiraba una artista famosa por su belleza, que a la sazón trabajaba en un teatro de Budapest, y con la cual quería casarse. En su consecuencia, fué al domicilio del coronel, y después de una escena violenta, Babocsai abofeteó a su cuñado.

Este, en vez de repeler la agresión en igual forma, optó por desafiar en duelo a pistola a su hermano político.

El lance concertóse, a petición del coronel, en términos de una dureza feroz: debía efectuarse a pistola, a veinte pasos los primeros disparos; a 15, los segundos; a 10, los terceros, y con las armas sobre el corazón los últimos, si ninguno de los adversarios había muerto o quedado mortalmente herido.

Los testigos requeridos se negaron a serlo en tales condiciones, y dijeron que en cuanto se verificaran los dos primeros encuentros a veinte y quince pasos se retirarían del terreno para eludir la responsabilidad de lo que consideraban como un acto de salvajismo.

Y, en efecto, se efectuaron los dos encuentros a veinte y quince pasos sin que los contendientes sufrieran lesión alguna. Como ambos se dispusieran a proseguir el combate colocándose a diez pasos de distancia, los testigos y los médicos, después de esforzarse en conseguir reconciliarse con resultado negativo, se retiraron para avisar a la policía.

Cuando ésta acudió al lugar del duelo sólo encontraron tendido en tierra y muerto al coronel Haydu. Babocsai había desaparecido.

Poco después éste era preso y condenado a una pena leve. Desde entonces experimentó una melancolía tan profunda y unos accesos de delirio, en los cuales suponía que el muerto venía por la noche a estrangularlo en la cama, que la familia temió por su razón.

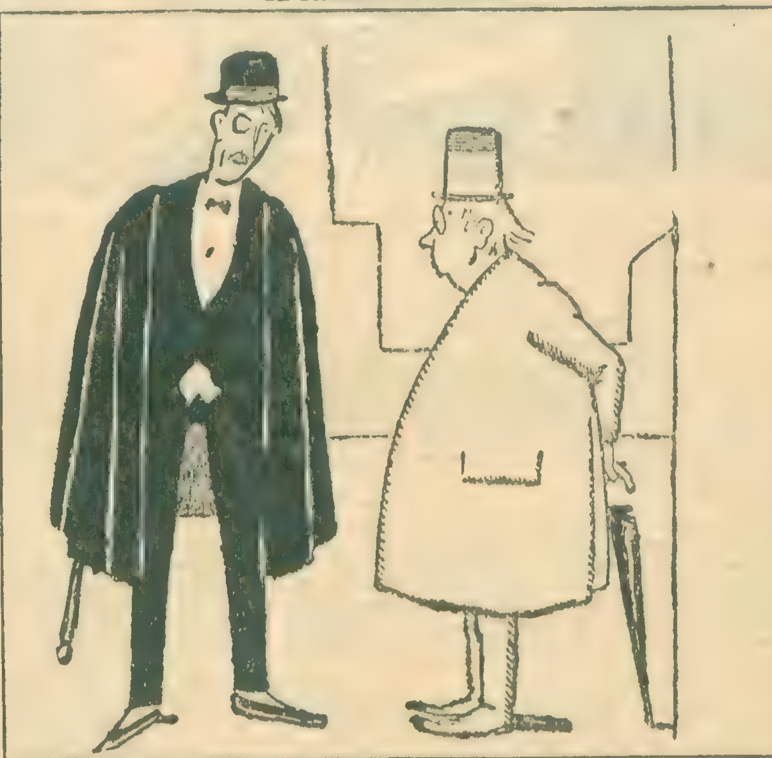
No hace mucho declaró a varios amigos que para él la vida constituía un tormento y pensaba quitársela.

A pesar de ello, Babocsai no se mataba. Y, recientemente, hallándose en una reunión, volvió a insistir en sus propósitos. Una señora que estaba presente, harta ya de oír la repetición de esa idea, le dijo indignada:

—Es usted demasiado cobarde para matarse.

Entonces Babocsai sacó presuroso del bolsillo un revólver y se saltó la tapa de los sesos delante de su interlocutora y de cuantos se encontraban en el salón.

EL FARRISTA ENFERMO



El doctor. — ¿Ha tomado usted la medicina que le mandé anteayer?
El enfermo. — No, doctor. Me dijo usted que la tomara al acostarme.
El doctor. — ¿Y qué?
El enfermo. — No me he acostado todavía.

FAVORITOS EJECUTADOS

DON ALVARO DE LUNA

En la noche del 3 de abril de 1452, martes de Pascua de aquel año, los vecinos de la histórica Burgos que vivían cerca de la casa de D. Pedro de Cartagena, se despertaron al eco de alegres canciones que en la calle se oían. Eran unos cantores franceses que daban serenata al maestre de Santiago, D. Alvaro de Luna, alojado en el citado edificio, y aquel espectáculo nocturno, poco frecuente en días en que Castilla era teatro de continuas discordias civiles, y cuando sólo se oía hablar de intrigas y de sangre, debió parecer a muchos de buen agüero.

No lo hubiera pensado así, sin embargo, quien viera entrar en casa de Cartagena, poco antes de llegar los músicos, pequeños grupos de gente armada, que sumarían como unos veinticinco hombres. La presencia de estos en el alojamiento de don Alvaro, a quien todos culpaban de la muerte extraña de su servidor y enemigo Alfonso Pérez, y a quien el rey, según de público se decía, había retirado su favor en absoluto, más bien parecía presagiar alguna nueva tragedia.

Cesó a media noche el canto, y ya comenzaban a conciliar de nuevo el sueño los buenos burgaleses, cuando en el mismo palacio donde moraba el maestre se oyeron fuertes aldabonazos, seguidos de voces confusas que se cruzaban entre el balcón y la calle, y a poco, rumor de armas, el trotar de un caballo, y fuertes gritos de "¡Castilla! ¡Castilla! ¡Mueran los traidores!" seguidos de la voz del maestre mismo, que, asomado a una ventana, preguntaba:

—¿A qué venís, buenas gentes? ¿Quiénes sois, y qué queréis?

La calle estaba llena de hombres de armas. Uno de ellos, por toda contestación, lanzó a D. Alvaro un venablo que, clavándose en el marco de la ventana, estuvo vibrando buen rato. El favorito se retiró, pero reapareció en seguida con dos de sus adictos, trayendo sendos leños encendidos, de la chimenea, que arrojaron a sus enemigos, obligándoles a retroceder. Al mismo tiempo, un escudero que había en la casa hizo un disparo con una culebrina, y otros le secundaron con ballestas, obligando a los recién llegados a refugiarse en los portales. Limpia así la calle, tuvieron lo de don Alvaro tiempo de armarse mejor, y al volver a salir los sitiadores, hiciéronles no pocos muertos con las ballestas y culebrinas.

La ciudad ya estaba, a todo esto, alborotada. Los amigos del maestre instaban a éste para que, aprovechando la confusión, huyese por una puerta excusada, y al fin, don Alvaro, accedió a escapar con el hijo del dueño de la casa por unos albañales que daban al río; pero a mitad del camino le pareció indigno lo que hacía, y volvió atrás decidido a morir como bueno.

Mientras esto acontecía en el palacio de Cartagena, el rey Don Juan II, con su pendón y buen golpe de gente armada, llegaba a la plaza de las Carnicerías, que a la sazón, próximo ya el amanecer, llenaba un gentío inmenso. Nadie ignoraba que era el mismo rey quien había mandado sitiar a don Alvaro, y los que lo dudaban, se convencieron de ello al ver que el monarca enviaba un faraute para intimarle que se entregase preso. Las envidias de los cortesanos, el odio que en los nobles había despertado la buena estrella del vencedor de la Higueruela, y las intrigas tramadas por la reina y su favorito Alfonso Pérez, iban a dar aquel día su fruto.

Cuando don Alvaro de Luna recibió al faraute, no quiso entregarse a él, sino sólo a dos caballeros que el rey designase, y habiendo don Juan enviado con este fin a Ruí Díaz de Mendoza y al obispo de Burgos, aún se atrevió el maestre a pedir al primero un seguro del rey, respondiendo de que se respetaría su vida y la de los suyos. El obispo no encontró bien aquello, mas apenas hubo empezado a manifestar su disconformidad, cuando don Alvaro le interrumpió diciendo:

Callad vos agora, obispo, y no os curéis de fablar donde fablan caballeros; cuando fablen otros de faldas fablaréis entonces vos.

Al fin consiguió el ex favorito del rey el seguro; pero no quiso salir en seguida para entregarse, por temor a los insultos de la plebe, y así, mientras esperaba a que se calmasen los ánimos, comió con sus partidarios y servidores, les dió a todos cariñosos consejos y acabó por repartirles una gran parte de su cuantiosa fortuna. Hecho esto, vistióse su mejor arnés, y montaba a caballo para ir a presentarse al rey, cuando vió venir a éste con el obispo de Avila y numeroso acompañamiento.

No quiso el monarca que le hablase, ni apenas lo vió, sino que mandó encerrarle en su dormitorio, de donde al poco tiempo fué trasladado a la fortaleza de Portillo.

Preso ya don Alvaro, se propuso Juan II rendir todas las villas y fortalezas que a aquél pertenecían, y unas por buenas, otras por malas, todas se le fueron entregando a excepción de Escalona, donde estaba refugiada la familia del maestre. Después de veinte días de cerco, el rey se retiró a Fuensalida, y habiendo reunido a los nobles para pedirles parecer, todos ellos le aconsejaron que condenase a muerte al de Luna. Atendió el rey aquella opinión, pero en vez de encomendar la causa al consejo de Castilla, acaso por temor de que éste absolviese a aquella víctima de la envidia cortesana, nombró doce jueces, algunos de los cuales ni siquiera eran letrados.

Uno de ellos, fué el arzobispo de Toledo, que después renunció a aquel derecho por no permitirle su carácter eclesiástico votar la muerte; otro, el doctor Juan Rodríguez, votó por la absolución, y en recompensa de su caridad fué desposeído de una villa que poseía; los diez restantes votaron por la última pena.

Para justificar la sentencia, hubieron de apelar a mil falsas acusaciones, fundadas en habilillas públicas y en disparates sin cuento, llegando a decir que el maestre tenía en una redoma un espíritu familiar que le enteraba de todo y quitaba al rey su albedrío. En realidad, la única culpa grave de don Alvaro era la muerte de Alfonso Pérez. Mas tanto habían influído los nobles en el ánimo del monarca castellano, que éste no se paró a examinar los cargos, sino que firmó al momento la sentencia y mandó que el preso fuese conducido a Valladolid, y allí decapitado.

En el camino a la ciudad donde había de morir, encontró al maestre un religioso amigo suyo, que le informó de su suerte, pues ni don Alvaro conocía su sentencia ni creía que tan pronto le matasen teniendo el seguro del rey. Sin embargo, no demostró sorprenderse, y sólo dijo, levantando los ojos al cielo:

—Bendito seas tú, Dios y Señor, que riges y gobiernas el mundo.

Y luego pidió al fraile por favor que no le abandonase hasta el último trance.

Al día siguiente, 22 de junio, sacaron al maestre por las calles de Valladolid sobre una mula enlutada, rodeado de fuerte escolta y precedido de pregoneros que clamaban: "Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey a este cruel tirano"; enumerando a continuación los muchos y diversos crímenes y excesos, delitos, maleficios y cohechos que, según sus jueces, había hecho "en deservicio de la corona y patrimonio". Por cierto que uno de los pregoneros equivocóse una vez, y en lugar de "en deservicio" dijo "en servicio" y al oirle, dijo don Alvaro sonriendo:

—Bien dices, hijo; por los servicios me pagan así.

Llegado que hubo la triste comitiva a la Plaza Mayor, donde se había puesto un cadalso con una rica alfombra, don Alvaro subió a él, y se dejó atar las manos después de entregar su sombrero y un anillo a uno de sus pajes que no le había querido abandonar, con lo que arrancó lágrimas de los ojos de todos los presentes.

Después dirigiéndose al verdugo, le dijo:

—Te ruego mires si tienes el puñal bien afilado por que pronto me despaches.

Y fijándose en un garfio clavado en un palo, que había sobre el tablado, preguntó a continuación para qué era.

—Para colocar vuestra cabeza—fué la respuesta del ejecutor.

—Después que yo sea degollado—dijo el maestre,—hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran.

Poco después, don Alvaro, el que hacía llorar al rey con sus ausencias, el que encantaba a las damas de la corte con sus galanuras y había llegado a poseer cuatro mil lanzas, veinte mil vasallos y sesenta y tantas villas, castillos y señoríos, moría como el peor de los criminales. El último insulto que pudieron inferirle sus enemigos, fué poner al pie del cadalso una bandeja donde se recogían limosnas para enterrar de caridad al hombre cuya riqueza había asombrado al mundo.

Tres días estuvo el cadáver sobre el tablado, y seis la cabeza en la picota. Después, se dió sepultura a uno y otra en la ermita de San Andrés, en medio del dolor general del pueblo, que olvidó todos los defectos del antiguo favorito para pensar sólo en sus buenas cualidades. De allí a tres meses, sus restos mortales fueron trasladados con gran pompa y ceremonia a San Francisco, y de allí, a la capilla de Santiago de la catedral de Toledo, donde reposan todavía en soberbio sepulcro de mármol.

Cuéntase que, como muchos otros personajes de su época, don Alvaro gustaba de consultar a los astrólogos. Uno de éstos le había pronosticado que moriría en *cadalso*, y el maestre de Santiago, creyendo que se refería al pueblo de este nombre, propiedad suya, en la provincia de Toledo, evitó siempre entrar en él. Esta precaución no impidió que el vaticinio se cumpliese. Don Alvaro no murió en Cadalso, pero murió en el cadalso.

EL ENCANTO DE LA VIDA CONYUGAL

—Me amabas mucho más cuando éramos novios.
—¿Qué quieres?... No me gustan las mujeres casadas.

La invención de la ametralladora

La ametralladora es arma relativamente moderna. En varios países y en distintas épocas se venía intentando reunir en una sola arma de fuego varios cañones, y en 1860, cuando la expedición a China, los chinos usaron un artificio de guerra parecido, que formaban reuniendo varios fusiles por medio de una especie de marco; pero la verdadera ametralladora no apareció hasta 1861, época en que fué inventada por el americano Ricardo Gatling. Tenían las ametralladoras de Gatling seis cañones, que por medio de un movimiento rotativo se colocaban sucesivamente delante del percutor, sistema que, si bien no era muy práctico para hacer la puntería, permitía hacer un fuego continuo.

Los primeros ensayos del inventor fueron interrumpidos por un accidente desgraciado. Un incendio ocurrido en su taller destruyó las seis ametralladoras que había hecho, y le fué forzoso emprender la construcción de otras nuevas, en número de doce, que se probaron en la guerra de Secesión. Después el invento fué perfeccionado, y se adoptó en los Estados Unidos y en muchos puntos de Europa, sirviendo de base a otros sistemas de ametralladoras posteriormente inventados.

LA TABA, por Santiago MACIEL

Don Joaquín era célibe. No quería saber nada de mujeres, y por lo tanto, se hallaba bien distante del matrimonio, por el que abrigaba, un temor instintivo, que no podía remediar, increíble en un varón fuerte, cuyo rostro ostentaba la riqueza sanguínea, en frescas coloraciones. Resultaba, con su corpulenta estatura, un hércules, incapaz de tejer idilios a los pies de ninguna Onfala. Había corrido mundo, es decir, campo, porque después de su venida de Vizcaya, de donde era oriundo, y en donde pasó los primeros años de su infancia, su vida fué un continuo trajín en busca del vellocino, habiéndose propuesto vencer a la diosa esquiva de la fortuna, aunque tuviera que entrar en un recio pugilato con la suerte. Era económico y trabajador, pero el diablo se había metido de por medio, cuando a los treinta y cinco años de edad se encontraba tan pobre como cuando salió de su provincia. Su historia en América podría escribirse en una página, lo que no quiere decir que fuera breve, desde que abarcaba un largo período; pero tenía a la fuerza que sintetizarse, porque era una repetición de su desgracia. Empezaría y concluiría así: Capítulo I. Sembró un pedazo de tierra que le dieron, a condición de repartir utilidades. Cuando el trigo empezó a crecer, las nubes, probablemente, se mancomunaron allá arriba en contra suya, porque no cayó una gota de agua hasta que no quedó seco el último tallo de la sementera. Capítulo II. Volvió a labrar y sembró de nuevo sin quejarse. Esa vez las nubes le tuvieron lástima... excesiva, desgraciadamente, porque llovió tanto que se pudrieron las semillas. Capítulo III. Su obstinación vizcaína no sufrió ningún quebranto: preparó la chacra, nacieron las plantas prometiendo un montón de ilusiones, en cada grano de oro, y ya próximo a madurar el fruto, llegaron, densas y compactas, como una enorme columna de humo en erupción, los acridios famélicos y devoraron en un día toda su esperanza. Desde el rancho contempló la desolación de su Itálica famosa y resolvió no ocuparse más de agricultura. Capítulo IV. Se dedicó a la ganadería. Vinieron los inviernos crudos y los veranos de fuego, acompañándolos una epizootia, que dejó el tendal de vacas y carneros en zanjas y bañados.

Aunque vasco y todo, sus fuerzas desmayaron y nadie lo persuadió de que una extraña fatalidad no influía poderosamente en su destino, porque la casualidad, a existir, no habría sido tan alevosa.

—¡Caramba,—decía en su lenguaje pintoresco,—vaya un modo de tratar gente! El demonio ha de ser.

Pero el diablo era invisible, al menos corporalmente.

Tenía don Joaquín una lindera que podría llamarse más propiamente *linda*, porque era una viuda de muy buen ver, rica propietaria, criolla, aun joven, que, al revés del infortunado labrador, no creía que el matrimonio fuera "la soledad de dos en compañía". Había empezado por apiadarse del pobre vasco, y concluyó por cobrarle una inmensa simpatía al ver su tesón y empuje, que revelaba un temperamento indomable. Trató de hablarle, pero el hombre se escurría temeroso de un encuentro, hasta el punto de que cuando tenía que cruzar la senda que pasaba junto a la mansión de su vecina, apresuraba la marcha como si allí tuviese su domicilio la tentación y el pecado.

Un día, ésta, cansada de esperar la oportunidad de entablar diálogos con don Joaquín e impelida por un impulso más enérgico que su voluntad, puesto que le venía del corazón, atajó al vasco en medio del camino.

—Oiga, vecino, una palabra, —le dijo.

El se paró sorprendido, mirando hacia los costados con intención de disparar.

—Oígame, hombre, y no sea chúcaro.

Don Joaquín la miró contrariado y con voz estentórea le respondió:

—¿Qué se le ofrece a usted?

Ella, sin cohibirse por el tono de su interlocutor, prosiguió sonriendo:

—Mire, don Joaquín, usté es un hombre trabajador pero sin fortuna y yo soy una haragana que todo me sale bien aunque lo haga mal. Creo, mi amigo, que soy la mesma suerte. Si no me tiene miedo, cásese conmigo.

Don Joaquín se quedó espantado como si hubiera visto delante de sí una aparición del otro mundo y permaneció un momento con los ojos abiertos y la boca cerrada. Ella, impaciente, lo volvió del asombro, diciéndole:

—Güeno, pues, conteste si le convengo.

El vasco habló al fin.

—Si usté ser suerte, yo ser desgracia y no vamos a entendernos.

—Se equivoca, amigo,—agregó la viuda,—porque si a usted le falta lo que a mí me sobra, en casándonos, haremos la taba, y ya sabe que las dos caras son del mesmo güeso.

Don Joaquín no se dió por convencido y groseramente emprendió la retirada, dejando a la viuda sin contestación.

Ya lejos, ella le gritó:

—¿No acepta, don Joaquín?

Y él, ya más valiente, porque estaba fuera de su presencia le gritó también, casi con rabia:

—¿La taba? No, señora, yo no juego nunca.

LAS SECTAS VEGETARIANAS

Muchas personas que oyen hablar del vegetarianismo, y tal vez algunas de las que lo practican, probablemente ignorarán que hay muchas clases de vegetarianos, formando cada clase una especie de secta, con su denominación especial.

En primer lugar, están los llamados "vems", que son los menos exagerados, puesto que además de vegetales comen huevos, leche y demás lacticinios. Su extraño nombre es de origen inglés; la palabra "vem" está formada con las iniciales de tres sustantivos ingleses: "vegetables" (vegetales), "eggs (huevos) y "milk" (leche).

Después vienen los "vegs", o sean los verdaderos vegetarianos, que no prueban sustancia alguna procedente de un animal, vivo o muerto.

Otras sectas son los "edénicos", que sólo comen vegetales crudos, como debieran hacerlo en el Edén nuestros primeros padres; los "wallacitas", que no comen sal ni pan con levadura; los "haigitas", que tienen a gala no probar jamás los porotos ni los guisantes, y los "allinsonianos", que suprimen el té, sustituyéndolo por un agua de cereales secos.

SECCION VERMOUTH

ROPA PAGADA CON MISAS

Un cura pregunta a uno de sus feligreses la razón de no verlo por la iglesia.

—No tengo pantalones que ponerme los domingos.

—Bueno. Yo le mandaré uno.

Enviados los pantalones el hombre asistió a misa durante tres domingos y luego desapareció.

—Ahora no tendrá excusa para no ir—le dijo el cura cuando lo vió de nuevo.

—Vea, padre. Yo he ido ya tres domingos. Si no está conforme aún, dígame de una vez cuántos tengo que ir para ganarme los pantalones.

DE ACUERDO CON EL TIEMPO

—Según los avisos, en este hotel hay en todas las habitaciones agua caliente y fría.

—Sí, señor. Fría en invierno y caliente en verano.

EN LA CONVALECENCIA

—Esposo mío, ¿quieres que invitemos a mamá a comer?

—Recuerda que aún estoy convaleciente de la última indigestión.

CAUSA JUSTIFICADA

Una pequeña llega tarde a la escuela y para justificarse dice que se ha detenido viendo el entierro del diablo.

—¿El entierro del diablo? ¿Cómo es eso?

—Yo estoy segura que era así, porque uno de los hombres que iban detrás dijo bien claro: "¡Pobre diablo, se ha muerto después de tres días de enfermedad!"

SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS

—No es cierto eso de que todos los hombres se arrodillen para declarar su amor a una mujer... Mi esposo no se arrodilló cuando me dijo que me adoraba...

—Pues cuando me lo dijo a mí —responde la amiga,—sí lo hizo.

LAS CONOCÍA BIEN

—¿Es usted casado?

—Sí.

—¿Y qué hace usted cuando su esposa declara que no tiene nada que decirle?

—Me instalo lo más confortablemente que puedo y me dispongo a oírla hablar durante una hora.

ESTABA SEGURO

—¡Papá! ¡Papá! Mira qué lindo cortaplumas me he encontrado en la calle...

—¿Pero estás seguro de que lo habían perdido?

—Ya lo creo. Si yo he visto al hombre que lo andaba buscando.

UN BUEN REMEDIO

—Se está usted quedando calvo, señor—dice el peluquero latoso—. ¿Quiere que le dé algo para la cabeza?

—Sí. El sombrero lo más pronto posible.

¿MODESTIA O IGNORANCIA?

—¿Acompañó la suerte a su esposo desde joven?

—Sí. Sólo tenía veintiún años cuando se casó conmigo.

LUNA DE MIEL

—Jorge. ¿Hay en la vida algo más grande que el amor?

—Nada, ricurita, nada... ¿Tienes ya pronta la comida?

NUEVO RICO

—No vuelvo a comprar un cuadro en ese establecimiento. Me han engañado.

—¿Qué le pasó?

—Le compro un cuadro el otro día. Me cobra un precio enorme y ahora descubro que ha sido pintado hace lo menos 500 años.

ESPOSO CONSIDERADO

—¿Has hecho tú estos bizcochos, querida?

—Sí.

—Pues no los hagas nunca más.

—¿Por qué, amorcito?

—Porque eres demasiado frágil para una cosa tan pesada..,

POR DEDUCCIÓN

—¿Qué descubrió Arquímedes cuando estaba tomando su baño?

—Que estaba sucio.

DESCONFIADO

—Yo necesito conocer la verdad si he de defender su causa. ¿Me lo ha contado ya todo?

—Sí. Con excepción del sitio donde he escondido el dinero.

INDIRECTAS

—Tengo la visión de un sombrero nuevo.

—Querida, espejismo o miraje, se llama eso.

La manufactura de porcelana en Berlín

Las circunstancias económicas de la actualidad han afectado también la manufactura de porcelana perteneciente al Estado, y en los últimos meses se ha ventilado ampliamente la cuestión de su futuro destino. Circulaban rumores de que se intentaba vender esta creación predilecta de Federico el Grande a empresarios privados; pero en realidad sólo se proyecta una reforma del servicio, una dirección más independiente, que librará la fábrica de la influencia represiva de las autoridades del Estado. La manufactura se transformará en una sociedad anónima, cuyas acciones quedarán en poder del Estado. Dada la precaria situación financiera del Estado nos parece que esta adaptación de la empresa a los principios de la economía privada—asunto que próximamente se discutirá en el parlamento prusiano — es una necesidad ineludible para dar al Instituto algo más de espíritu emprendedor y garantizar el libre juego de todas sus energías industriales, comerciales y artísticas. El deseo de aumentar los ingresos del Estado notablemente con el rendimiento de la fábrica no se ha realizado, de lo que ya se convenció el gran rey, su fundador y promotor incansable. En las órdenes de gabinete con que contestó los relatos del director de la fábrica, Federico ha expresado muchas veces y en términos muy fuertes su disgusto por quedar él mismo el ''mejor parroquiano'' de la manufactura, que sin sus pedidos no hubiera podido existir. Aun en tiempos posteriores quedaron los encargos privados y públicos de los reyes prusianos el factor más importante de la prosperidad económica de la empresa. Ahora ya hace mucho que se ha abandonado la intención de sacar de ella ganancias para el Estado, y la manufactura no tiene otro objeto que fomentar el arte y la técnica, lo cual en muchos años no se consiguió sin notables subvenciones. En adelante ya no se podrá contar con semejante asistencia por parte del Estado. Si la manufactura quiere subsistir será preciso que ella se mantenga a sí misma y que la venta de sus productos baste cuando menos para cubrir los gastos de la fabricación. Las medidas proyectadas y la fuerte iniciativa del enérgico director comercial hacen esperar que esto pronto se realizará.

No pueden ser más interesantes los trabajos en los talleres de la antigua fábrica, que desde casi cien años se encuentran detrás del molino del Tiergarten en el terreno que los brazos del Spree encierran como una isla. El proceso de la fabricación es el siguiente. Los componentes principales de la porcelana, caolina y feldespato, se descargan en el pequeño puerto de la manufactura, donde pesados cilindros de granito, llamados trituradoras de muelas, los reducen a un polvo impalpable. Los materiales así preparados se depuran después en los lavaderos por la decantación. Convenientemente compuesta adquiere la masa una consistencia plástica y pasa ahora a los talleres de moldear y de tornear. Una ilustración nos enseña un moldeador que en un torno de alfarero fabrica a mano libre un hermoso jarrón. Las piezas moldeadas reciben una cocción preliminar, para ir luego al taller de esmaltar donde la sustancia porosa absorbe ávidamente el esmalte, i e, una lejía vitrificable, preparada en grandes cubas y que particularmente en Berlín es muy espesa y hermosa. Para la cocción definitiva se introducen los objetos en cápsulas de chamota; partes que por la acción del fuego se deformarían fácilmente reciben un apoyo adecuado: Con estas cápsulas se llenan los grandes hornos hasta el último rincón de lo cual se los cierra con mampostería. Cuando ha terminado la cocción y el subsiguiente enfriamiento, las porcelanas pasan al taller de rectificación, donde se les quita toda desigualdad. En el taller de pintura se aplican a las vasijas blancas adornos de color. Los objetos pintados se introducen en un horno de mufla, donde, a una temperatura en que se funde la plata, se opera la vitrificación de los colores aplicados. Con ello termina el complicado proceso de la fabricación, y desde el almacén, los preciosos artefactos llegan al fin a las manos del comprador.

La manufactura del Estado posee en las antiguas y admirables formas y dibujos de sus porcelanas una herencia artística, cuya administración apropiada le facilitará mucho la lucha por su existencia. Con todo esto no sería oportuno que la reproducción de las obras maestras de épocas pasadas figurase en primer termino en un instituto que siempre ha considerado como su más noble misión el fomentar las tendencias artísticas contemporáneas. Así lo comprende también el actual director artístico, quien, sin perder el contacto con la tradición, ha documentado su voluntad de crear al establecimiento un gran porvenir. Con éxito variable, pero generalmente bueno, se ha solicitado la colaboración ocasional de artistas más o menos afamados de todas las escuelas, con lo cual se acopió un tesoro de modelos que sintetiza maravillosamente la enorme riqueza en talentos artísticos de que nuestro tiempo puede gloriarse en el terreno del arte plástica menuda. Las obras que se han granjeado el favor especial de los conocedores son ''El reposo de Venus'' y otros modelos de Paul Scheurich, quien por su fina adaptación a la naturaleza del material y sus grandes facultades artísticas parece llamado a establecer nuevas normas para la escultura de la porcelana.

Un campo de actividad en que la Manufactura de Berlín ha trabajado con éxito incontestable, es la plasmadura de animales en porcelana. El instituto consiguió una serie de excelentes figuras plásticas de animales por la adquisición de la herencia del escultor Antón Puchegger, quien murió en 1917 en la flor de su edad, un talento eminente, que, merced a un estudio infatigable de la Naturaleza, comprendía en el acto lo esencial de sus modelos y sabía representarlo con gran acierto mediante una técnica incomparable. Tenía una predilección por las monas, cuya individualidad característica conocía él tan a fondo que pocos escultores le igualarán en este respecto. Con fina comprensión ha penetrado Puchegger también el ser de otras especies de animales. No menos encantadores son los primorosos modelos de aves creados por Edmund Otto, un artista que sabe expresar con insuperable maestría lo liso, lo tieso y a la vez blando del plumaje, pero sobre todo el gracioso ritmo én el movimiento de sus pequeños amigos. En todas estas representaciones de animales se manifiesta claramente la influencia de una nueva técnica que desempeña un gran papel en la plástica moderna de la porcelana: la pintura subesmaltina. Mientras antes los plasmadores de animales buscaban su ideal en la fiel reproducción de los modelos, fué la intención de estos nuevos artistas representar el rasgo principal y las cualidades más típicas de los animales mediante una estilización de todas las líneas y superficies.

Pero, también en la manera de pintar la porcelana se hace sentir la resurrección de una vida intensa y pulsante. Con celo y aplicación se cultiva la técnica de la pintura subesmaltina, que ha dictado leyes estéticas enteramente nuevas a la cerámica artística. Mientras el rococó, el tiempo clásico del arte de la porcelana, embriagándose con la incomparable plasticidad del recién descubierto material, se entregaba en sus obras imperecederas con delirio al culto de la forma, trata la pintura subesmaltina de hacer valer el efecto luminoso de sus transparentes colores y necesita para ello grandes superficies reflectantes, sobre las que se derrama la luz en anchas e interrumpidas corrientes.

Todos los que anhelamos el adelanto de nuestra cultura debemos desear que el saneamiento de nuestra vida económica depare a la antigua fábrica una segunda época de prosperidad, aunque ésta venga por nuevos derroteros y en condiciones bien distintas de las de la primera.

Dr. LEUZ.

OBRAS DE
Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia
(1823-1852)
$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A $ 1.— el ejemplar

En todas las librerias y en la administración de FRAY MOCHO. Bolivar 879. Buenos Aires.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

Costumbres raras

En los países orientales se encuentran todavía huellas fresquísimas de aquellos tiempos en que el inferior estaba obligado a sufrir los peores tratos del superior, sin derecho a la menor queja. Aun descartando a los esclavos, en los hombres de condición más independiente se encuentran muestras de un servilismo verdaderamente humillante.

En Persia, por ejemplo, cuando se toma un criado se puede adquirir el derecho a pegarle, con sólo aumentar un poco su sueldo. Al ajustar las condiciones del servicio, se sobreentiende que el amo no puede maltratar de obra al nuevo criado; pero raras veces deja éste de decir, al tratar de la paga:

—''Dame tanto o cuánto más, y me puedes pegar''.

Hecho el trato en estas condiciones, el criado no protestará jamás cuando su amo le pegue, sea con motivo o sin él.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TERRORES NOCTURNOS EN LOS NIÑOS

Síntomas.—Existen varios grados. El niño dormido, lanza un grito de terror, llama a su madre, o a su padre. Se incorpora en la cama y pronuncia palabras ordenadas, o, por el contrario, incoherentes. Ya se agita así, pero sin abrir los ojos; ya se despierta, pero sin reconocer a nadie; puede entonces saltar de la cama y señalar un objeto imaginario. La cara está pálida, asustada, las mejillas y la frente cubierta de un sudor frío.

En la mayor parte de los casos, el niño vuelve a tomar el sueño interrumpido por una terrible pesadilla. Si se ha despertado, se tranquiliza poco a poco, reconoce lo que le rodea, a veces llora, y finalmente se vuelve a dormir. Por la mañana lo ha olvidado todo; es imposible hacerle expresar, aun a raíz de la pesadilla, la causa de este terror. Algunas veces los accesos de hacen más frecuentes, y a veces se reproducen todas las noches. Es excepcional que a consecuencia de esto se produzcan convulsiones generales; estos accidentes se producen en los niños pequeños, generalmente menores de 10 años.

Causas.—Abuso, o simplemente uso del vino y la cerveza en los niños nerviosos. El empleo aun con grandes intervalos de bebidas más ricas en alcohol (aguardiente, licores), tiene efectos aún más perjudiciales. Aireación y ejercicio insuficientes. Excitación demasiado grande antes del sueño. Necesidad de orinar, siendo esto indicación normal de no dejar ir a acostar al niño sin tomar las debidas precauciones; para este objeto se le obligará a levantarse después de las pesadillas, pues sino se reproducirían probablemente. Enfermedades de la nariz o de la garganta, catarro crónico, hipertrofia de las amígdalas. Malas digestiones. Anemia.

Consultorio del hogar

LA TAREA ATRIBUÍDA A CADA SERVIDOR.

La casa debe tener su reglamento interior, el servidor no ha de tomar la dirección del servicio: los amos son quienes mandan y deben vigilar la ejecución de las órdenes dadas.

El tiempo pasa con rapidez y el servicio mal ordenado no se hace, si cada servidor no tiene inviolables atribuciones. Los servicios no deben ser invertidos, pues el único medio de evitar las discusiones, las malas voluntades y las respuestas insolentes. Cuando cada servidor sabe cuáles son sus obligaciones, se prepara desde por la mañana, para llenar sus funciones concienzudamente. Tampoco se debe desorientarlo empleándolo en una tarea fuera de su servicio, a menos de casos imprevistos o de súbitas complicaciones.

Cuando todas las cosas están absolutamente reglamentadas, se tiene el derecho de dirigir las observaciones más rigurosas al delincuente, observaciones que, aunque firmes, debon ser hechas con cortesía.

Nunca hay que dejarse llevar de cóleras inútiles que le pongan a uno en ridículo. Los criados se burlan de los amos que no saben dominarse y cuya actitud enojada suele ser grotesca. La burla no provoca el respeto y aunque se esté en pleno derecho, aunque se tenga mil veces razón, no se producirá ninguna impresión sobre el espíritu del que se quiere corregir, si la reprimenda se hace sin tacto ni medida.

LA BUENA PRESENCIA

Se debe exigir de los servidores un aspecto y un aseo perfecto; este es un derecho absoluto, a menos de imposibilidad material; en este caso no se debe tener un servidor que no está en estado de llenar las condiciones necesarias de su situación.

La buena presencia consiste en estar siempre en estado de perfecta limpieza y de sobriedad. No se puede exigir a una mucama que lo haga todo, el tener el aspecto elegante de los servidores de grandes casas, ni el estilo de una doncella habituada a las casas opulentas; pero sí se puede exigir que sus vestidos estén decentes y limpios, y que sea atenta. Si no conoce todas las sutilezas del servicio, deberá conservar, por lo menos, la actitud respetuosa que es de rigor en toda casa honrada.

Pero se tiene derecho a exigir de la servidumbre que se pongan el traje adecuado para servir a la mesa, a menos que los patrones estén en la imposibilidad de hacerlo; en este caso, como el traje debe ser suministrado por ellos, sería injusto mostrarse exigente.

No sucede lo mismo en lo concerniente a la intemperancia. El derecho y hasta el deber exige expulsar a todo sirviente cuyo aspecto puede comprometer la dignidad y la honorabilidad de la casa. Las leyes son formales sobre este punto. Todo servidor que puede presentar un motivo de peligro puede ser inmediatamente echado a la calle y hasta se tiene derecho de apelar a la fuerza pública para hacerlo abandonar la casa si se resiste a la orden. Se debe exigir de los servidores una actitud decente para los dueños y personas que frecuentan la casa. Tampoco se les debe tolerar ninguna insolencia, ni aun entre ellos mismos. Hay que saber castigar cuando se presenta el caso. Una lección bien dada sirve de ejemplo a los demás.

No hay tampoco que cerrar los ojos sobre la conducta de los criados. Algunas veces se conservan en las casas muchachas de moralidad muy dudosa. Pero hacen bien su trabajo, son corteses, tienen todas las cualidades esenciales y para no crears disgustos se tolera su inmoralidad.

Mas esto es una falta muy grande. La mucama puede ser buena y honrada, pero a consecuencia de su mala conducta puede entrar en relación con malhechores, que incidentalmente y sin que su complicidad pueda probarse, conocerán todos los detalles de la casa y hasta podrán introducirse en ella para poner en ejecución sus malos propósitos.

Estas mucamas suelen ser entregadoras, y más de una casa ha sido robada porque la indicación dada había sido tan precisa que no les quedaba ya a los ladrones más que "trabajar tranquilamente".

Secretos de tocador

LOS BAÑOS

Baño virginal.—El baño virginal blanquea y tonifica la piel. Se le prepara según la siguiente fórmula:

Agua de rosas	1	litro
Tintura de benjuí	500	gramos
Glicerina.	150	„
Ácido salicílico	5	„

Baño de almendras dulces.—Este es otro baño suavizante; se prepara así: Se pela y pisan en un mortero 250 gramos de almendras dulces agregando, poco a poco, 50 gramos de tintura de benjuí. Esta pasta de almendras se pone en un saco, mientras que en otro saco se ponen 250 gramos de granos de lino y en un tercero 250 gramos de harina de maíz. Estos tres sacos se ponen en el baño y mientras se está en él se aprietan los sacos como si fueran esponjas.

Baños aromáticos.—Todos los baños aromáticos de malva, violetas, lavanda, claveles, rosas, etc.. se obtienen haciendo cocer durante una hora 500 gramos de esas substancias aromáticas en diez litros de agua hirviendo: se cuela antes de agregar el agua del baño.

El uso de los baños de belleza ha dado lugar, en otra época, como hoy día, a ciertas excentricidades en las que la belleza no ha ganado nada. Es por eso que se habla de baños de "aceite perfumado" de las mujeres de Corintia, baños de "leche de burras" de las emperatrices romanas, baños de "vino" de Ana de Bolena y baños de "champagne" de ciertas bellezas contemporáneas, etc.

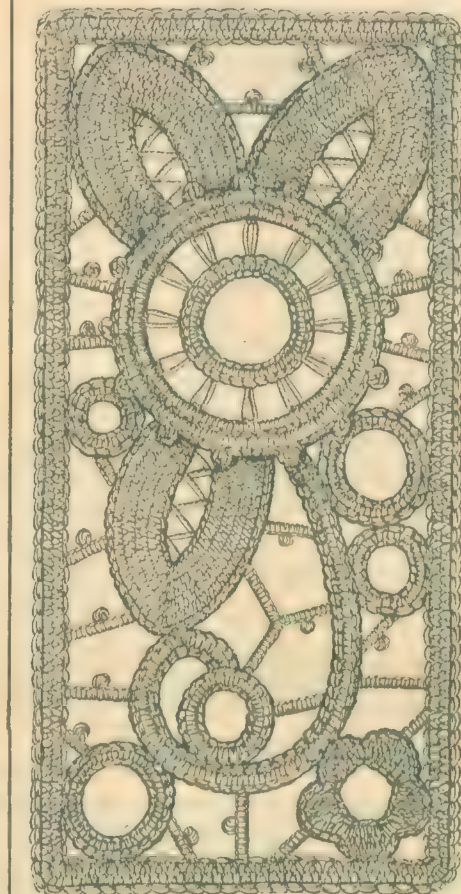
Retengamos solamente la receta, un poco modernizada sin duda, del famoso baño de belleza de Ninón de Lenclos:

Después de haber disuelto en un litro de agua de lluvia 250 gramos de sal de cocina y 100 gramos de carbonato de soda, se hace disolver 3 libras de miel en 3 litros de leche.

Estas dos mezclas de echan sucesivamente en el agua del baño.

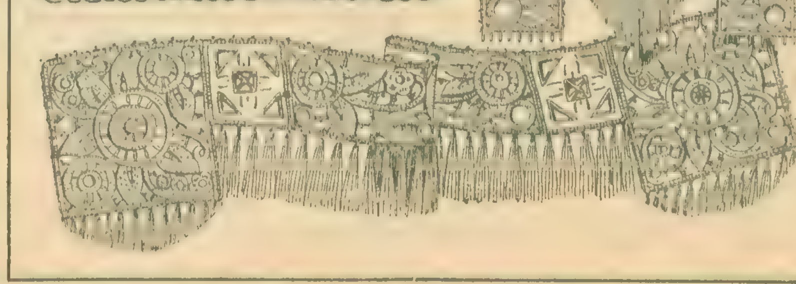
Uno de los baños de belleza más usados, y que les recomiendo especialmente, se compone adicionando al agua del baño un cuarto litro de agua de colonia, 5 gramos de carbonato de potasa y 60 gramos de jabón raspado.

La puntilla al ganchillo



Combinando este rectángulo con otros bordados, se pueden obtener diversas labores muy hermosas, como por ejemplo: un cubrechimenea que igual puede cubrir el piano adornándolo. Como lo demuestra el dibujo, el rectángulo puede convertirse en cuadrado, agrandándolo o achicándolo según sea preciso.

El rectángulo se trabaja con un ganchillo número 15 e hilo de lino. El borde del cubrepiano puede terminarse con un fleco liso o con macramé. Agrandando el rectángulo podréis usarlo como entredós en un par de cortinas combinado con macramé.



Consultorio femenino

A una lectora asidua de "Fray Mocho".—Ya he contestado a su pregunta. Debió salir en el número anterior.

Morocha Elsa. Vértiz.—Para hacer desaparecer los puntos negros lo mejor es extraerlos por la presión de los dedos; luego, tocar la parte enferma con una disolución de:

Agua destilada	1	litro
Alcohol de 90°	100	gramos
Ácido bórico.	20	„
Ácido fénico	30	„
Alumbre	10	„

El éter, el agua oxigenada, el agua muy caliente mezclada con alcohol y bicarbonato de sosa son igualmente recomendables.

Tosca. Buenos Aires.—Contra las pecas puede emplear la siguiente solución con precaución. Toque las pecas ligeramente con algodón hidrófilo ligeramente humedecido en:

Sublimado	1	gramo
Glicerolato de almidón .	10	gramos
Agua de rosas.	250	„
Sufenato de cinc	2	„

Elena L. de T. Buenos Aires.—Si usted no me indica qué consejos necesita yo no puedo contestarle nada.

Carmen S. Azul.—Para retardar la caída de los cabellos es necesario proveer al cuero cabelludo de los agentes vivificantes que le faltan; generalmente se obtiene bastante resultado recurriendo al jaborandi. El jaborandi no es solamente útil para la caída de los cabellos, sino que, gracias a él, se obtienen las tonalidades más ricas. El empleo del jaborandi en lociones, es decir, haciendo macerar hojas de esta planta y friccionando con la loción el cuero cabelludo.

Esta fórmula es la más simple y la más usada:

Jaborandi.	40	gramos
Extracto flúido de quina.	15	„
Tintura de árnica	5	„

NOTA. Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho". Calle Bolivar 879, Buenos Aires

COLABORACION ESPONTANEA

Elena... Haydée...

Elena... Haydée..., a todas las que en un tiempo [añejo,
escanciasteis conmigo mil vinos de pasión,
os envío estas líneas que entre recuerdos tejo,
para hacerme un ropaje que abrigue al corazón.

De la inconstancia vuestra no creais que me quejo,
me habéis dado mil gratos instantes de emoción,
aunque en verdad no fuisteis un problema complejo
de amor; fuisteis tan sólo material obsesión.

Por eso, intacta y pura, tal como floreciera,
mi ilusión conservóse, para aliviar la espera.
Entre todas vosotras dulces horas pasé;

pero hoy, que ya no os tengo, va siendo larga y siento
que el tiempo va infiltrando en mí su frío aliento,
y al pasado me aferro diciendo: Elena... Haydée...

E. RODRIGUEZ GARCIA.

A unas manos que mariposean sobre el teclado

Hoy me ha dado en soñar que vuestras manos
fueron antes sutiles mariposas
con las alas con sol, revoloteando,
ebrias de claridades y de aromas.

Y me ha dado en soñar por la suprema
virtud de vuestras manos temblorosas
que se agitan, que giran, que se pliegan
como dos raras mariposas locas.

Dormitan en el nido del silencio
cual divino puñado de palomas
las armonías, que en saliendo a luz
alegremente cantan o sollozan.

Dormitan en el nido del silencio
y a un temblor de alas temblorosas
ellas regalan un montón de trinos
que al alma le dan luz o le dan sombra.

Y me ha dado en soñar que en el otoño
cuando muerden las penas a las Horas,
a ese temblor de alas cantaría
mi canción más sutil y melancólica.

Y me ha dado en soñar porque los sueños
van dejando caer, gota por gota,
una emoción dulcísima, y el alma
en su propio soñar se reconforta.

Ramón VAZQUEZ.

Lucha eterna

Sobre un mar de eternidad
va el bajel de la Existencia
llevado por la inclemencia
de una ruda tempestad.

Recorre la inmensidad
perdido en la turbulencia
de esa trágica violencia
que ruge en la soledad.

Condenado a un rumbo incierto,
sin llegar jamás a un puerto,
sigue siempre sin cesar...

...Siempre en las regiones solas,
librando, contra las olas,
su perpetuo batallar.

Enrique PETROWSKY.

Lápida

A tu fingido desdén yo no me inmolo
levantando una queja con mi canto:
ese mismo desdén — al estar solo —
denuncia la verdad de tu quebranto.

DE LA VIDA INTENSA

—Eduardo: si te caes de la escalera, ¿quieres cogerme la caja de los polvos, que se me ha caído al jardín?

En la sed de cariños y quereres
tu corazón se refundió en el mío.
Mas para el propio mal de tus placeres,
imprevisto y brutal vino el hastío.

Pero es falsa la risa de tu boca.
Ante la realidad de lo que has hecho,
el tintineo de tu risa loca
revela el sinsabor que hay en tu pecho.

Por eso no me digas tu inconstancia
con la frase pueril y quejumbrosa;
cortada del rosal da su fragancia
con la misma intensidad la rosa.

Y ya que un nuevo amor me llena el alma
con la franca emoción de su latido,
para el bien de nuestra propia calma
olvidemos los dos que hemos querido...

José María ABALLONE.

Motivos de la Patagonia

PORQUE SI

Boquita coloradita
como fruta e piquillín:
que estoy iorando y sufriendo
dejuro, no lo sabís,
pero ió sé que me muero
porque sí...

Iá no soy más que una hojita
perdida entre el chañaral,
estoy esperando el viento
que me tiene de yevar.
¡Que me yeve para siempre,
que no quiero volver más!

Estas penitas las dije
en una tarde de abril.
Colorao estaba el cielo
como tus labios ¿sabís?
más por no iorar, de espaldas
me eché en la arena a dormir...

Pensar que me estoy muriendo
porque sí...
Boquita coloradita
como fruta e piquillín.

Emilio Germán ANDRICH.

Presentimiento

Para "Fray Mocho".

¡Cuánta ilusión forjéme en un momento,
y cuántos vanos pensamientos locos
cruzaron por mi mente, en su delirio,
soñando en la alegría de los otros!...
La eterna alegría, que en mi alma
ha tiempo, Señor, que no hace broto!
Enmudeció mi jilguerillo alegre,
una mañana fría de este Otoño;
aún le siento revolotear, cantando
y dando brincos, en mi pecho solo;
¡cuánto optimismo en su entusiasmo había,
y era tan dulce su cantar sonoro!...
Llegaba al alma en horas de tristezas
haciéndome olvidar de mi abandono.
¿Por qué cesó, de pronto, en sus cantares
el poema hondo?...
¿Qué misterio entibió también su vida?...
o es que ha sentido, como yo, de pronto,
la indiferencia en unos rojos labios;
y la mentira en unos negros ojos?...
Le presiento llegar; quizá no tarde...
mi jilguerillo con sus alas de oro,
a llenarme de vida, estotra vida,
que se llenó de odio.

Jaime LLOVET REOS.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 426, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. „ $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. „ „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El arte de los virreyes

Por Carlos F. ANCELL

(Del libro "La biblia de piedra", recientemente aparecido)

Si muchos son en el presente los estudios realizados con provecho en toda América con respecto a los edificios y monumentos del pasado colonial y si se observan ensayos más o menos felices para crear formas nuevas y definidas con la base de las que proceden del arte hispano-americano, pocos han sido, en realidad, los esfuerzos para sintetizar un criterio justificado relativo a la trascendencia verdadera de la arquitectura de aquellas construcciones, como también a su eficacia para justificar un renacimiento o una orientación artística en el ambiente ecléctico de nuestro país y de diversas naciones del continente. Las opiniones vertidas son muy contradictorias, pues todas ellas son completamente teóricas, hasta tanto la acción de los arquitectos nos demuestre la posibilidad de dar impulso a semejante restauración, que, sin duda alguna, nos acercaría francamente al propio pasado de nuestra nacionalidad, y constituiría, por lo demás, un vínculo y una expresión estética y espiritual de los pueblos de origen hispano. Pero, mientras dicha obra se realiza con las lógicas dificultades creadas por la disparidad de opiniones a que aludiéramos, bueno es concretar algunas ideas sobre la significación de las producciones arquitecturales de carácter colonial, sin desmerecer o exagerar su trascendencia.

Sin duda ninguna la verdadera exteriorización de la arquitectura de la época de los virreyes se encuentra en los dos antiguos y principales focos de la dominación española en tierras de América. Méjico y Perú nos dan una noción exacta del desarrollo vastísimo del arte colonial, desarrollo engendrado por la concurrencia simultánea de antecedentes favorables para su progreso constante. Varios siglos de abundancia, gracias a la producción minera, grandes ideales religiosos que demandaban la ejecución de obras y ornamentos cuya riqueza aun ahora nos asombran, una era de transformación continuada y la posesión de materiales nobles en condiciones accesibles, produjeron en Méjico una renovada gestación artística, comprobada en las innumerables creaciones legadas a la admiración justificada de los hombres actuales y al estudio y la observación de los historiadores y eruditos de nuestro tiempo. Y, en el Perú, ocurre también otro tanto, predominando en los edificios de carácter eclesiástico las tendencias generales observadas en la arquitectura mejicana, aun cuando atenuadas en la vivacidad de las formas, en el lujo de los principales elementos decorativos y en la misma riqueza de los materiales utilizados.

Pero uno de los méritos esenciales de las construcciones arquitectónicas coloniales reside en el carácter orgánico de su estructura. Nada, en efecto, es falso o innecesario. Las plantas concuerdan claramente con las fachadas y la simulación se descarta en la totalidad de los monumentos estudiados hasta el presente. Los ornamentos, en su generalidad, se concentran en riquísimos conjuntos, en puntos bien aparentes, sin que exista jamás una disgregación perjudicial para la belleza del edificio. Esta característica vital, expresiva en alto grado y reveladora de la permanente influencia española en la elaboración de los proyectos ejecutados en América, tiene una significación estética considerable. En los edificios mejicanos, por ejemplo, el observador advierte la existencia de un criterio sintético. A sus ojos se ofrece una masa unida y caracterizada netamente. Nada distrae su atención y las luces y sombras, hábilmente combinadas, acrecientan el relieve general y lo imponen en cuerpos perfectamente definidos. Y la decoración concentrada—descartando su mayor o menor exuberancia y aun mismo la relativa perfección de su ejecución—tiene sobre sí la misión de resaltar el interés provocado por el referido conjunto, llevando la atención del observador de la masa al detalle y siendo, a la verdad, en cierto modo aclaratoria e ilustrativa. Porque cuando en las concepciones arquitecturales el ornato se esparce sin lógica ni medida, el proyectista olvida inevitablemente los recursos insubstituíbles que le permiten acentuar ciertas líneas, destacar algunas partes y mejorar también el contorno y la silueta de su obra.

En las ciudades mejicanas la arquitectura colonial alcanzó un desarrollo muy vasto. Desde la iniciación del virreinato se establecieron en Méjico talleres de artes mecánicas, por obra del esfuerzo de los misioneros, entre los cuales fray Pedro de Gante fundó una escuela de pintura y escultura y otra de artes y oficios para los indios. No faltaron tampoco arquitectos de nombradía, como fácil sería confirmarlo por el examen de las obras que constituyen el tesoro artístico de aquella República. Méjico, puede decirse, figura con sobrado derecho a la cabeza de los pueblos americanos en lo que respecta a valiosas tradiciones arquitecturales. Y a principios del siglo XVII, un cronista de la época, Alonso Franco, señalaba que existían por entonces en la naciente ciudad "toda suerte de oficios y artes liberales y mecánicas, y de todas muy primorosos oficiales".

Los estilos que predominaron en las diversas manifestaciones del arte colonial mejicano fueron sucesivamente el plateresco, el barroco, el churriguera y el greco-romano, este último llamado impropiamente así, por las influencias a que correspondía. Figura también en los albores de la arquitectura el franciscano primitivo, cuyas características esenciales consistieron en una gran sobriedad en la construcción y en una solidez a toda prueba, acreditada por altísimas y severas murallas de piedra, por sombríos contrafuertes y almenas morunas y por portadas a prueba de ataques. Entre los monumentos aun conservado de este último carácter, se citan las iglesias de San Francisco, en Tlaxcala, Tepeaca, Cholula y Huejotzingo y las viejas catedrales de Cuernavaca, de Agustinas, de Alcoman, de Yuziria y la de Yecapixtla, fundada por el propio Hernán Cortés.

Hemos dicho que todas las artes industriales se desarrollaron en Méjico. Llamábase allí, a semejanza de las denominaciones españolas, entallador al artífice que trabajaba bajorrelieves, imaginario al que hacía estatuas, escultor al que labraba ornamentaciones arquitecturales, imaginero al que pintaba y bordaba imágenes con aguja y broslador al que bordaba flores y adornos. Todos estos artistas produjeron sus obras siguiendo en general la orientación de las corrientes que llegaban de la Península. Y el plateresco, que reemplazó en España al estilo Isabel, se impuso en las ciudades mejicanas en forma inmediata y rápida, al punto de que llegó a un completo florecimiento en el transcurso del siglo XVI. Sabido es, que dicho estilo se denominó romano en sus comienzos, por creérsele ajustado a los principios vitruvianos, hasta que en el siglo XVIII Ponz lo bautizó con su nombre actual, en virtud de la semejanza que existía entre las obras correspondientes y la de los plateros Arfe y Becerril.

Las características del plateresco mejicano se señalan por la fastuosidad de las concepciones, por la decoración mórbida de las fachadas y detalles, y por la combinación siempre fantástica de bichas, conchas, cestos de flores, cornucopias, balaustradas, candelabros y grupos de niños y escultóricos. Existieron también reminiscencias góticas y románicas, pero atenuadas en todos los casos por la adaptación a la masa general de las construcciones.

Influída por la arquitectura borrominesca italiana, desarrollóse en España una escuela típicamente destacada impuesta por Herrera el Mozo, artista que reaccionó contra la severidad excesiva del estilo herreriano de su hermano Juan, autor de "El Escorial", monumento que es gloria purísima de la gran arquitectura española. Esa nueva tendencia se tradujo en el barroco, estilo exageradamente decorativo, que floreció en el siglo XVII y en los albores del XVIII en toda la Península española y que llegó muy luego a las ciudades mejicanas. La lista de las obras barrocas que se conservan en estas últimas, resultaría poco menos que interminable, pues cabe afirmar que ellas han superado quizá a las mismas realizadas en España.

El estilo Churriguera proviene también de la Península, gracias al influjo artístico del arquitecto José Churriguera y de sus dos hijos, Jerónimo y Nicolás. Caracterízase por una extraordinaria inventiva, por una abundancia de recursos poco menos que inagotable y por un don especial de los artistas para ajustar la ornamentación a las líneas y formas más raras y complicadas. Fué objeto en su tiempo de muchas discusiones, alabanzas y censuras. Pero se impuso y no tardó en atravesar el mar, construyéndose en América obras suntuosas, llenas de sutiles detalles ornamentales, de exuberantes adornos y de mil elementos fantásticos y característicos. Existe en todo Méjico un verdadero museo de obras barrocas visibles en mil formas diferentes, desde los conjuntos eclesiásticos, hasta las fachadas civiles, altares, monumentos cívicos, obeliscos, perillones y muebles y objetos suntuarios.

Pertenecen a la misma época las llamadas obras Talaverescas, singularizadas por la combinación de azulejos llamado de "Talavera de Puebla" en la disposición de exteriores e interiores. De esta índole es el magnífico templo de San Francisco Acatepec, verdadera joya de la arquitectura americana. Las proporciones grandiosas de tal monumento, la riqueza con que fué construido, sus piedras labradas formando maravilloso encaje con los citados azulejos y la perfección de

la ejecución de todas sus partes, producen en el visitante una impresión de grandeza difícilmente superable. Y la acción de los siglos no ha amenguado el efecto artístico del conjunto, por lo cual el templo mencionado tiene títulos de sobra para figurar en la historia de Méjico, como exteriorización de la fisonomía y el carácter inmortal de toda una época y de todo un pueblo de extraordinaria cultura estética.

El exceso de la ornamentación, acusado en las producciones de fines del siglo XVIII, dió margen a una reacción simplista y esto explica la introducción de formas neoclásicas, semejantes a las del estilo greco-romano-herreriano que se difundió en España. Dos hombres oriundos de Méjico, de extraordinaria fecundidad y de talento, dieron esplendor a este estilo: Manuel Tolsa y Francisco Eduardo Trasgueras, ambos autores de trabajos remarcables, entre los que figuran en primer término la estatua de Carlos IV, fundida en una sola pieza y de las más grandes del mundo, y el Palacio de Minería, que se ejecutó para aposentar a Fernando VII, cuando dicho monarca resolvió coronarse rey de Méjico, desechando para siempre la corona de Castilla.

El desconocimiento de los antecedentes indicados explicaría quizá el repudio del arte colonial, atribuyéndolo a una degeneración de los estilos peninsulares, en especial del barroco y del manuelín. La historia lleva a esa conclusión pero el arte no la justifica, pues aun cuando los artífices, indígenas, hispanos y hasta árabes, que intervinieron en la construcción y en la ornamentación de los grandes edificios del pasado colonial carecieron indudablemente de capacidad y de maestría en los menesteres de sus oficios, ellos no obsta a que tradujesen la inspiración de los arquitectos, revelada en proyectos armónicos, grandiosos, perdurables, exuberantes, noblemente ejecutados e incorporados irrenunciablemente a los orígenes de la arquitectura americana y a la historia misma del arte universal.

BEETHOVEN COMO COMPOSITOR DE OPERAS

El "Fidelio", la única obra dramática de importancia que Beethoven jamás escribió, es una creación tan magistral que la fantasía no alcanza a imaginarse algo más delicioso o más perfecto. "Fidelio" pertenece hoy al repertorio fijo de toda casa de óperas; pero las primeras representaciones hallaron una acogida tan indiferente que la insigne obra no consiguió mantenerse por mucho tiempo en el cartel. En vista de este fracaso se resolvió el maestro a reformar la ópera, y si comparamos hoy el "Fidelio" en su forma nueva y generalmente conocida con su redacción primera nos parece una casualidad dichosa aquel mal éxito, pues a él debemos la forma actual de la obra, su profundización ideal y su dramática tensión.

La primera obra que Beethoven escribió para la escena fué la música para el ballete "Las creaciones de Prometeo", que en el año 1801 se estrenó en Viena, granjeando al compositor los fervorosos aplausos del público. Beethoven, cuya fama ya estaba sólidamente establecida por sus obras instrumentales, trabó así relaciones con el teatro, y poco tiempo después se le confirió el encargo de escribir una ópera. Su comitente fué Schikaneder, el acerbamente criticado libretista de "La flauta mágica", quien al principio del siglo pasado dirigía un teatro en Viena. Sobre el texto propuesto por Schikaneder sólo se pueden aventurar vagas suposiciones, que además resultarían muy superfluas, porque en encargo fué revocado bien pronto. La causa fué la dimisión de Schikaneder, cuyo teatro, fusionado ahora con el teatro de la Corte, fué puesto bajo la dirección del intendente barón von Braun. Con ello estaba rescindido el contrato de Beethoven. Pero, el barón von Braun lo renovó proponiendo al maestro el texto para el "Fidelio". El contenido y el carácter general de libreto hallaron la aprobación de Beethoven, quien encontró aquí la pasión heroica y la grandeza del sentimiento que él necesitaba para entusiasmarse por una composición musical.

El texto de la obra se origina de la literatura francesa. El director escénico del "Theater an der Wien", José Sonnleithner, lo había traducido al alemán a base de un libreto titulado "Eleonora o el amor conyugal", al que ya en el año 1798 Pierre Gaveaux había puesto música. La traducción de Sonnleithner se atuvo estrictamente al original francés a pesar de sus incongruencias y defectos dramáticos. La ópera estaba dividida en tres actos, y el momento culminante del drama—la lucha de Leonore con Pizarro para salvar a Florestán—estaba relegado al acto final, lo que naturalmente puso a prueba la paciencia y atención del auditorio.

La marcha de la acción, descripta a grandes rasgos, es la siguiente: Florestán, el esposo de Leonora, ha caído en manos de su enemigo Pizarro, quien le tiene recluso en una cárcel subterránea. Leonora adivina la suerte de su esposo y está decidida a libertarle. Travestida de hombre y bajo el nombre de Fidelio ella viene a ser la ayudante del carcelero de Pizarro, Rocco, cuya hija, Marcelina, queda prendada de la hermosura del supuesto varón. De repente llega la noticia de que el ministro, un amigo de Florestán, está inspeccionando las cárceles del Estado. Pizarro, al enterarse de ello, se propone asesinar a Florestán y darle entierro en la cárcel misma. El acto final se desarrolla en la celda de Florestán. Rocco y Fidelio con la intención de matar a Florestán cavando la fosa. Pizarro entra tán, y sólo ahora se percata Leonora de que se la había destinado a ser la sepulturera de su marido. Con el grito "Primero mata a su mujer" se abalanza ella sobre Pizarro amenazándole con una pistola. En este momento suena la señal que anuncia la llegada del ministro. Pizarro huye y los esposos están salvados.

En los años 1804/05 se ocupaba Beethoven casi exclusivamente en la composición del "Fidelio". El maestro trabajaba con el mayor entusiasmo y dedicaba mucho esmero también a aquellos pasajes que le parecían de menor interés, como, por ejemplo, el amor de Marcelina. El 20 de noviembre de 1805, en Viena, se llevó la ópera a la escena, preludiada por la segunda obertura en do mayor, porque la primera la había desechado Beethoven por estar mal avenida con el texto de la ópera. La primera representación se realizó bajo muy mala estrella. Pocos días antes habían ocupado la capital las tropas francesas. Los amigos y favorecedores de Beethoven habían salido ya de la ciudad, y la consecuencia fué que una de las más sublimes creaciones del ingenio alemán pasó por las tablas ante un auditorio de oficiales franceses que se distinguieron por su absoluta incomprensión de esta joya musical. Verdad es que la afluencia del público era muy escasa, lo cual tal vez se puede explicar con la confusión de los ánimos originada por los acontecimientos políticos y bélicos de aquellos tiempos. Pero, también la prensa opuso su repulsa a la nueva ópera, de modo que después de las tres primeras representaciones Beethoven se vió obligado a retirar su obra. Si hoy leemos los primeros dictámenes sobre el "Fidelio" quedamos pasmados del beocio juicio de aquellos criticastros, aun cuando admitimos los grandes defectos de esta su primitiva forma. Esos sabios tacharon la obra de "indramática", y lo que más provocó su disgusto fué la obertura, con la cual Beethoven había echado margaritas a puercos, porque sus críticos habían interpretado el solo de trompeta, que más tarde anuncia en la ópera la llegada del ministro, como la señal de una ¡¡corneta de postillón!!

Bajo la impresión de este fracaso se resolvió Beethoven a abreviar la ópera reduciéndola a dos actos; pero tampoco en esta forma contraída consiguió el "Fidelio" captarse el favor del público y desapareció por largo tiempo del programa. Cuando en 1814, después de sus grandes triunfos sinfónicos, Beethoven pasó revista a su ópera, comprendió el maestro que también la segunda redacción tenía sus insuficiencias y se puso a refundirla por completo. Treitschke, secretario de teatro, le ayudó en ello eficazmente adaptando el texto con suma habilidad a las adelantadas exigencias escénicas y amenizándolo con nuevos números de canto. Beethoven puso nueva música a los dos finales y alteró también otros pasajes radicalmente. En esta última y definitiva forma alcanzó el "Fidelio" el 23 de mayo de 1814 un triunfo resonante. Pronto se representó esta ópera gloriosa en todas las ciudades alemanas y poco después también en Londres y París.

Es opinión generalmente adoptada que el primer fracaso del "Fidelio" ha quitado a Beethoven la gana de seguir en la composición de óperas. Esta suposición no es más que una leyenda. Si Beethoven ya no volvió a escribir óperas hay que atribuirlo únicamente a la falta de libretos convenientes, que el maestro buscaba con empeño, pero sin poder encontrarlos. El poeta Collin, para cuya tragedia "Coroliano" Beethoven había escrito la conocida obertura, le hiza la propuesta de escribir para él un libreto a base del drama shakespeariano "Macbeth". Pero, este proyecto no se realizó como tampoco aquel otro de escribir una música para el "Fausto" de Goethe. También con Teodoro Koerner estaba Beethoven en correspondencia para obtener de su pluma una odisea dramatizada, y hasta a Kotzebue se dirigió al gran músico con la súplica de suministrarle el texto para una ópera. Con la mayor atención estudió Beethoven los asuntos que Grillparzer le propuso; pero la "Melusina" que el poeta austriaco escribió con este objeto no fué del agrado de Beethoven y la idea de convertir en ópera esta poesía fué abandonada como tantos otros proyectos de igual índole.

Entre las pequeñas obras escénicas que Beethoven escribió, la más notable es la música para el "Egmont" de Goethe, que en su final melodramático mucho se acerca al estilo de una ópera verdadera. Está a la vista que el maestro nunca se hubiera esforzado tanto por encontrar un texto apropiado si no hubiera sentido la vocación y aptitud para distinguirse también en el terreno de la ópera. Pero, Beethoven no transigió nunca ni hizo jamás la menor concesión. Él necesitaba y exigía un drama que conmoviese y arrebatase al público. Le era enteramente imposible poner música a un texto de cualidades literarias inferiores, y el romanticismo algo cursi de los textos que se le ofrecieron le era sumamente repugnante. Al fin comprendió él mismo que no le cabría la suerte de poder añadir a su "Fidelio" una segunda obra maestra.

El cultivo de las setas

Francia es la nación que bajo este punto de vista debe figurar en primer lugar. Allí, el cultivo de las setas se hace en el interior de profundas cuevas, generalmente canteras abandonadas, a las que hay que bajar con escalas de cuerda. Los hombres que trabajan en estas cuevas rara vez ven la luz del sol.

El cultivar las setas de este modo tiene su razón de ser. A las setas les conviene los sitios frescos, húmedos y obscuros, o por lo menos aquellos a donde no llegan los rayos solares. Expuestas a la luz, su sombrerillo toma un color pardo rojizo, poco agradable a la vista, mientras que si se crían en la obscuridad son enteramente blancas, y además muy carnosas y muy nutritivas. En el interior de las cuevas que sirven de criaderos hay una temperatura de 8 a 10 grados, que es la que mejor prueba a las setas, y además se procura que las corrientes de aire sigan siempre una misma dirección.

La muerte de Sultán

Por Miguel GALLUZZO

Para FRAY MOCHO.

—Nicasio.
—Patrón.

Hacía un calor sofocante. El sol bañaba perpendicularmente los campos achicharrando los pastos. Los animales buscaban la sombra de los grandes árboles para disfrutar de su relativa frescura. Una calma absoluta pesaba en el ambiente. De vez en cuando el relincho de un caballo interrumpía aquel bochornoso silencio o el ladrido de un perro anunciaba la proximidad de algún forastero. Los peones de la estancia dormían en el suelo sobre sus ponchos marrones, con la cara al cielo, descansando sus cabezas de cabelleras hirsutas sobre las manos entrelazadas bajo la nuca.

—Nicasio, ¿mataste a Sultán?

Nicasio vaciló en la respuesta. No; él no lo había matado. No pudo matarlo.

Sultán era un perrazo viejo que estorbaba al patrón. Era un pobre perro manso que había cometido el único delito de llegar a viejo como los hombres. Nosotros no concebimos que los perros envejezcan lo mismo que los demás animales. Los matamos. Pero rara vez lo hacemos respondiendo a un sentimiento de conmiseración ante el sufrimiento de los años postreros. No. Los matamos porque nos molestan, porque creemos que no tienen derecho a extinguirse naturalmente como nosotros. Sultán era como todos los perros: fiel al amo. Sumiso.

Tuvo, se sobreentiende, su lozana juventud. Mas ahora era viejo. Un perro decrépito e inservible. La melancolía se había apoderado de él; la melancolía de los ancianos que añoran el tiempo pretérito; melancolía que en los perros es más dulce, por ser menos reflexiva que en los hombres.

Don Isidro, el patrón, era un hombre de edad madura, enriquecido con especulaciones de ganado y cereales. Había sido un peón vulgar como cualquiera. Hombre tesonero, de un carácter emprendedor y con una ambición dominante de hacerse rico, trabajó sin descanso, honradamente o deponiendo sus escrúpulos en manipulaciones especulativas que le aportaban grandes ganancias en desmedro de su dignidad. Y cuando consiguió lo que anhelaba, dueño y señor de grandes extensiones de tierras y poseedor de una de las más importantes estancias del país, don Isidro se consideró un hombre feliz y sin mácula, aunque un minucioso examen de conciencia hubiera acusado en su haber moral la ausencia absoluta de las virtudes que fueran patrimonio de sus años juveniles.

Nicasio era un indiecito guacho con un alma grande como todos los humildes. Quería entrañablemente a Sultán, quizás por la analogía de la situación de ambos. Porque Nicasio era un muchacho con alma de perro: lo maltrataban todos y a todos debía obedecer. ¡Pobre indiecito! El azote siempre ha impuesto la sumisión a los pobres de espíritu y a los de escasas energías físicas.

Un día don Isidro le dijo:

—Che, trompeta: andá al río, atale una piedra al cogote de Sultán y echalo al agua. Volvé pronto. No te tardés.

El indiecito nada dijo, acostumbrado a obedecer de inmediato lo que le ordenaban. Sintió en su pecho infantil una gran angustia: ¡debía matar a Sultán! ¡su único amigo!

Una opresión dolorosa le viboreó en el pecho; una opresión más angustiosa que la que experimentaba cuando en las noches de invierno, lloraba sin consuelo, descansando su cuerpo molido por los golpes y el trabajo, sobre el piso enladrillado de la cocina.

Temiendo que su desobediencia le acarreara un castigo mayor, fué donde estaba Sultán, y tomándolo por las orejas lo llevó junto al río.

—

Buscó una piedra pesada y extrayendo de su ya deshilachada camisa a cuadros una tira, se dispuso a cumplir con el deseo del amo. Mas de pronto se detuvo. Sultán lo miraba con sus pupilas llorosas y tristes que parecían decir:

—¿Por qué me matan? ¿Por qué son tan crueles y no me dejan morir sin los estertores de una brutal agonía? ¡Soy viejo, lo sé! Pero hubo un tiempo que la juventud puso ladridos alegres en mi boca y movimientos bruscos en mi cola. En ese tiempo cuidé de la estancia y los rebaños, ¿por qué me matan entonces?

Nicasio lo comprendió; la infinita piedad de los que sufren, revelóse en el muchacho, y perdonó la vida al perro; acarició la cabeza angulosa del animal. Sultán movió la cola y lamió la mano del indiecito. El muchacho sentíase libre ya de aquella angustiosa opresión y experimentó en cambio una gran alegría, esa sana alegría que se apodera del espíritu cuando se realiza una buena acción.

Lanzó la piedra al agua y tomando al can por la piel del cogote, se encaminó con él para las casas. Después lo ocultó en la cocina, bajo el fogón para no incurrir en la cólera del patrón.

. . . .

—¿Mataste a Sultán?

Ahora el patrón lo interpelaba. Nicasio no sabía qué decir. Temía decir la verdad, porque sabía que la verdad desataría la rabia de don Isidro.

—Te pregunto si mataste al perro. Contestá, negro trompeta!

El indiecito iba a responder que sí, que lo había matado, cuando Sultán salió de la cocina con el pelo sucio y escaso. Fué hacia don Isidro e intentó lamerle la mano. El patrón se irritó. Tenía en la mano un rebenque con mango de plata macizo. Tomólo por la lonja y descargó un talerazo sobre la cabeza del pobre perro.

Sultán cayó ensangrentado. Se revolcó sobre los ladrillos requebrajados del patio, ladró lúgubremente y luego quedó rígido, inmóvil, con sus pupilas fijas en el espacio.

—Vos merecés unos buenos azotes. Cuando yo mando algo, me tenés que obedecer.

Pero no se atrevió a castigar al indiecito.

Nicasio había quedado inmóvil con un trágico destello de rabia en sus ojos renegridos.

Desde el camino

Para mi sobrinito Julio.

**Retoñito nuevo que alargas tus ramas
hacia el gran espacio: se diría que amas
ya elevarte urdiendo alguna quimera,
mientras en tu almita blanda como cera,
con surcos profundos se graba la vida
que la Primavera tornará florida.
¡Cuán bella tu dicha! No sabes del lodo
que hay en el sendero. Yo casi sé todo
y quisiera vieras algo de mi haber
ya que sólo intentos tengo del saber,
mas temo el herirte por cruel tristeza
de experiencia amarga de mucha maleza
hallada rozando corazones secos
donde se extinguieron mis mejores ecos.
Alegre en tus juegos corres sin descanso
cual un arroyito que no hace remanso,
ni pasó recodos con peñascos duros
que amansan los bríos irguiéndose obscuros
en medio del canto del cristal corriente.
Como un arroyito y haciéndole frente,
hallarás tropiezos cortando tu paso;
mas, con temple firme sin miedo al acaso
seguirás al molde mejor del camino,
resuelto y seguro en marcha al destino.
Si siembra la senda aunque sea estrecha
con buena semilla, tendrás la cosecha
gloriosa y fecunda al ver que la vida
se torna campiña toda florecida.
Tal vez recogiendo al final de año,
halles entre frutos algún desengaño;
mas deja la pena, fía en tu valor
que hay cuatro renuevos.
Sé como la flor
que aunque pequeñita tiene buen cultivo
y no envidia al pino que se yergue altivo,
lacio, sin esencia y en su esbeltez fuerte
como al pobre yuyo le espera la suerte.
Ríe tu alegría, ama tu pasión;
sé pródigo a impulsos de tu corazón,
y después — no olvides — forja cosas bellas
que si el mundo es barro, arriba hay estrellas.**

Isaac CARVAJAL.

El "spleen" en los animales

Todos los jardines zoológicos del mundo experimentan con frecuencia sensibles pérdidas, sin otra causa que la depresión de ánimo a que son propensos muchos irracionales.

Los monos, especialmente si han pasado algún tiempo en una casa donde se les tratase con cariño, suelen morir de melancolía más fácilmente que otros animales en cuanto están unos días en una colección zoológica. Comen perfectamente, y cuando se les hace la autopsia el cuerpo y todos sus órganos aparecen en excelente estado, no quedando otra explicación de la muerte que la ya citada.

Los loros y las cotorras que podrían ser considerados como los monos entre las aves, están igualmente sujetos a frecuentes ataques de melancolía, que suelen cortarles la vida.

En cambio los lobos parecen estar exentos de "spleen", lo mismo acontece con los elefantes, hipopótamos y rinocerontes, que por lo visto tienen el corazón tan resistente como la piel. Los rumiantes, que son los animales que hacen vida más contemplativa, son también poco propensos a la melancolía. Los gatos, por el contrario, mueren fácilmente a causa de ella, observándose el mismo hecho hasta en los gatos monteses.

Como se ve, únicamente están expuestos a tan misterioso sufrimiento algunos de los animales más superiores. Las serpientes también se ponen tristes algunas veces, y dejan de comer, pero es difícil creer que esto se deba a la melancolía. Por otra parte, a medida que se desciende en la escala de la creación, es más difícil penetrar en la mente de los animales, y resulta imposible discernir los fenómenos que en ella se verifican.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"LA RONDA DEL HIJO", de José Pedro Bellán, en el MARCONI

La compañía Brena-Gutiérrez nos ha hecho conocer esta nueva producción del autor de "Dios te salve".

La nueva obra del señor Bellán es un exaltado canto a la maternidad y podría desprenderse de la acción desarrollada en la misma, la tesis de que el amor sexual sólo existe en razón de la descendencia. Se trata de un matrimonio en el que la pérdida de un hijo determina el distanciamiento espiritual de los cónyuges, los que vuelven a su antiguo amor ante la perspectiva de la llegada de un nuevo vástago.

El autor nos ha presentado dos personajes de psicología completamente rudimentaria y un conflicto simplicísimo en el que sólo intervienen instintos y pasiones primordiales. Por lo demás, consideramos falso el conflicto, porque lógicamente es de suponer que la muerte del hijo de un gran amor, la muerte natural, como todo dolor, aproxima y ata en vez de separar a los que son parte en el mismo.

No pretendemos discutir la nobleza que existe en el instinto de conservación de la especie, pero no nos dan la impresión de tipos o ejemplares superiores de humanidad los que consideran limitado su destino exclusivamente al advenimiento de un nuevo ser, como si fuera de ello no tuviese la vida otros deberes, otras complacencias y otros ideales.

Cuando estas tesis se presentan en nombre de una nueva escuela (la rusa en este caso), y no tienen más razón de ser ni otra tendencia ni belleza que la propia simplicidad de la teoría, nos parece que no se ha logrado un propósito plausible. Los instintos genuinos no es necesario exaltarlos porque están en la médula humana con la fuerza de una fatalidad. El artista, si se dedica en sus obras a la prédica, debe cantar los sentimientos nobles que no son comunes ni frecuentes, para lograr el mejoramiento espiritual del hombre con ejemplos que inclinen hacia un ideal mejor.

La obra que nos ocupa está correctamente escrita.

Los intérpretes se esforzaron por salir airosos de la prueba.

"EL HIJO DE BAROLO", de Goicoechea y Cordone, en el SARMIENTO

Cuando un autor (dos autores en este caso), se proponen con una obra nada más que hacer reír al respetable público, hay que dejar de lado toda consideración relativa a otros aspectos de su trabajo y limitarse a comprobar si el público se ríe, dentro, claro está, de los recursos que dependen del autor y no de la colaboración de los cómicos. En este sentido, la pieza de los señores Goicoechea y Cordone llena cumplidamente su objeto.

Los autores citados vienen cultivando desde hace unos años el género teatral llamado astracanada, del que puede considerarse Pontífice Máximo al autor español Pedro Muñoz Seca y, a decir verdad, a nosotros nos hacen gracia estas producciones hilarantes, en las que es necesario poner ingenio y habilidad para salir con vida de la prueba.

No es nada fácil suscitar la carcajada del público—de nuestro público especialmente—con agudezas de ingenio y retorcimientos de frase. Mucho más sencillo es entregar a un buen cómico un papel de italiano o ruso para que lo explote con recursos propios, que generalmente son grotescos. Entre esta clase de gracia y la ironía, existe como término medio, la astracanada.

La pieza que nos ocupa, como las anteriores de los autores nombrados, han sido recibidas por el público con complacencia y han logrado la carcajada y el aplauso. Ello importa el notable éxito de hacer reír por otros medios y es, así, una evolución y un progreso.

La compañía Ratti se desempeñó muy eficazmente, destacándose ambos Ratti y Chela Cordero.

ARTE DE AMÉRICA

Los espectáculos de este interesante conjunto que está actuando con gran éxito en el Politeama, siguen atrayendo numeroso público. Sus representaciones serán interrumpidas durante tres días, en los que ocupará esa sala la compañía Sartorio, para dar el drama sacro "La Pasión" y después reanudará sus actividades el elenco de la señora Ana S. de Cabrera, con un programa totalmente renovado.

"EL COMMENDATORE LAGOMARSINO", de J. Rillo y Martinelli Massa, en el BUENOS AIRES

Hay piezas a las que le sobra uno, dos y hasta tres actos ó que, cuando menos, se les puede suprimir sin que el curso natural de las mismas sufra nada en su desarrollo. Al contrario, suelen ganar con la supresión, la pieza y el público. En cambio, hay otras que necesitan uno o más actos, al principio, en medio o al final, para explicar situaciones, aportar antecedentes o presentar un desenlace.

A la pieza que nos ocupa le falta un tercer cuadro final, que nos explique por qué los autores se han tomado la molestia de escribir los dos cuadros anteriores. Es de suponer que se habrán propuesto algo, pero cuando cae el telón y se prenden las luces, la gente no se mueve de sus asientos esperando que sobrevenga algo, cualquier cosa, que sirva de remate a la situación. Viene a ser algo así como un bien preparado menú que terminara en un asado con ensalada.

No es posible juzgar imparcialmente los dos cuadros de que consta la pieza, sin tener a la vista el tercero y nosotros, que somos personas de juicio sereno, no queremos aventurar una opinión prematura. Preferimos que los autores escriban su tercer cuadro y entonces emitiremos opinión.

De la interpretación, nada malo puede decirse y en cambio cabe elogiar ampliamente la labor de Muiño.

LA PAGANO

Sigue en el cartel del Liceo la obra de José León Pagano, titulada "Lasalle", con la que se presentó al público la compañía de la Pagano. En el número anterior comentamos ampliamente esta pieza, cuyo éxito se viene confirmando en sucesivas representaciones.

UNA REPRISE EN EL ARGENTINO

El repertorio de Enrique De Rosas es internacional. Para este eximio actor, lleno de inquietudes artísticas y deseos de proporcionar a su temperamento campo propicio de acción en la vasta amplitud de sus extraordinarias facultades, el repertorio nacional le resulta estrecho y continuamente anda espigando por todas partes en procura de material para su labor, recibida siempre por el público con evidentes y calurosas demostraciones de simpatía.

La reprise de "La máscara y el rostro", de Luis Chiarelli, versión castellana de Julio F. Escobar, que hace años fué representada con gran éxito por otra compañía nacional.

Esta producción de Chiarelli es una de las más interesantes del teatro italiano moderno.

EN LOS DOMINIOS DEL CAIRO

Si no han fallado los cálculos de la empresa, al salir a la luz pública este número, habrá sido renovado el cartel del Maipo con el estreno de la revista "Viva la mujer", firmada por Cayol, Cairo y el maestro De Bassi. En ella actuarán las ocho Mack Sennet "girls" y la pareja de baile Gudrun-Galloway, que cosecharon en el Empire buenos aplausos.

En esta última sala reanudará su actuación la cancionista japonesa Tsune-Ko, interesante número que ya habíase presentado en el mes de enero y que suspendió sus espectáculos para cumplir compromisos con otras empresas de teatros del Pacífico.

ESTRENO

En el próximo número nos ocuparemos de la pieza "Pobre mi padre querido", de Nicolás de las Llanderas, estrenada en el teatro Apolo últimamente. Desde luego, si la mencionada pieza resulta viable, lo que trataremos de diagnosticar en estos días.

SAN MARTÍN

No acusa novedad el cartel de esta sala. Las revistas del debut "Adelante con los faroles" y "Plus Ultra", continúan atrayendo mucho público. Las innovaciones efectuadas por los autores, podando unos cuadros y modificando otros, dieron excelente resultado, pudiendo afirmarse que ambas producciones gustan cada vez más y están destinadas a perpetuarse en las carteleras.

CON ÉXITO SE REABRIÓ EL IDEAL

Otra sala dedicada a la revista y que nada sería de extrañar, representara un rival temible para otras que explotan igual género. Desde luego, podemos asegurar que las refacciones hechas a este teatro, lo colocan en buenas condiciones y que se han realizado por la empresa esfuerzos de consideración para que nada falle.

Sin tiempo para comentar los estrenos de "Zas Tras" y "Ni más ni menos", anotemos la buena impresión con que los dos fueron recibidos, reflejada en el sostenido aplauso del público.

"LEVANTATE Y ANDA"

Si no fuera que el diálogo, por lo descarnado y audaz en muchos momentos, obliga a llamar la atención del público, temiendo nuevos arrestos según se suscitan los cuadros, la humorada que acaba de estrenar la compañía de la Comedia, libro de Torres y Varela, música del maestro Lecuona, es una de las más interesantes que hemos visto en ese escenario. Los cuadros para regalo de las retinas abundan, no faltando aquellos que son originales. El mejor, desde este punto de vista, es el final, en que las mujeres de la compañía visten imitando a la Maja desnuda, en un bello efecto de conjunto. La música, ágil y picaresca, es siempre agradable.

Las tiples Antúnez, Agueda, Abaroa y Ramos, y los actores Quintanilla y Amodeo, destacaron en esta humorada.

NOVEDADES DEL MAYO

"El molino de la viuda", zarzuela de De la Puente, con música de Alonso, estrenóse como segunda novedad de la excelente temporada que efectúa en el Mayo la compañía de Ligero. La pieza gustó mucho y a ella aludiremos en otro número, por falta de espacio en éste.

BLANCA PODESTA

Con "La mujer de bronce", pieza en tres actos de Luis Rodríguez Acasuso, inauguró su temporada del Smart la compañía dramática que tiene por figura más destacada a la popular actriz argentina señora Blanca Podestá. Nuestro comentario, en la próxima edición.

CASAUX

Los héroes del dibujante Mac Manus, "Trifón y Sisebuta", llevados a la escena por Velloso, ha determinado mucha curiosidad en el público, sobre todo entre las mujeres, que pueblan en gran número la sala del Nuevo.

NOVEDADES EN EL NACIONAL

La compañía Carcavallo exhumará pronto la pieza en tres actos de Roberto J. Payró, titulada "Marco Severi", que fué estrenada hace como veinte años. Ahora se nos dará reducida a tres cuadros por el propio autor y que seguramente renovará el éxito que tuvo en la época de su estreno.

Otra novedad que nos ofrecerá el mismo conjunto, será el estreno de una pieza de costumbres provincianas de Sánchez Gardel, titulada "El dueño del pueblo".

SEMANA DE PASIÓN

El conjunto que dirige Pibernat, conmemora en el Avenida la tragedia del Calvario, representando como todos los años en esta época, el drama "La Pasión". Este espectáculo que siempre tiene fieles concurrentes, es presentado por esta compañía con gran aparato y mucha propiedad, dando una severa y emocionante impresión de la pasión y muerte de Jesús.

OTRA REVISTA EN EL BUENOS AIRES

"Pero hay una melena", revista de Pascual Contursi y Ricardo Cappemberg, ha sido ofrecida por la compañía de Muino-Alippi en estos últimos días. Nosotros, por nuestra parte, esperamos ofrecer un comentario amable en nuestra próxima edición.

CASINO

Muy interesante el cartel de esta sala, en la que actúan artistas de variedades que atraen la atención del público aficionado a esta suerte de espectáculos. Para fecha próxima, la empresa anuncia nuevos debutos de artistas.

GRAND SPLENDID

El domingo próximo se inaugura la temporada oficial en esta hermosa sala, punto de cita de las familias distinguidas de nuestra sociedad. Hay gran expectativa, que seguramente no será defraudada. En la temporada, este cine ofrecerá las mejores películas de las marcas más acreditadas.

LAS REVISTAS DEL PORTEÑO

No hay que hacerle. La gente quiere revistas, novedades, alegría y señoras y modas. Nada de preocupaciones ni de tragedias. Por eso el Porteño está siempre lleno de público y no necesita más de lo que tiene. Las dos revistas con las que debutó la compañía se mantienen y se mantendrán mucho tiempo, sin más que algunas pequeñas modificaciones. Para quién sabe cuándo se prepara el estreno de "Chevalier Revue", para la que está preparando una parte del vestuario y decorado, el artista francés Fabianno, que se encuentra entre nosotros.

CORREO TEATRAL

J. R. C.—Por falta de espacio no le hemos contestado antes, pero en realidad tampoco teníamos mucho interés en desengañarlo tan pronto. La respuesta no puede ser más breve: NO.

DE LA ESCENA MVDA

Lionel Barrymore y Alma Rubens, protagonistas de la superproducción Metro-Goldwyn "Los enemigos de las mujeres", argumento de Blasco Ibáñez, que la Corporación dará a conocer en la segunda quincena de este mes.

Arthur Dewey, en el papel de Wáshington de la película "América", superproducción Griffith para Artistas Unidos, que esta compañía estrenará el 14 del corriente.

Tomás Meighan y Lila Lee, en la cinta Paramount "De vuelta en casa y pato", que Max Glücksmann estrenará el sábado próximo.

Escena de la lujosa película "Nacidos en la riqueza", interpretación de Claire Windsor, Bert Lytell, J. Barney Sherry, Doris Kenyon y Cullen Landis, que Max Glücksmann dará a conocer el próximo domingo.

Eva Novak y Hobarth Bosworth, en la película del programa Ajuria "Al que la vida olvidó", que la Sociedad General estrenará el viernes de esta semana.

Escena de "Tacaña de amor", producción Goldwyn, de la cual es protagonista Anita Stewart, secundada por Robert Frasser, que la New York Film distribúye desde el sábado último.

Edmund Lowe y su "leading lady" en la película Fox "Huyendo del miedo", que esta alquiladora estrenará pasado mañana.

Marplatenses

Señor Guillermo Roge y su esposa.

Señoritas Amalia Spurr, Clara Aybar Augier, Armida de la Vega y María Inés Aybar Augier.

Señoras de Rogé y de Martini en el Golf Club.

Señor Cipriano Laborde.

Dos mamás orgullosas de sus simpáticas "mojarritas"

Señorita Carolina María Amelia Herrera y doctor José María Costoya.

Señor Esteban Moreno, campeón de natación en... Villa Urquiza.

Dos instantáneas tomadas en el paseo Pueyrredón, en la que aparecen los señores Juan Insua, Esteban Moreno, Samuel Kuntz y Carlos Buzzetti.

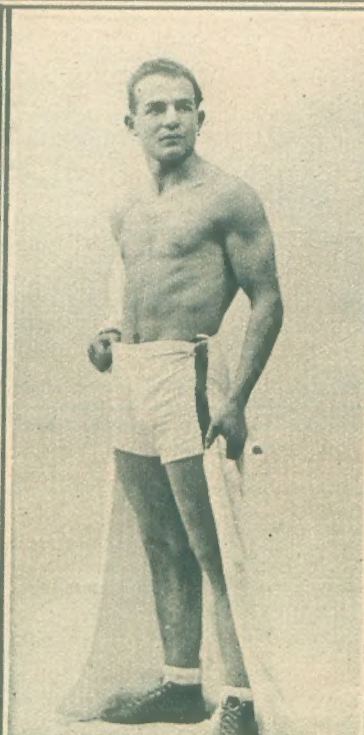
Señoras de Durini, Adamoli y Agustoni, y señorita Inés Mengani.

Señorita María Luisa Adamoli.

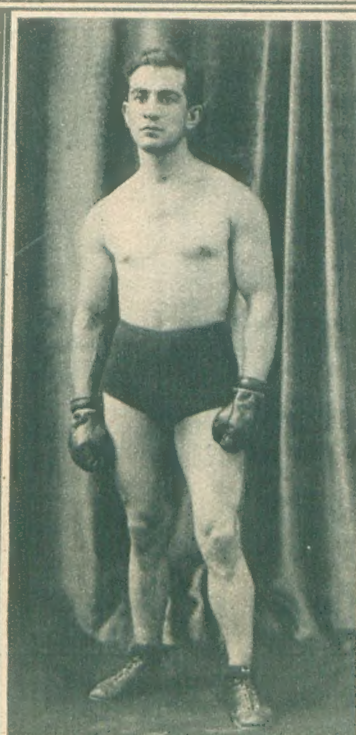
Señora de Agustoni y señorita Haydée Durini.
Fots. Bonnin.

E L   B O X E O   E N   M E N D O Z A

El fuerte alemán Nussgen, vencedor de Mazzoni, Romero y Segura, con quienes sostuvo un reñida lucha. Le falta medirse únicamente con Salomón, otro boxeador mendocino, encuentro que ha despertado general expectativa.



Alejandro Mazzoni, el púgil mendocino de líneas esculturales, que sostuvo una fuerte pelea con Nussgen, en la cual llegó al séptimo round, debiendo abandonar la lucha a causa de una herida de consideración que su adversario le causó en la oreja izquierda.

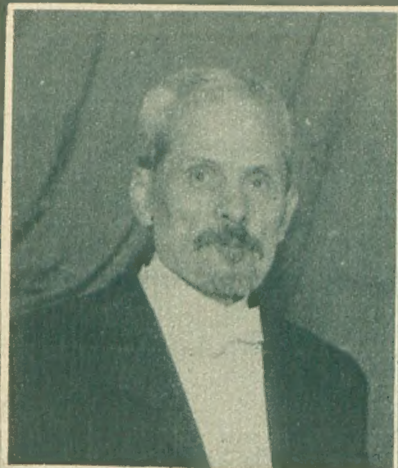


El boxeador Souto, cuyo encuentro con Aldao fué declarado ''draw''. — Esta pelea se hizo en clinch, durante los doce rounds que duró la misma.

Aldao, un buen peso mediano, que realizó una pelea con el profesional Souto, pocas veces vista en Mendoza. El encuentro fué a doce rounds de 3 minutos con 1 minuto de descanso.

Fots. Capra.

N E C R O L O G I A



Dr. Luis F. Aráoz, prestigioso ciudadano que desempeñó importantes cargos públicos, cuyo fallecimiento ha sido muy lamentado.

Señora María Luisa Podestá de Roccattagliata.

Señora Virginia Tiola de Farmache.

Señor Enrique A. Marchetti.

DEL INTERIOR

RÍO CUARTO. — El ministro de Agricultura de la Nación, doctor Tomás A. Le Bretón, pronunciando un discurso en el acto inaugural de la Exposición Agrícola e Industrial.

MAR CHIQUITA. — La señora Juana de Rosso y su hijo.

SANTIAGO DEL ESTERO. — Alumnos con que la Escuela de Aviación ha iniciado los cursos de pilotaje en el corriente año. De izquierda a derecha: señores A. Corradi, O. Stemberg, M. A Salvatierra, A. Borgarello, M. A. Bucci. Arriba: P. Coronel y J. Maidana.

ESTACIÓN IGNACIO CORREAS. — Familias veraneando en la estancia "Los Ingleses".

RUIZ DE LOS LLANOS. — La familia de Estebes, de la sociedad tucumana.

FUERTE QUEMADO (Catamarca). — Señoritas de Penna, Chico y Córdoba, y señores Penna, Chico, Villagra, Muro y Córdoba, de la sociedad tucumana, que asistieron a las tradicionales fiestas de las Candelarias.

TRES ARROYOS. — Dos distinguidas señoritas que llamaron la atención en el corso del último Carnaval.

RAFAELA. — Carro con la asociación "Los bandidos arañas blancas", que obtuvo un premio especial en las fiestas carnavalescas.

Fots. Saccone, Jordán, Torres y Agostini.

NOTAS MUNDANAS

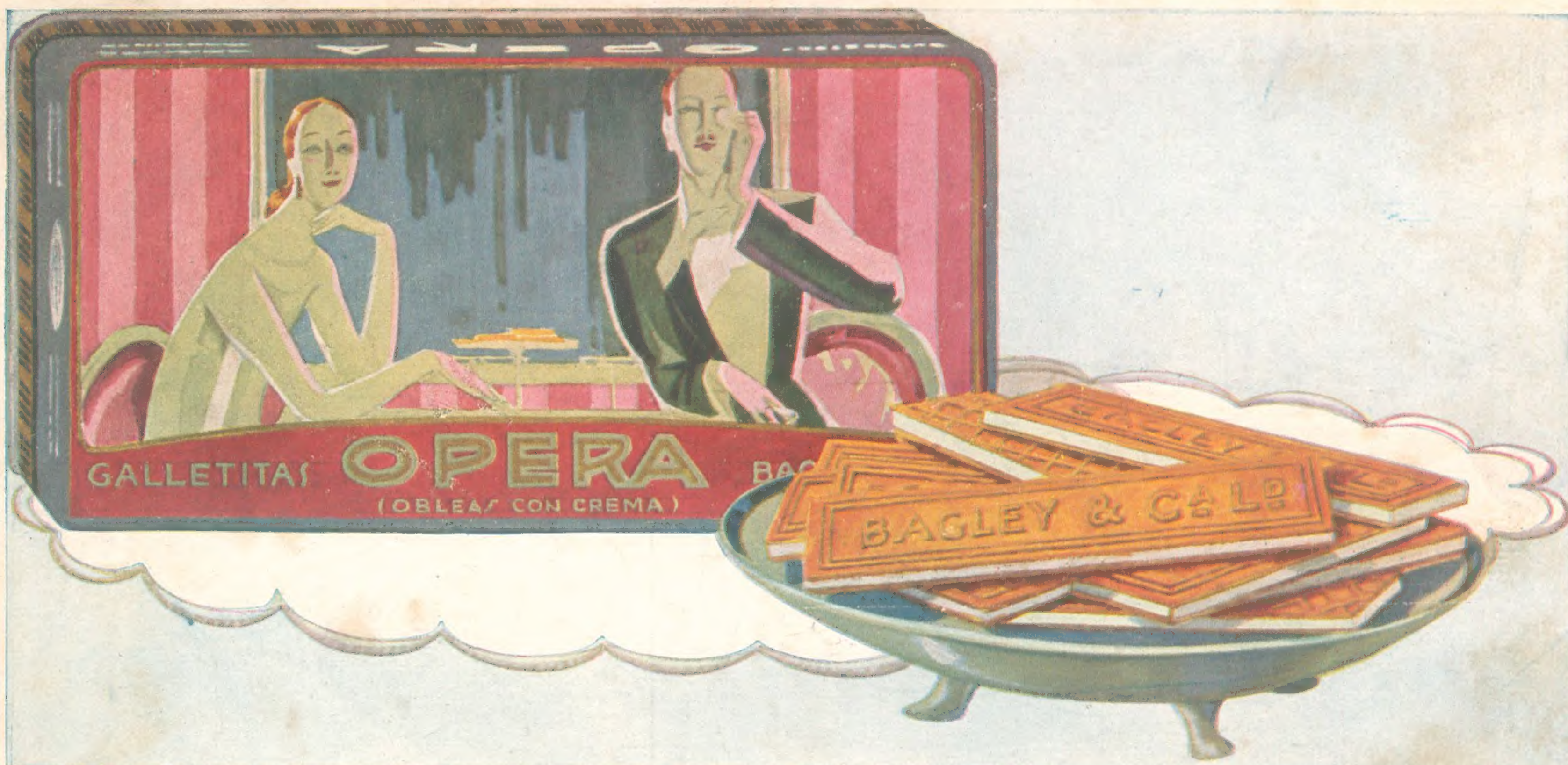
Señorita Emilia Balado.

Señorita Inés Braceras.

Señorita Angélica Mendizábal.

Señorita de Tellechea.

Fots. Witcomb.



¡Es un deleite probar estas deliciosas galletitas!

AMARETTI
Bágley

Deliciosas golosinas elaboradas a base de almendras. Con bonitos premios para los niños.

TE BÁGLEY

Extraordinariamente aromático y lleno de fuerza. Preparado a base de limbos o ribetes de las hojas más frescas, libre en absoluto de palitos y tallitos.

Tres Calidades:

No. 1 — ETIQUETA ROJA.
No. 2 — ETIQUETA AZUL y paquetes de 10 centavos.
No. 3 — ETIQUETA VERDE.

LAS aristocráticas Galletitas ÓPERA se han creado para satisfacer a los paladares más delicados. Constituyen la delicia de las criaturas; la gente "chic" las saborea con fruición.

Livianas, saludables y nutritivas, las Galletitas ÓPERA que elabora Bágley son unas riquisimas obleas de apetitoso sabor, preparadas en trece gustos distintos: vainilla, limón, menta, frambuesa, ciruelas, cerezas, anis, chocolate, ananás, coco, chocolate con coco, frutilla y naranja.

En cualquier circunstancia, dan las Galletitas ÓPERA de Bágley la nota de distinción y de buen tono. Son insustituibles para la familia, en los five o'clock teas, con los helados y los refrescos o en cualquier reunión elegante.

Galletitas "ÓPERA"

de **BÁGLEY**

En venta en todas las buenas despensas y almacenes

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.